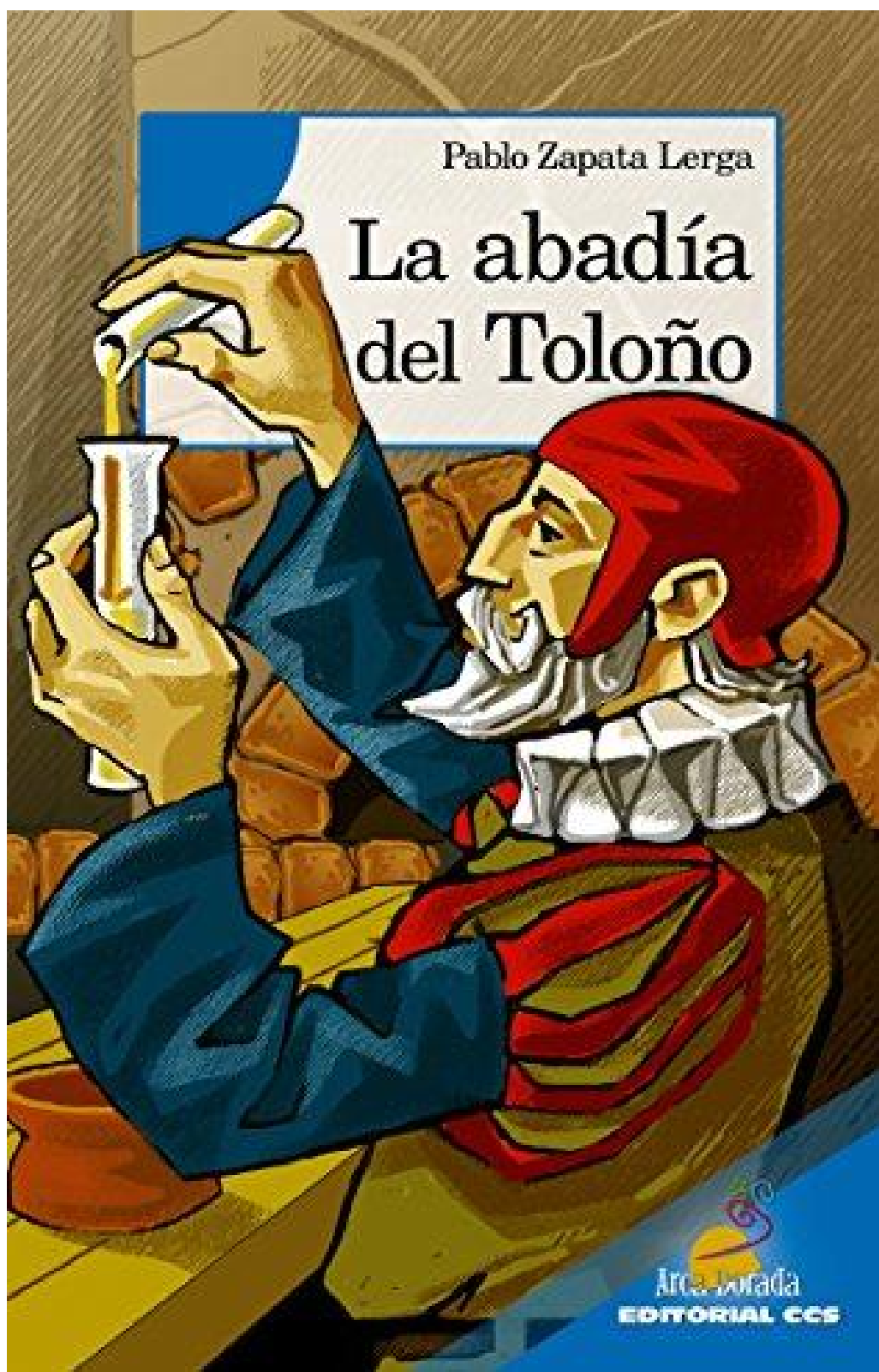


Pablo Zapata Lerga

La abadía del Toloño



LA ABADÍA DEL TOLOÑO

Colección **Arca Dorada**

1. Ojos como teles. Braulio Llamero Crespo
2. No te engañes. Germán Díez Barrio
3. La montaña de los ratones. José González Torices
4. La patera. Pablo Zapata Lerga
5. La rebelión de los arqueros. Jesús Ballaz
6. El sortilegio de la gruta de Aqueo. Josefina Soria / Marisa López Soria.
7. El terrible y temido Billy el Niño en las aulas. Jesús Zatón
8. Hasta aquí nunca llegan los gatos. Seve Calleja
9. El cielo en la buhardilla. Carmen Gómez Ojea
10. Las brujas trillizas. Carmen Gil
11. Hamdi, mi amigo del desierto. Gemma Ortells
12. La abadía del Toloño. Pablo Zapata Lerga
13. Los trabajos de mi burro Pernales. Germán Díez
14. La desaparición de Azul. Carmelo Fernández
15. El archipiélago García. Alfredo Gómez



Pablo Zapata Lerga

LA ABADÍA DEL TOLOÑO

Editorial CCS

Dirección de la colección: Germán Díez Barrio

Página web de EDITORIAL CCS: www.editorialccs.com

© Pablo Zapata Lerga

© 2009. EDITORIAL CCS, Alcalá, 166 / 28028 MADRID

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Diagramación editorial: Concepción Hernanz

Ilustraciones de portada e interior: Fernando García

Diseño portada: Olga R. Gambarte

ISBN (pdf): 978-84-9842-540-6

Fotocomposición: M&A, Becerril de la Sierra (Madrid)

A Rosa

Cuando Daniel de Nagore estudiaba Bachillerato en Miranda de Ebro (Burgos), sintió una especial atracción por el Toloño, un monte cercano, encima de las Conchas de Haro. Acompañado de sus amigos Ignacio, Javier, Moncho y Pilar, exploró la montaña y encontró las ruinas sepultadas de un viejo monasterio. Allí descubrieron un verdadero tesoro: un cofre con joyas y documentos.

Uno de estos documentos había sido escrito por un antepasado de Daniel - Pedro de Nagore-, y en él se profetizaba que el muchacho llegaría hasta aquel lugar para encontrarlos.

Esta historia se cuenta en el libro *La cueva del Toloño*.

Aunque en la novela se mencionan lugares reales, éstos aparecen unidos a elementos de ficción.

Primera Parte

I

Tras las huellas de mi antepasado

Tenía que recorrer el camino que había realizado mi antepasado en el siglo xvi. Él había ido a Oriente, hasta Bagdad, había investigado las profundidades del conocer humano, llegó a ser sabio y adquirió unos poderes mentales por los que, al volver a su tierra, fue condenado y sufrió prisión acusado de brujo y hereje.

Si su profecía, de 1570, se había cumplido en mí, debía fiarme de él, de su mensaje. ¿Cómo era posible que yo hubiera encontrado aquellos documentos? Me lo había preguntado mil veces y no obtenía respuesta. Lo cierto era que había existido una fuerza oculta, un imán espiritual que me había trasladado a través de los siglos, un no sé qué que me había llevado a su encuentro después de tanto tiempo.

Hacía ocho años que, sin querer, había encontrado los documentos de Pedro de Nagore. Aquella profecía, de hacía cuatro siglos, se había cumplido en mi persona y me marcaría para siempre. No podía rebelarme contra el destino. Por más que intentaba olvidarlo y hacer una vida normal, no lo conseguía.

Estudié historia para acercarme más al pasado; una fuerza interior me decía que tenía que seguir las huellas de Pedro de Nagore, aunque no entendiera por qué se había cruzado en mi camino.

Durante dos años trabajé con una idea fija: ir a Bagdad. Cuando ahorré el dinero suficiente, preparé el viaje. Mis padres, que estaban al corriente de todo, me apoyaron.

Saqué el pasaporte, los visados y toda la documentación, y me dirigí a Madrid. Cogí el avión, hice escala en El Cairo y, finalmente, aterricé en Bagdad.

Mis ojos querían atrapar hasta el último detalle. Los monumentos, las personas, el color y el ambiente me trasladaban, sin querer, a siglos atrás. Un mundo de ensueño se abría ante mí cuando recorría las calles.

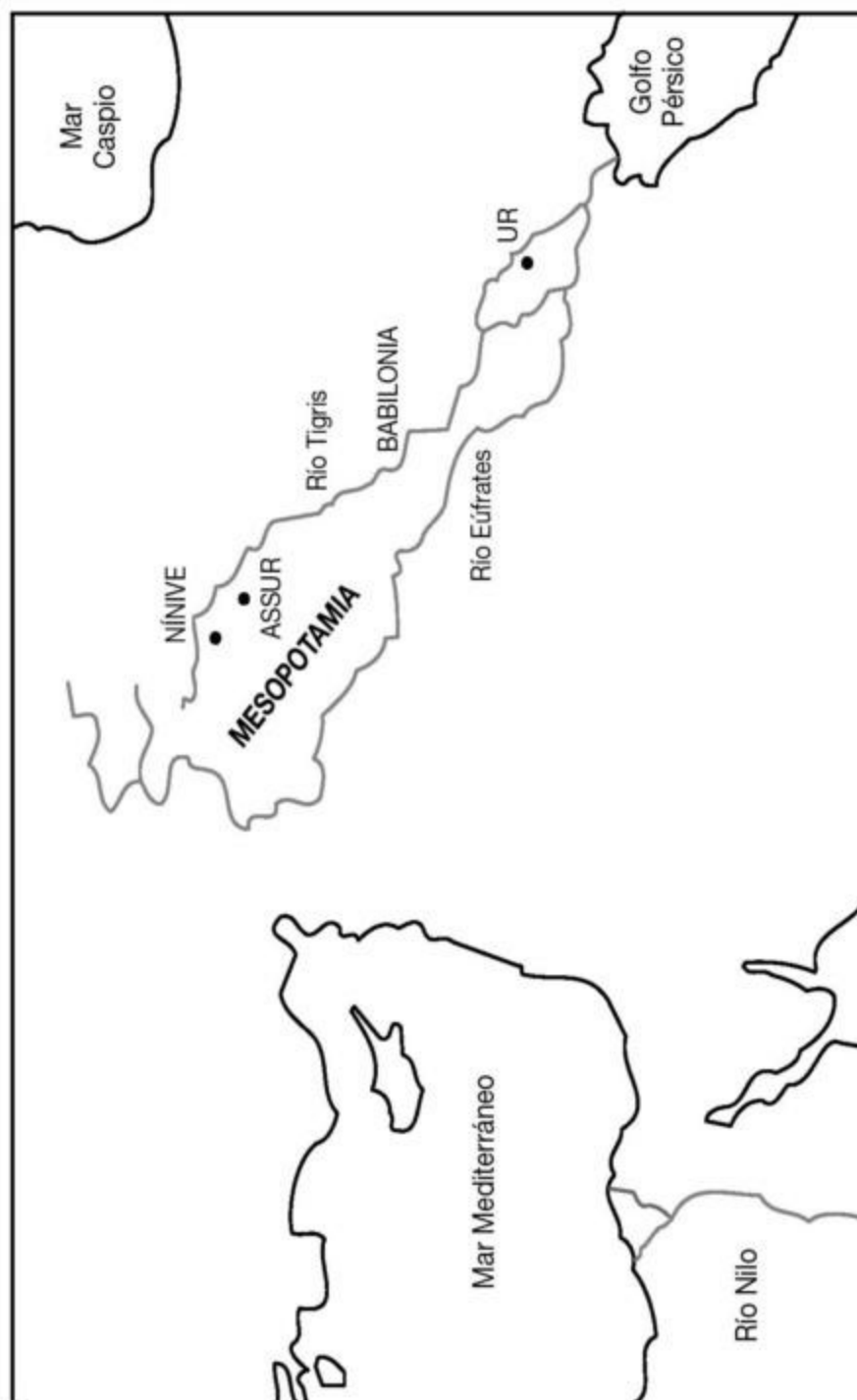
El hotel, en la parte antigua de la ciudad, me pareció sacado de Las mil y una noches. Era una mansión antigua, restaurada y habilitada para su nueva función. El patio interior era sombrío, con palmeras enanas y el verdor de las plantas. Columnas de cinco metros sostenían un segundo piso, adornado con arcos. Las paredes tenían un color terroso. Parecía que en cualquier momento se iba a aparecer un mago, un espíritu.

Después de cumplimentar los documentos y dejar el equipaje, salí a pasear. Sufrí un choque de mentalidad; aquello era otro mundo, el tiempo parecía que se había detenido. Bagdad era un laberinto de callejuelas estrechas llenas de tiendas con alfombras y de

bazares con los productos más variados e insospechados. Por las calles paseaban grupos de gentes de razas diversas que, todavía, no llegaba a diferenciar.

La historia estaba condensada en aquellas piedras milenarias. Sobre los monumentos destacaba la cúpula de la mezquita Kadhimain, cubierta con placas doradas. Visité Khan, la antigua posada de caravaneros, que venían a millares trayendo los productos desde el más lejano Oriente. Finalmente, sin querer, me encontré en el puente sobre el río Tigris. Aquellos contornos eran mudos testigos de mil batallas, de cruce de distintos pueblos y culturas regadas por el mismo río, siempre el mismo y siempre nuevo. Era el corazón de la antigua Mesopotamia. Bagdad, la antigua Babilonia, la ciudad en la que había muerto Alejandro Magno, aquel rincón mimado por los ríos Tigris y Eúfrates.

Adquirí varios libros y mapas y volví al hotel. Coloqué uno en la pared con chinchetas. Era un mapa de Bagdad y sus alrededores. Leí una vez más parte de la profecía intentando encontrar pistas para localizar el templo donde vivió el sabio Tiglafanipal. Del texto sólo podía sacar estos datos: el templo de Tiglafanipal se encontraba a la distancia de un día y medio a camello desde Bagdad. El monumento templo tenía un zigurat y este sabio vivió allí hacia 1550.



Calculé una distancia de entre ochenta y cien kilómetros. Mirando la escala del mapa, abrí el compás y, tomando como eje el centro de la ciudad, hice un círculo. No aparecían ciudades. Hacia el norte se señalaba un punto con el signo de ruinas. Leí con cuidado: Ur. Ése era el primer sitio que tenía que investigar.

Salí de nuevo a la calle y pregunté cuál era la mezquita principal. Me dijeron que la más importante era la de Al-Galani, y me dirigí hacia ella. La contemplé desde lejos. Era

magnífica y su cúpula reverberaba el sol con fuerza dañando los ojos. Estuve dando vueltas esperando que el muecín llamara desde el alminar a la segunda oración. Al mediodía, desde la torre se oyó el canto monótono que se expandía por los alrededores. Los fieles fueron entrando, descalzos.

Mientras esperaba, comencé a hablar con un jovenzuelo que pedía limosna en la puerta. Me contó la historia de la mezquita, envuelta en mentiras tan fantásticas que no pude menos de echarme a reír. Decía que Mahoma la mandó construir y que el padre Noé fue el arquitecto... «Y con el dinero que tú me darás se levantará hasta el cielo.» Al darle la propina, me lo volvió a contar recitándolo en verso. Seguí conversando con él.

-¿Conoces al imán que dirige la oración?

-Sí, es el mismo desde hace muchos años.

-Cuando salga, ¿me dices quién es?

Salieron los fieles y, finalmente, apareció un hombre con barba blanca. El chaval me hizo una seña, me acerqué, me presenté, lo saludé y comenzamos a hablar.

El imán se sintió halagado cuando le expuse mi intención de estudiar la cultura de Bagdad del siglo xvi. A mis preguntas, respondía con datos precisos. Conocía la historia del país y de la ciudad desde los tiempos más remotos.

Me invitó a pasear.

Poco a poco fui desviando la conversación hacia lo que me interesaba.

-¿Podría decirme algo sobre la ciencia que se estudiaba por estos lugares para llegar al conocimiento de la verdad por medio de los poderes de la mente? - le pregunté confiado.

Noté que se le turbaba la expresión. Su mirada ya no era afable como al principio. Se quedó mirándome fijamente, muy serio, y respondió:

-No se puede llegar al conocimiento de la verdad por medio de los poderes de la mente tal como se estudiaba en los zigurats. Sólo se puede llegar al saber profundo a través del Corán y escuchando la voz del Profeta, ¡bendito sea!



Al notar su expresión de contrariedad, cambié de tema, aunque, sin que él se diera cuenta, me había confirmado algo que ya sabía: que en los zigurats se estudiaban estos saberes. Como si yo no hubiera notado nada, le pedí que me hablara de las distintas religiones que se habían ido sucediendo a lo largo de la historia sobre las tierras de Mesopotamia. Accedió a hacerlo, pero sin el aire afable de antes. Por más que hablaba, en su rostro se había marcado un gesto que no terminaba de desaparecer. En un momento, cortó la conversación y se quedó mirándome. Sus ojos parecían taladrarme.

-¿Por qué quieres investigar estos conocimientos?

Su mirada era penetrante, escrutadora, con aire de amenaza. Su cara blanca se volvió ligeramente rojiza. Y comenzó a darle un tic en el ojo izquierdo.

-Investigo - le respondí como si no me percatara - la historia mesopotámica, sus orígenes, las distintas religiones y saberes que influyeron en las corrientes ideológicas de mi país - mi tono era conciliador-. Conociendo mejor esta cultura vuestra tan profunda y tan importante, se explican doctrinas y avances importantes en Occidente.

-De acuerdo - parecía que estaba más calmado-. Los saberes de los zigurats, tanto los de entonces como los de ahora, son contrarios a nuestra santa religión. El poder de la mente sólo es viable como parte de ella; por ejemplo, en la meditación. No existe la sabiduría en esas tablillas que hablan de los ídolos infieles.

-¿Pues qué había en los zigurats? - pregunté con aire ingenuo.

-En esos observatorios diabólicos se estudiaban los astros y pretendían que a partir de ese estudio pudiéramos conocer el pasado y el futuro.

El tema estaba candente, no podía decir ninguna tontería; había que ir tirando del hilo con la mayor delicadeza.

-Bien, pero creo que eso son cosas antiguas, de hace siglos, algo que hoy no merece la pena tener en cuenta.

-No lo creas, extranjero. Durante cientos de años se desconocía su existencia, se creía que habían sido aniquilados. Pero al descubrirse la escritura cuneiforme de las tablillas, al poder descifrar sus mensajes, desde hace tiempo han vuelto de nuevo esos astrólogos de religión pagana.

La cosa iba saliendo mejor de lo que esperaba. Desvié la conversación elogiando la arquitectura de las mezquitas, la belleza de la ciudad y la amabilidad de sus gentes. Finalmente lo vi sonreír y luego nos despedimos. Me había dado, sin querer, una buena información.

El sol estaba declinando y la temperatura era agradable. Caminaba sin prisas, disfrutando de los pequeños detalles, de los rincones más insospechados. El parloteo de la gente animaba el ambiente.

Mientras caminaba, cayó la noche. El andar entre sombras se me fue haciendo cada vez más extraño y comenzó a entrarme cierto desasosiego interior, que se fue transformando en miedo inconsciente cuando me di cuenta de que estaba perdido y daba vueltas y más vueltas sin rumbo. Si aparecía un hombre con chilaba blanca, creía ver al

imán de la mezquita. Las calles eran estrechas, cortas, todo esquinas con rincones negros... y no conocía a nadie. A cada sombra extraña me volvía nervioso, y por más que pretendía darme fuerza, cada vez me sentía peor. No sabía qué dirección tomar, aquello era un rompecabezas. ¿¡Qué iba a hacer en medio de la noche!? Comenzó a picarme la cabeza.

Entré en un bazar con la excusa de tomar algo. La luz me dio tranquilidad y el té me fue relajando. Aparentando serenidad y dominio de la situación, les pregunté si el Hotel Rassam se encontraba muy lejos. Me dijeron que estaba cerca, pero yo hacía como que no entendía sus indicaciones, no quería andar de nuevo solo. Dos jóvenes se ofrecieron a acompañarme. Mientras caminábamos, miraba disimuladamente el puñal que llevaban al cinto, sobre todo cuando entre ellos hablaban en árabe. ¿Me lincharían al amparo de cualquier sombra? Al llegar a la puerta del hotel, quedé tranquilo. Los invité a que tomaran algo en el bar, pero ellos se negaron, ya que lo entendían como pago a su amabilidad. Cuando cerré la puerta, respiré con alivio.

Llevaba tres días en la ciudad, había hecho algunas indagaciones y no sabía qué camino tomar. De mañana, me dirigí al Museo Arqueológico. Hablé con su director, un inglés ya mayor, alto y apegaminado, absolutamente chalado cuando hablaba de los temas de su investigación. Llevaba treinta años estudiando la cultura mesopotámica y su cabeza era un alocado y perfecto rompecabezas de datos minuciosos y conocimientos apasionantes.

Mister Look me llevó a los sótanos. Ante mí aparecieron miles de losetas de barro cocido apiladas en estanterías de madera. Al principio creí que aquellas montañas de arcilla cocida eran ladrillos para la construcción.

Durante más de tres horas me estuvo explicando cómo se habían fabricado, las fechas, cómo se escribía en ellas y cómo se habían descubierto. Yo ya conocía la existencia de la escritura cuneiforme, pero nunca había tenido un «libro» así en mis manos. Cogí uno. Era como una tableta fina de chocolate. Sobre la arcilla se había escrito y luego la habían cocido al fuego, con lo que el texto había perdurado intacto durante miles de años. Era una escritura muy rara, grabada con una especie de cuña de caña, con unos signos tan raros que parecía que los había hecho un pajarillo paseándose por encima. El anciano se desvivía descifrándome los mensajes y su significado.

Me llevó a su despacho. Aquello parecía la tumba de un faraón enterrado con todos sus seres queridos para que le acompañaran en el viaje de ultratumba. Imágenes de todo tipo, unas de arcilla y otras de piedra negra muy brillante, utensilios de cocina, aparatos de astrología, de medición, redomas de prácticas de alquimia, figuras de toros, cabezas de león, figuras con cuerpo de hombre y cabeza de animal, y cientos de piezas que yo no acertaba a saber para qué servían. En una vitrina tenía varios animalitos disecados. Al ver que los estaba mirando con interés, se echó a reír.

-Me hubiera gustado haberlos hecho yo, pero no es así. Son animales disecados hace más de cuatro mil años. Antes de partir, te regalaré uno.

Cuando le hablé de que quería ver un zigurat del siglo xvi, que había sido regentado por Tiglafanipal y que estaba a unos cien kilómetros de Bagdad, se volvió a reír.

-Lo conozco. No hace falta que vayas. No es más que un montón de tierra, y no hay nada. Lo hemos excavado y sólo encontramos pequeñas estatuas y varias cajas con tablillas. Todo ello está en este sótano. Este zigurat, que tuvo cerca de cien metros de altura, no pudo sobrevivir a la barbarie. El tiempo ha hecho todo lo demás.

-¿Podría ver esos objetos?

-Tranquilo, tranquilo, joven. Tendrás todo el tiempo del mundo. Hay algo que te puede interesar.

Aquella tarde nos fuimos a pasear juntos. El sitio que eligió para sentarnos era paradisíaco: junto al Tigris, en medio de palmeras y magnolios, con fuentes que gorgoteaban y producían una armonía acústica. La cena fue distendida, lo que nos permitió hablar ampliamente. Todas mis preguntas eran resueltas con precisión y seguridad.

-El zigurat - me decía con entusiasmo - no se sabe exactamente qué función tenía. Las opiniones son de lo más variadas. Para unos representa a los planetas, para otros es un templo religioso, y hay quien opina que es un monumento erigido para sostener el santuario construido en su cima. Puede ser una montaña por la que se asciende hacia lo divino, alejándose de los hombres.

-¿Conoce algo relacionado con la Sociedad llamada El Triángulo de la Sabiduría?

-No corras, no corras, que eso es algo muy serio. No quieras saber todo en un momento. A su debido tiempo lo sabrás, pero antes debes conocer otros temas más sencillos.

Mister Look se relacionaba con todos los ambientes culturales de la ciudad y me fue introduciendo en ellos poco a poco. Conocí círculos religiosos, astrológicos y hasta fanáticos.

Por medio de él, y siguiendo su consejo, trabé amistad con un antropólogo, Dagan Eridu, que llegó a ser muy amigo mío. Su cabeza era un libro ambulante donde se encerraban todas las bibliotecas de arcilla de la capital y los alrededores. Era un perfecto conocedor de las corrientes ideológicas que se habían ido asentando entre el Tigris y el Éufrates. Vivía en el centro de Bagdad, en una casa con un torreón muy alto.

Durante los dos años que permanecí con él, me enseñó a interpretar la difícil escritura cuneiforme... de hacía 4.000 años. De su boca escuché, como si estuvieran vivas, las maravillas de antiquísimos saberes. Dominaba el conocimiento de los astrónomos y las técnicas del poder de la mente.

Lo más difícil fue aprender los signos de la escritura para pasarlos a mi idioma. Al principio se me hacía imposible, porque no es una escritura por letras, sino por pictogramas de símbolos. Con voluntad y esfuerzo llegué, finalmente, a dominar los significados de la escritura sumeria, que había que leer en columnas de arriba abajo y de izquierda a derecha.

Dagan Eridu me enseñó a relajar mi mente para concentrarme, me enseñó a conocer el movimiento de los astros e interpretar sus misterios, a analizar su confluencia y el influjo que tienen sobre la Tierra.

-No tengas miedo a mirar los astros e intentar leer sus mensajes - me hablaba mientras estábamos sentados en lo alto de un zigurat-. El cálculo de sus trayectorias es parecido a los ojos de los humanos, todos son parecidos, pero si los estudiamos con detención, apreciamos sus variantes. No hay peligro en ello. Por encima de todo está la libertad individual, aunque la Luna, tan cercana, nos domina más de lo que imaginamos.

-Me parece que puede ser peligroso y contradictorio. Si mi destino está marcado, ¿cómo puedo ser libre en mi vida?

-No te preocupes. Nos da independencia el poder ver y valorar el influjo del cosmos sobre nosotros, pero sobre todo ello está nuestra libertad, que es ilimitada. El universo es un ser inmenso y organizado, y el hombre forma parte de ese mundo.

-No entiendo cómo, si puedo ver mi destino y la trayectoria de mi vida, pueda, a la vez, variarlo con mi libertad. ¿Está o no está marcado mi futuro? - insistía yo, tratando de contestarme a tantos interrogantes.

-Ése es el gran misterio. El conocimiento de las fuerzas ocultas sirve para explorar, pero en todo camino existe la posibilidad de hacer una variante personal. La libertad no la puede quitar nadie, ni Dios.

Una tarde subimos a lo alto de la torre. Entramos en una pequeña habitación recubierta con sábanas blancas y espejos. Me sentó en medio, en una silla que mantenía rígida la espalda, y comenzamos a trabajar. Cerré los ojos y él fue dirigiendo mi mente...

-Cierra tus ojos para alejarte de las cosas que te rodean, relaja tu cuerpo, todos los músculos, desde la cabeza hasta los pies. Abre los ojos del interior, respira suavemente - me iba hablando con voz calmada-, que no sientas ninguna parte de tu cuerpo ni del

mundo que te rodea. Sólo manda el poder de tu cerebro en el vacío y, gracias a él, tu espíritu puede viajar por el espacio.

La lucidez de mi mente me hacía sentirme seguro de mí mismo. Podía ver con detalle cosas que habían ocurrido desde mi más tierna infancia, descubrir mundos insospechados... todo ello en medio de una gran paz, guiado por la suave voz del maestro.

-¿Qué quieres ver?

-Quiero contactar con el espíritu de mi antepasado Pedro de Nagore.

Mi mente vagaba en el vacío. Durante un tiempo, que no pude calcular, caminé como si bajara por un agujero, un camino oscuro. Finalmente llegué a una sala confortable. Apoyado en la pared, me sonreía un hombre. Me cogió las manos, me tocó los brazos y puso sus manos sobre mis hombros.

-Ten confianza en ti, ten confianza, no te sucederá nada malo. Llegarás al final de tus investigaciones. Tú serás mi sucesor.

Cuando Degan Eridu me trajo suavemente a la realidad, fue como salir del más dulce sueño, parecía que había estado bañándome en aguas tibias y tranquilas.

Anocheceía. Las estrellas comenzaron a hacer guiños tartamudeando a la Luna. Finalmente, sólo se vio un cielo inmenso desparramado de estrellas.

-Mira el septentrión... -y comenzaba a darme un rosario de bellos nombres, a identificar cada astro. Por más que ponía el máximo interés y empeño, no podía aprender todo. Me decía que para ello hacían falta muchos años, que el conocimiento del espacio había que comenzar desde niño. Pero con el tiempo llegaría, con su ayuda, a entender los caminos siderales y a conocer un poco de la confluencia de los astros dentro de la armonía universal. Mirar el cielo entendiendo el nombre y el movimiento de los astros es el espectáculo más sublime. Eso sí, te sientes diminuto como un grano de arena perdido en medio de una playa.

Se acercaba el tiempo de volver. Estábamos paseando por la ciudad cuando Degan Eridu me cogió suavemente del brazo.

-No te lo he querido decir hasta este momento. Ahora que veo que eres un hombre de bien e iniciado, que hemos trabado una fuerte amistad, te puedo hablar con confianza: soy descendiente de aquellos sabios que conoció tu antecesor en el zigurat, por eso Mister Look hizo que me conocieras. Durante siglos, nuestra identidad permanece oculta; yo te he transmitido la misma ciencia que mis mayores le enseñaron a él. De lo que has aprendido, no te puede venir ningún mal, ningún daño ni físico ni espiritual. Ten

confianza en ti mismo. Los que pertenecemos al Triángulo de la Sabiduría - al verdadero, porque hay otros falsos - somos hermanos en cualquier lugar del mundo donde nos encontremos. El que la vida nos haya juntado no puede ser una casualidad. Tú debes seguir a tu antepasado como yo sigo a los míos. Los caminos de la vida están marcados, pero hay que saber encontrarlos.

-¿Tenéis libros de registros en la sociedad del Triángulo?

-Se anota todo lo que acontece.

-¿Podrías decirme si consta que estuvo aquí mi antepasado Pedro de Nagore?

-Por supuesto. Desde que me expusiste tus intenciones, comencé a buscar en los archivos. Efectivamente, tu antepasado estuvo formándose con nosotros en el siglo xvi. No te lo había querido decir antes, pero ya lo sabía.

-¿Podría ver esos documentos?

-Encantado, te los enseñaré para que los puedas leer con detalle.

Llegábamos a la mezquita de Al-Galani y en ese momento salían los fieles de la oración. Me encontré de frente con el imán. Al verme en compañía de Dagan Eridu, me miró fijamente, pero no me saludó. Su rostro se tornó serio y noté que le volvió a dar el tic en el ojo.

Seguimos paseando hasta que llegamos al museo. Entramos y, después de saludar a Mister Look, bajamos al sótano. Dagan se dirigió a un rincón donde había cuatro grandes baúles de madera tosca.

-Aquí está lo que se trajo del zigurat de Ur. Todavía no lo he podido estudiar porque es una escritura algo diferente. En cuanto haya transcrito los textos, te los enviaré. Toma, llévate como recuerdo esto que encontramos allí.

De un rincón cogió un pequeño objeto y me lo dio. Era un tubo alargado de bronce, con tres pequeñas ranuras, dos en un extremo y otra en la punta. Dagan lo cogió y lo fue desatornillando. Dentro aparecieron unas lentes, una de cada color, que parecían arrancadas a un arco iris.

-En tus manos tienes uno de los catalejos más antiguos de la Humanidad, entre 3.500 y 4.000 años antes de Cristo. En uno como estos se basó Galileo Galilei para perfeccionar el suyo. Guárdalo como recuerdo, ya que casi con toda seguridad con este mismo contempló el firmamento tu antecesor Pedro de Nagore. Es una joya antigua.

En mis manos tenía un telescopio milenario.

-Llévate esto también -y sacó algo de un cajón. Era un péndulo-; cuando quieras saber dónde hay agua bajo tierra, te sometes a una pequeña concentración, caminas lentamente y cuando rote en el sentido de las agujas del reloj, es que hay agua; si se balancea hacia delante y hacia atrás, no hay agua. Es bastante fiable, pero hay que practicar con él. Y ahora vas a encontrar el objeto de tu viaje - me dijo mirándome con satisfacción-. Siéntate.

Abrió un pequeño cofre y dentro aparecieron unas tablillas de arcilla recubiertas con tela de algodón. Tomó una, le pasó por encima un trapo húmedo y comenzó a leerme...

nuestro hermano Pedro de Nagore y Jaso, venido hasta nosotros desde la lejana Sefarad, ha realizado con aprovechamiento los estu dios correspondientes y ha superado las pruebas que confirman su alto grado de sabiduría. Tras haberlo sometido a examen, el Consejo Supremo ha determinado nombrarlo miembro del Triángulo de la Sabiduría, y será receptor de todos los derechos, beneficios y obligaciones en cualquier parte del mundo en que se encontrare.

-Léamelo de nuevo, por favor - le dije sin pensarlo.

-Te lo leo y luego lo copiaré para que lo guardes.

Lo había conseguido. Mis investigaciones habían tenido sentido, no estaba yendo tras algo inexistente, tras una quimera. ¡Lo había encontrado!

Aquella noche, en mi habitación, coloqué cuidadosamente las lentes en las ranuras interiores del tubo y observé el cielo. En la Luna me pareció ver unos promontorios. ¡Increíble! Sobre un círculo, junto a la base del catalejo, se veía un pequeño triángulo con un ojo en medio.

Dos días antes de marchar, Dagan me dijo que fuera a su casa al atardecer. Nos sentamos a charlar. Finalmente, me dijo resuelto:

-Quiero, antes de que nos despidamos, hacer una última prueba contigo. Vas a demostrar el poder de tu mente. Cerca de aquí, en la calle de los Cambistas, hay un hombre que está sufriendo horriblemente. ¿Podrás quitarle el dolor?

-No sé, lo intentaré.

-Lo vamos a hacer más difícil. Te vas a concentrar, yo te llevaré por la calle cogido del brazo, con lo que nadie se dará cuenta de lo que estamos haciendo, y tú mismo detectarás con tu sensibilidad dónde está el enfermo. Luego, entraremos para curarlo.

En breves momentos me concentré aislándome del mundo. No notaba casi el contacto de la mano de Dagan Eridu sobre mi brazo al caminar. En un determinado

momento, comencé a sentir unos ardores que me llegaban de su mano. Le tomé de la muñeca para percibir mejor su pulso sanguíneo. Me paré y giré a la izquierda; dejé de notar su pulso. Giré a la derecha, y de nuevo comencé a sentirlo con fuerza. Continué andando y él me guió hasta una puerta y me dijo: «Despierta».

Era la casa del enfermo. Abrí los ojos y subimos a la primera planta. Una señora con rostro doliente nos abrió la puerta y saludó a mi amigo. Nos acompañó hasta una habitación, que apareció en penumbra. De las paredes colgaban tapices señoriales y en medio había una cama. Desde ella salían callados suspiros de dolor.

Nos saludamos y cuando le di la mano al enfermo, noté que estaba ardiente.

-Este amigo mío tiene unos dolores horribles y fiebre. Intenta quitarle el mal que tiene dentro - me dijo Dagan.

El enfermo tenía unos sesenta años y casi no abría los ojos. Me concentré brevemente y me arrodillé junto a él. Extendí mis manos y comencé a pasarlas sobre su cuerpo a un palmo de distancia. Mi mente comenzó a trabajar como si estuviera en trance y empecé a sentir calor. A cada pase, parecía que estaba arrancando algo del enfermo, sentía calor en mis manos, me caían gruesas gotas de sudor y el cansancio se fue apoderando de mí. Al pasar las manos sobre su estómago, sentía un ardor más fuerte, entre el enfermo y yo se establecía una corriente intensa.

La sesión duró unos treinta minutos y cuando terminé, estaba agotado y exhausto, todo mi cuerpo chorreaba sudor. El hombre abrió los ojos:

-Gracias, señor. Me siento mucho mejor. No tengo fiebre y el dolor de estómago ha desaparecido. ¡Que el Altísimo bendiga los caminos de su vida!

La señora nos ofreció un té verde con jazmín.

-Puedes practicarlo cuantas veces quieras - me explicó Dagan mientras cenábamos-. No lo hagas por interés económico, como hay quien lo hace, sino para hacer el bien a los demás. Pero ten prudencia ante los ignorantes porque pueden malinterpretarte. Las gentes sin mente son terribles cuando se desbocan, son irracionales.

Aquel hombre me había enseñado los secretos del poder de la mente sin mostrar ningún interés material; me había enseñado a interpretar la escritura cuneiforme y el mundo de la astrología.

Después de cenar, hizo conmigo su último experimento.

-Nuestra mente emite ondas de naturaleza desconocida con tanta intensidad, que puede tener unos poderes insospechados. Puede, como sabes, llegar a doblar metales,

como has visto que hago yo. Tú lo hiciste la semana pasada doblando una cuchara con sólo tocarla con dos dedos. Hoy lo vas a hacer sólo con los poderes de tu mente.

Se levantó y colocó una cuchara pendiente de un hilo, dejándola en posición basculante, como si fuera una balanza.

-Concéntrate.

Mi mente trabajó con rapidez, alcanzando mi espíritu el nivel adecuado de relajación.

-Abre los ojos y trabaja sobre el metal concentrando tu poder en un lugar exacto, justamente donde está pendido por la cuerda.

Miré un punto fijo de la cuchara y todo mi ser actuó. A los pocos segundos, la cuchara se dobló, se dobló más y, finalmente, cayó rota en dos pedazos.

Mi formación había terminado y llegó el momento de partir.

Tenía veintinueve años y estaba decidido a continuar con la labor iniciada en Bagdad. De nuevo en mi tierra, comenzaría la misión de mi vida.

El primer dato que tenía no me llevaba a ninguna parte: «En el año del Señor de MDLXX, en la abadía de Santa María del Toloño», ponía al pie de la profecía.

Todo lo que quedaba de esta abadía era poco más que la planta de la iglesia. No había archivos. Además, Pedro de Nagore no había sido clérigo, sino secretario del consejo de Labastida. Unas ruinas y el escrito. No tenía nada más.

Cogí la profecía en mis manos, como lo había hecho tantas veces. En lugar de fijarme en el texto, comencé a estudiar los pergaminos en sí. Eran de piel de cordero, muy bien curtida, del tamaño de un doble folio.

Coloqué el pergamino sobre el espejo de mi habitación, me senté delante, con la espalda erguida, y puse mis manos suavemente sobre las rodillas. Comencé a respirar lenta y profundamente, miré de nuevo fijamente el escrito y cerré pausadamente los ojos. Mi mente se fue adueñando de mi ser, fui perdiendo la noción del cuerpo y sentí una gran fuerza psíquica. Creé en mi interior la imagen del pergamino y poco a poco comenzaron a aparecer distintos planos superpuestos sobre la misma superficie. Se me emborronó la visión de la escritura y aparecían otras letras, otra escritura que estaba debajo.

Cuando volví a la realidad, tomé de nuevo el pergamino. Mirando al trasluz de la bombilla, parecía que había debajo algo escrito. En determinados sitios tenía un color

más blanquecino. ¿Había otra escritura oculta?

Soy de esas personas que no se quedan en la duda, de las que intentan llegar a la verdad, hasta el final.

Fui a una tienda donde vendían todo tipo de aparatos audiovisuales para los colegios. Me conocían desde niño y, cuando les pedí si me dejaban usar un aparato de cuerpos opacos, lo hicieron de buen grado.

Enchufé el aparato en la trastienda y coloqué el primer pergamino. Sobre la pantalla se podía ver con extraordinaria nitidez. Comencé a leer de nuevo, aunque me sabía el texto casi de memoria. Con frecuencia aparecía una escritura encima de otra, pero en cuanto apagaba la luz del aparato, no veía nada más que la superficial. Descubrí que una suave capa de materia blanquecina ocultaba otra escritura.

Fui pasando las hojas y señalando con una raya de lapicero en el margen allí donde notaba algo. Cuando terminé, les di las gracias y, para compensar el uso, compré una lupa de grandes dimensiones.

En casa intenté descubrir lo que había debajo de aquella escritura, pero no me era posible. Con una cuchilla, y ayudándome de la lupa, pude rasgar suavemente lo que habían echado encima para cubrir. Era una sustancia blanca. ¿Sería almidón? Como necesitaba de nuevo un proyector de opacos, me dirigí a mi antiguo colegio, en el que había tenido tantas vivencias. Me emocionó atravesar la verja y subir la calle con grandes árboles a ambos lados. La fachada centenaria me trajo sensaciones de hacía años. En el patio seguían los mismos castaños gigantes. Como era hora de clase, me fui a pasear por el pinar. En cada recodo tenía una experiencia revivida, una travesura, un algo que recordar. Los campos de fútbol, las porterías gigantescas, los pinos variados, los sitios donde jugábamos al escondite... y la misma visión lejana del Toloño.

Todavía quedaban varios profesores de mi época. Como era antiguo alumno, y muy conocido, pusieron a mi disposición todo tipo de proyectores. Y me volví a encontrar con Pilar, que después de varias correrías por el mundo había decidido asentarse y trabajar de profesora de biología en nuestro colegio. Al terminar su trabajo, nos fuimos a pasear y no paramos de hablar y hablar recordando los tiempos de la adolescencia vividos en torno al Toloño. Nos contamos lo que habíamos hecho los últimos años de nuestras vidas.

-Te veo demasiado metido en todo eso de los poderes de la mente - me dijo.

-No me interesan en sí, lo que quiero es encontrar las circunstancias que rodearon a mi antepasado, ya te acuerdas, el que escribió la profecía.

Fuimos al laboratorio. El proyector de cuerpos opacos, que ampliaba la escritura en una gran pantalla, me dio a entender, inmediatamente, que en determinadas partes había otro texto. Colocó filtros de colores intentando resaltar la escritura oculta. A veces parecía que dábamos con la solución, pero no se llegaba a apreciar con nitidez. No obstante, Pilar era tan cabezota como cuando era de la pandilla, aunque insistía en que no tenía ni idea de cómo hacer aquel trabajo.

-Debajo hay otra escritura - le decía yo, sin querer explicarle cómo lo había averiguado.

-¿Y cómo lo sabes? Daniel, a veces, tienes unos ojos que no sé cómo miran.

-No sé, es una intuición que tengo, nada más.

En un pliego había unas rayas.

-Vamos a hacer aquí un experimento - me dijo-. Si se borran, no importa. Echaré una solución de las que empleo para preparar el microscopio. ¿Te das cuenta?, estamos repitiendo lo mismo que hicimos entonces.

-Con la diferencia de que yo sigo siendo alumno y tú eres ahora mi profesora.

-Recuerda que nos tenemos que juntar todos, que la aventura que vivimos en torno al Toloño fue maravillosa.

Con un cuentagotas fue cubriendo unas líneas. La hoja se hacía más transparente y la tinta se mantenía intacta. Colocó encima un cristal y lo aplicó al microscopio binocular. La tinta del pergamino era fuerte y no se diluía.

Yo contenía la respiración creyendo que iba a salir algo especial.

-Mira, Daniel, con este sistema no podemos desentrañar todo el texto letra por letra, pero sí podemos experimentar con unas líneas puesto que vemos que la tinta no daña.

Poco a poco pudimos leer: Por haber curado a un enfermo fui acusado por el tribunal de la Inquisición.

De nuevo proyectamos en la pantalla. Una línea aparecía escrita sobre un tramado más grueso. Apagamos el aparato. Echó con cuidado la solución rojiza sobre tres palabras, colocó encima el cristalino y lo puso bajo el microscopio. Encima aparecía escrito: Era el abad de Santa María del Toloño un monje culto, investigador inquieto... Justamente debajo de «abad de Santa María del Toloño» pude leer: Fray Juan de Navarrete. Es decir, que el primitivo texto decía:... era fray Juan de Navarrete un monje culto, investigador inquieto... En la parte superior de la segunda hoja pude leer:... predije

un eclipse que se hizo realidad...

¿Por qué lo había ocultado? ¿Por un error o lo había hecho intencionadamente? Sería curioso conocer la sustancia que había empleado para ocultar la escritura. ¿Almidón?

-Daniel, no tiembles. ¡Lo mismo que entonces!

-Calla, no seas tonta, demuéstrame que eres una buena científica.

-Mira, Daniel, a mí no me gusta conformarme con las cosas a medias. O logro saber qué es lo que han escrito en este pergamino los monjes y sus fantasmas, o los quemo todos.

-No, no, tranquila, no me seas pirómana.

Tomó con atención el último pergamino. Debajo de la penúltima línea se percibía con el dedo una ligera capa blanca. Hizo una preparación de sulfhidrato de amoníaco y la puso bajo las lentes. Fue leyendo: Toloñoko Andra Mariaren ohorez.

-¿Qué idioma es éste? - me dijo sorprendida-. No es castellano ni latín.

Me acerqué a la lente y fui escribiendo en un papel lo que iba leyendo. Lo releí varias veces: Toloñoko Andra Manaren.

Aquello me sonaba. La palabra andramari me vino a la mente con recuerdos infantiles. Recordé que, de niño, estando en Bilbao, mis abuelos me llevaban algunas veces a oír misa a la basílica de Begoña. Siempre, al terminar, se cantaba un himno a la Virgen que comenzaba: Begoñako Andra Mari... No recordaba la letra, que no llegué a aprender, pero sí el comienzo y parte de la música.

-Estas palabras son vascas, Pilar. No sé el significado, pero telefonearé a los padres de nuestro amigo Javier, que son de San Sebastián y hablan euskera.

-Tenemos dos soluciones para seguir - me dijo ella con el rostro más animado-: ir mirando palabra por palabra, con lo que esto va a ser un trabajo de chinos, o consultar con algún entendido. Tiene que haber otro método.

Había tomado el asunto como algo propio y se ponía más cabezota que yo intentando llegar al último significado. Ella era bióloga - me insistía - y un pergamino no se podía burlar de ella, aunque no fuera su especialidad.

Yo seguía mirando la proyección en la pantalla. La última hoja era la que más parecía contener un texto oculto. De nuevo me fijé en la firma. Detrás de Nagore se

notaba una suave capita correctora. Apliqué yo mismo la preparación y acerque los ojos al microscopio. Cuando centré adecuadamente la lupa, con cierta dificultad pude leer Jaso. Era un apellido que coincidía con el de dos compañeros que había tenido en el colegio, que eran de las montañas navarras.

-Vamos deduciendo algo. Seguramente se llamaba Pedro de Nagore y Jaso. Son dos apellidos navarros y mi antecesor sabía escribir en lengua vasca. Ya empiezo a deducir datos.

-Quién nos iba a decir que íbamos a repetir las experiencias de Bachillerato - me sonrió.

-Es que yo no lo he dejado, sigo con aquellas investigaciones. No olvides que la profecía se cumplió en mí. En esto vosotros no tenéis nada que ver, tal vez habéis tenido mejor suerte.

-Vale, pero me dejarás ayudarte.

Me apresuré a llegar a casa para llamar al padre de Javier. Era un hombre ya mayor, que me apreciaba desde los tiempos escolares cuando iba con frecuencia con su hijo a visitarlo. Al preguntarle sobre el significado de las palabras, me dijo que estaba loco, loco de remate, y que no me lo traducía por teléfono. Como condición para hacerlo, tenía que ir a su casa a comer, a recordar los viejos tiempos.

No me costó aceptar, ya que hacía años que no nos veíamos. Éramos amigos desde mi infancia y me alegraba poder charlar un rato y recordar las aventuras que había vivido con Javier. Era un hombre con un sentido del humor envidiable, te hacía reír por cualquier cosa.

Me recibieron con cariño. Después de cenar, el señor Leocadio me tradujo: Toloñoko Andra Manaren ohorez significaba «a la mayor gloria de la Virgen Santa María del Toloño».

Esa noche me costó dormir. Me preocupaba averiguar cómo seguir investigando. Lo primero que tenía que hacer era ir a hablar con el bibliotecario municipal para ver si conocía alguna técnica para desentrañar la letra oculta. Luego iría a Labastida a investigar en los archivos del Ayuntamiento esos apellidos. Pero, ¿merecía la pena seguir?

Por la mañana fui a visitar al bibliotecario municipal. Me conocía desde cuando íbamos los amigos a buscar datos sobre los hallazgos de la cueva.

-¡Hola!, Daniel. ¿Vas a escribir otra crónica sobre la cueva del Toloño? Sé que sigues interesado en esos temas.

-El Toloño me interesa menos, pero sigo con aquellas investigaciones.

Le expuse lo que estaba haciendo y las dificultades que tenía. El buen hombre había oído algo, puso interés, pero no sabía qué podía hacer.

-Yo soy bibliotecario, y de esto que buscas no tengo ni idea. He oído algo, pero nada más. Voy a llamar al archivero de la Diputación de Navarra, que es amigo mío y entiende bastante. Estuvo un tiempo en el departamento de restauración de libros antiguos en la Biblioteca Nacional.

Le llamó por teléfono delante de mí. Estuvieron hablando unos cinco minutos.

-Me dice que puede ser un palimpsesto, es decir, un manuscrito que conserva huellas de un escrito anterior, cuando se emplea dos veces el mismo pergamino, borrando la escritura primera. Hoy día se usa una técnica delicada para llegar a leerlo. Me dice que me va a enviar un escrito con los pasos detallados de todo el proceso que se ha de seguir. Y que, mientras tanto, no lo toques, porque lo puedes echar a perder.

Desde luego que si en el antiguo Bagdad hubieran conocido la escritura sobre pergamino, habrían sabido estas técnicas y muchas más. Pero yo había realizado mis estudios sobre tablillas de arcilla cocida, no sobre pergamino.



Buscando los orígenes

No sabía cómo empezar. Tenía datos y debía decidir el camino que seguir. Primero iría a Labastida para ver si encontraba algo más.

El camino de ida, bordeando el Ebro, me traía recuerdos juveniles. A la izquierda, con todo su misterio, el Toloño me seguía atrayendo como cuando subí a él por primera vez.

En el Ayuntamiento no figuraba ningún vecino con el apellido que buscaba. El secretario me mostró los libros de actas de las sesiones de juntas del Ayuntamiento. Estaban todos cuidadosamente ordenados por fechas. Eran volúmenes encuadernados con pergamino grueso y atados con una cinta de tela. Fui remontando la fecha que aparecía en el lomo de cada uno. El más antiguo era del siglo xviii. Al ver mi desilusión, se tomó más interés.

-Ven dentro de un rato. Voy a mirar en otras dependencias. Arriba hay unas habitaciones en las que no he entrado nunca. Una vez que abrí una, vi que estaba llena de libros viejos, como un archivo antiguo. Y nunca más he vuelto a entrar.

Fui a pasear por el pueblo. El día se presentaba soleado, los campos respiraban vida, con sus viñedos verdes hasta donde alcanzaba mi vista. A veces, se sentía un olor ácido al pasar delante de las bodegas subterráneas.

De nuevo volví al Ayuntamiento.

-Ven conmigo al piso de arriba. Hay una habitación con libros sin ordenar. No sé si encontrarás algo.

Subimos a la planta superior. En un cuartito pequeño, sin ventanas, había libros, legajos, atados, hojas sueltas. Cuando los moví, empezó a desprenderse un polvillo minúsculo, invisible, que atacaba a la nariz. Los dos estornudábamos repetidamente. Los ojos nos lloraban y terminamos por salir.

Bajamos a las dependencias del primer piso. El secretario continuó su trabajo y me animó a seguir en lo mío «si antes no me moría». Cogí unos folios, unas tijeras, cinta adhesiva, lapicero, una bayeta, la toalla de los lavabos y una botella de agua.

-¿Vas a lavar los documentos? Puedes estar todo el tiempo que quieras, a ver si encuentras algún fósil entre las hojas.

De nuevo en el cuartucho, me coloqué la toalla tapando la boca por encima de la nariz, hice un cruce por detrás del cuello y anudé las puntas por debajo de la barbilla. Eché agua en la mano y humedecí la parte exterior que estaba frente a la nariz y la boca.

Empecé a coger libros. Lo primero que hice fue identificar las fechas, que aparecían en la primera y en la última hoja. Luego limpiaba el lomo y pegaba un pequeño papel en el que escribía ambas fechas. Debajo anotaba el contenido: actas, rentas, pagos, escrituras, testamentos... Casi con fiebre, los libros fueron pasando presurosos por mis manos. Repetidamente tenía que sacudir la bayeta en una ventana del pasillo porque era mucho el polvo que había que quitar después de tantos años de encierro y abandono.

Para cuando me quise dar cuenta, las campanas del reloj de la iglesia dieron la una. Bajé a la secretaría y el buen hombre se echó a reír.

-Pero, ¿dónde has estado? Ven, mírate en el espejo.

Estaba completamente cubierto de polvo. El pelo, las cejas y las orejas aparecían grisáceos, y la toalla tenía un círculo de suciedad negra frente a la nariz y la boca. Cuando me quité la toalla, se vio una parte de mi cara limpia y otra completamente empolvada; parecía como si viniera de un carnaval.

Me lavé concienzudamente y fui a comer con el secretario a un bar próximo. Por más preguntas que le hice no supo responderme, ya que él, aunque llevaba diez años en el pueblo, no era de allí. Además se trataba de asuntos muy lejanos, por los que no tenía demasiado interés.

De nuevo nos encaminamos al Ayuntamiento. Subí, me cubrí la cabeza con un pañuelo y comencé a trabajar. Pronto terminé la clasificación de los libros gruesos, los «becerros», y los coloqué por orden cronológico y por materias. Durante un rato continué con los legajos, haciendo las mismas anotaciones. Finalmente, deseché las hojas sueltas para más tarde.

Como un imán, mi mano fue a coger el volumen en el que aparecía 1570-1590, ya que 1570 era la fecha en que firmaba Pedro de Nagore. Por más que pasé con cuidado cada una de las hojas, no aparecía un secretario con tal nombre. No podía ser. Comencé a ponerme nervioso... Hasta que caí en la cuenta. Para esa fecha, Pedro de Nagore llevaba, como mínimo, cinco años preso en la cárcel del Toloño. Cogí el tomo anterior. Todas las actas del concejo aparecían firmadas por él. Aquello fue como una aparición, eran documentos vivos. Comparé con la letra de la Profecía, miré la firma. Todo era exactamente igual. ¡Era su misma firma! Leí algunas, pero los temas no me importaban, no me decían nada que pudiera interesarme.

Yo quería seguir viendo su letra y las distintas fechas. Cogí el tomo anterior y leí el

final del primer escrito. Era su letra y aparecía su firma a lo largo de todo el volumen. Los dos anteriores eran iguales. Al coger el cuarto volumen e ir hojeando hacia atrás, inmediatamente descubrí dos letras distintas. El primer escrito con su letra era un acta en la que el alcalde daba posesión como secretario de Labastida a Pedro de Nagore, hijo del pueblo, después de haber obtenido la plaza ganada por la oposición correspondiente. Miré la fecha: En Labastida, a veinte días del mes de marzo de mil quinientos y cincuenta años, reynando nuestro señor el emperador don Carlos. Me fijé especialmente en lo de «hijo del pueblo». Era un dato decisivo, muy a tener en cuenta.

Puse una hoja separadora y anoté en ella: 203-1550. Era un dato imprescindible. Dejé los dos volúmenes siguientes y fui directamente a por el cuarto, el más reciente. Continuaba su letra perfecta y armoniosa, con su firma al pie de cada escrito. Hacia el final del tomo aparecieron otra letra y otra firma, bajo la que decía «secretario suplente».

Leí con curiosidad el escrito. Los dos primeros puntos trataban sobre los regadíos y el pago por el alojamiento de los esquiladores de ovejas. En el tercer punto, el alcalde daba a conocer a los concejales, que había recibido cartas del Santo Oficio de la Inquisición por las que se forzaba a que dimitiera el secretario, Pedro de Nagore, por tener un juicio pendiente. Seguidamente se recogían las peticiones de protesta de diversos concejales solicitando hacerlas llegar al Santo Oficio por tal forzada dimisión. Al final, firmaba el nuevo secretario con fecha de 2 de julio de 1565.

Ya tenía el nombramiento y el cese como secretario. No pensaba encontrarlo en un solo día. De momento no quería investigar más y me dediqué a leer actas que él había escrito de su puño y letra. Fue una lectura rápida, pues había muchos temas que eran de rutina municipal y no me interesaban de momento, pero leer sus escritos fue como estar hablando con él.

Finalmente, los ojos me dolían. En aquel cuartucho había una bombilla tan pequeña y tan alta que poco me ayudaba. Quise buscar algún testimonio, pero estaba agotado. Había estado todo el día metido en aquel rincón, había trabajado con prisa y no era mucho lo encontrado, aunque había merecido la pena. Comenzaba con buen pie.

Cené y me fui a dormir. Estaba muy cansado.

A las nueve estaba de nuevo en la puerta del Ayuntamiento. El secretario se echó a reír al verme con la cámara microfilmadora, que llevaba porque los libros eran muy gruesos y porque era un material que había que tratar con especial cuidado.

-Daniel, ¿vas a fotografiar los bichitos que hay entre los papelotes? A ver cómo te sale hoy el safari.

Instalé una bombilla potente en el techo para no quedarme sin vista. Microfilmé

todas las páginas que había dejado señaladas. Luego comencé a mirar los legajos. Todo aquello en que no hubiera fechas próximas al 2 de julio de 1565 lo dejaba de lado. De pronto, algo me llamó la atención. Era una pequeña caja, cerrada con una aldabilla. La abrí y dentro apareció un paquete envuelto con una tela de terciopelo rojo y atado con dos cintas azules. Lo saqué fuera para verlo a la luz natural. El envoltorio estaba hecho con cuidado y en medio, en letra muy pequeña, había pegado un pequeño papel con una palabra: SECRETO-CONFIDENCIAL. Desanudé las cintas y apareció un envoltorio con pergamino grueso. Al ir a abrirlo, algo me llamó la atención. La piel del envoltorio aparecía rota, tenía un rasgón angular, lo que llamamos un siete. La esquina se había doblado y debajo se podían ver unas letras extrañas. Desanudé el paquete y, antes de mirar lo que había dentro, me fijé en el forro. Lo que había servido de envoltorio era un pergamino de considerable tamaño. Lo desdoblé, lo extendí y, por dentro, apareció toda una página escrita en caracteres desconocidos y raros. En principio creí que sería griego, pero no lo era. Tendría que consultar con un paleógrafo.

Comencé a hojear los papeles interiores. No eran pergaminos, sino hojas sueltas de papel grueso que tenían encima un membrete. ¡Eran de la Inquisición! Las conté con sumo cuidado: diecinueve, y todas estaban perfectamente ordenadas y numeradas. Comencé a leerlas una por una. Eran amonestaciones sobre las buenas costumbres, sobre cómo se debían denunciar las prácticas de brujería y normas sobre el culto externo fuera de las iglesias. La número diez entraba en mi tema: pedía información al alcalde sobre los actos y creencias de su secretario.

En la carta número once se expresaba la queja de que la información del alcalde era muy escasa y no respondía a lo que se le había pedido. Se le amenazaba para que consiguiera más información.

En la carta número doce se notificaba que la Suprema, es decir, el Santo Oficio, sabía a ciencia cierta que Pedro de Nagore poseía poderes que debían ser cuidadosamente examinados.

La carta número trece comenzaba:

Scribano presente: daréis testimonio, siguiendo vuestro signo, de manera que haga fe, a mí, Fernando de Valdeolivas, inquisidor mayor de la ciudad de Calahorra. Ordeno por la presente...

Y se ordenaba que Pedro de Nagore fuera sometido a interrogatorio en Calahorra.

Junto a estas cartas había un pliego doblado cerrado con una cinta sellada. El lacre había sido rasgado y llevaba el sello de la Inquisición. Lo desdoblé con sumo cuidado. Ante mí tenía el acta de un juicio contra Pedro de Nagore y Jaso, escrita por el secretario del Tribunal de la Inquisición. Cuando terminé, volví a releer algún fragmento:

Este Tribunal tiene noticia de que usted ha mantenido contactos con el Maligno. ¿En qué forma?

-Lo niego. No sé ni en qué consiste ni de qué se trata.

-Los poderes que usted posee no se pueden explicar si no es con la intervención del Maligno.

-Mis conocimientos vienen de otros lugares del mundo. No hay nada extrahumano en ellos. Es nuestra propia inteligencia, como reflejo de la sabiduría, la que es capaz de llegar a eso. Es una demostración de la inteligencia del ser humano.

-¿Dónde, cómo y con qué fines hacía ungüentos?

-Los ungüentos son cosa de brujería, de ignorantes. Yo no tengo nada que ver con eso, no necesito ungüentos, sólo uso el poder natural de mi mente.

-Usted ha embaucado a la gente, tiene seguidores.

-Lo niego. El saber nos hace libres a las personas, nos libera de los miedos, de las ataduras, de los mitos. No me han seguido a mí, sino que han admirado mis conocimientos.

-¿Reniegas de tu religión?

-La religión es creencia y lo que investigo es la ciencia del conocimiento. Son dos aspectos distintos... para quien quiera verlo.

-¿Con quién te reunías?

-Con nadie.

-¿No es verdad que el Demonio, en forma de macho cabrío, se reunía contigo cuando paseabas por el campo?

-Eso es una necedad. Bueno..., de vez en cuando nos escribimos cartas de amor y nos citamos junto a la pila bautismal para jugar a las cartas y beber vino por las tabernas. Todos nos vieron juntos.

-No te burles. Explícanos cómo es posible que hayas podido predecir con exactitud un eclipse solar si no es por un pacto con el poder del Maligno. No tiene otra explicación.

-Ya les he dicho que se puede hacer con cálculos matemáticos. Sólo hace falta observar el firmamento con unas lentes, hacer cálculos matemáticos y tener ganas de estudiar científicamente las órbitas. Es más fácil ocultar la verdad que afrontarla.

-Esas lentes son dañinas, están hechas con azufre del infierno, huelen a macho cabrío.

-¿Cuántas veces lo tengo que decir? No he hecho sino colocar varias lentes dentro de un tubo para observar más de cerca los astros. Es un principio científico sencillo que puede hacer cualquiera. Las lentes no las hacen los espíritus malignos, que el diablo es un poco tonto y no sabe hacer lentes.

-Está claro que te relacionas con la secta del Triángulo de la Sabiduría, que anida por estas tierras y, aunque no sabemos dónde se encierran, pronto los vamos a descubrir. Tu pertenencia al Triángulo no la puedes negar, y eso te va a llevar al fin. ¿Dónde está el libro del Triángulo de la Sabiduría, ese libro que encierra su historia y sus misterios?

-No lo sé.

-¿Cómo se puede explicar que predigas el tiempo, que adivines el futuro, que tengas fórmulas secretas para conservar el vino durante cientos de años, que tus plantas y flores siempre sean las mejores, que tus vacas tripliquen la cantidad de leche, que adivines accidentes, que hables con las estrellas y cures enfermedades si no es con la fuerza del mal?

-Con la ayuda del mal no se puede hacer el bien. En lo que ha señalado no hay nada que no pueda hacer la inteligencia humana, como lo he demostrado repetidamente. El saber nos lleva a la explicación de fenómenos que antes se veían como misteriosos o provenientes de poderes exteriores. Para hablar con las estrellas sólo se necesita un tubo de cristales que puede hacer un cristalero y no recurrir a las brujas, que las pobres sólo corren por los campos para que las vean aquellos que las quieren ver.

-¿Cómo supiste que había agua a veinte metros de profundidad?

-Había una gran sequía desde hacía años. No podía seguir viendo la necesidad de la gente, y lo hice sin que me lo pidieran. El método es muy antiguo: se coge un péndulo elaborado con la espada de un fraile pecador, se le embadurna con sangre de macho cabrío y pedos de rana, se va a la montaña y se canta una jota al Diablo, se come una docena de ajos y ya está.

-Je ríes? Serás reo de tu empecinamiento.

-Sabéis de sobra que soy inocente. Todo aquello de lo que me acusáis lo tenéis que demostrar y tenéis las manos vacías. ¿No queríais brujerío? Por más que lo repita, no servirá para nada. Por lo menos vamos a divertirnos. Sois ciegos a la luz de la razón y pienso que estoy hablando con sordos que no quieren oír.

Luego leí cartas de gente del pueblo que había escrito al Santo Oficio negando toda culpabilidad en Pedro de Nagore. Otros escribían cartas de agradecimiento por los favores que les había hecho, y la de los padres de la niña a la que había salvado de perecer en un incendio era enternecedora. La sencillez de sus razones tenía más fuerza que los argumentos de un sesudo teólogo.

Aquellos documentos eran importantes y estaban arrinconados, sin darles ningún valor. Bajé a hablar con el secretario.

-¿Qué vas a hacer con los papeles de arriba?

-Cualquier día los tendré que retirar para poder colocar los archivos actuales, que la secretaría se está quedando pequeña.

-¿Y dónde pensáis llevarlos?

-Que lo coja todo un camión y lo tire a la basura, o que se lo lleve el alguacil para encender el fuego. El año pasado ya sacó varias cajas de libros. Algunos librotos pesaban más de cinco kilos.

-Pero..., ¿qué dices?

-¿Para qué van a servir esos mamotretos?

-En esos «mamotretos» está la historia de los antepasados de este pueblo, de sus costumbres, de su forma de pensar y vivir. ¿Cómo puedes hacer semejante disparate? Estáis locos. Esos libros hay que conservarlos aquí o mandarlos a un sitio seguro, como puede ser la Diputación provincial.

-Eso lo dices tú y cuatro chalados como tú. ¡Qué valor pueden tener! Por lo menos darán calor al alguacil y a su mujer, que es dama digna de mejor alcurnia.

Era inútil seguir intentando convencerle. Me dio pena más que rabia. Aquellos escritos peligraban en manos de aquel bárbaro metido a escribiente y que además de ser ignorante no sabía que lo era.

-¿Podría llevarme algunos documentos para fotocopiarlos?

-Nada de eso. Coge todo lo que quieras antes de que se convierta en humo. Todo para ti.

-Me quedaré con las cartas, algunas actas y lo demás lo enviaré a los archivos de la Diputación.

-Estupendo. Así me quitas trabajo.

Y se reía porque había dicho una gracia muy ingeniosa.

Lo que estaba investigando había comenzado de forma fortuita y ahora iba convirtiéndose en una auténtica historia. No podía volver atrás. Tenía que continuar con la investigación. Sin querer, iba juntando hilos sueltos. Sabía ya que el apellido era navarro, que había nacido en Labastida y el cargo que había ocupado.

A las doce fui a la parroquia, a la hora convenida con el párroco, con quien había hablado el día anterior. Para cuando llegué, ya tenía anotado todo lo que buscaba. Lo había escrito cuidadosamente en una hoja haciendo una especie de árbol genealógico.

-Pero, ¿cómo lo has hecho? Esto es una labor muy costosa - le dije con cara agradecida.

-No lo creas. Lo hice ayer por la tarde, por la noche y esta mañana. ¡A ver si piensas que los curas de pueblo no trabajamos!

-No, si...

-Vayamos al grano. He ido rastreando en los libros de bautismos. En este pueblo no hay ningún Nagore desde hace tres siglos. El tal Pedro de Nagore que buscas nació aquí, en Labastida..., el 1 de noviembre de 1523. Aquí tienes el acta de bautismo.



El cura me mostró un libro antiquísimo. Allí estaba, con letra muy difícil de entender, la partida de Bautismo de aquel a quien andaba buscando. El cura había tenido la deferencia de pasarla en un folio a máquina:

En el día primo del mes de noviembre de mil y quinientos y veinte y tres, yo, Clemente Górriz, abad de la iglesia parroquial de la villa de Labastida, bautizé solemnemente en aquesta parroquia a un niño que dijeron que era nascido a las

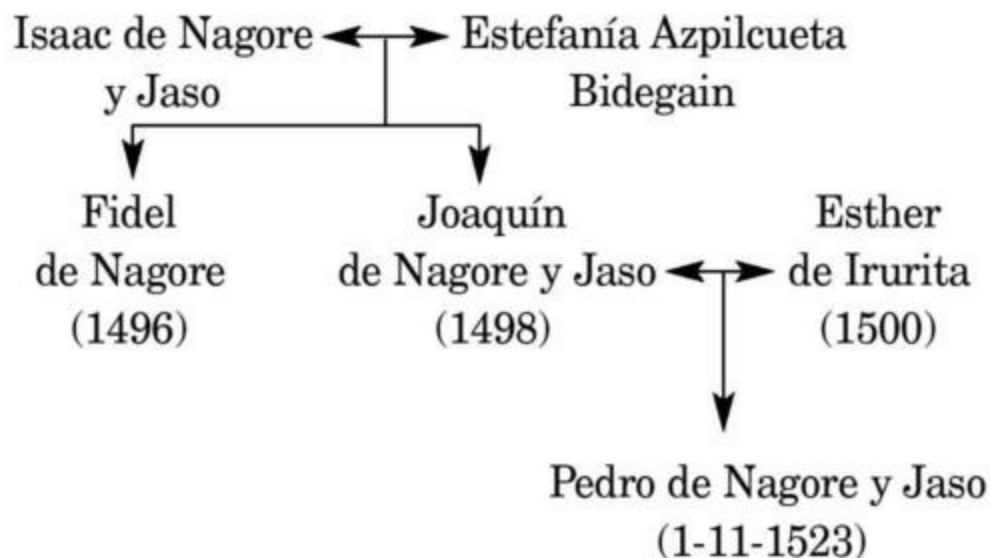
siete horas de la mañana del día anterior, filio legítimo e de legítimo matrimonio de Joaquín de Nagore y Jaso, de aquesta villa, e de Esther de Irurita Galbenzu, la su mugen, mis feligreses. E se le nominó como Pedro. Sus abuelos paternos, Isaac de Nagore y Jaso e Estefanía Azpilcueta Bidegain, ambos ya fenescidos, naturales de la villa de Elizondo, Navarra, y los maternos, Fermín Ucar Pérez y Joachina Senosiain Leoz, fenescidos también, naturales de aquesta villa. Fue la su madrina Estaquia Ucar, natural de San Asensio, y a quien yo advertí del su parentesco espiritual y obligaciones. Y firmé.

Don Clemente Górriz Abad (folio 180, año de 1523)

Aquello era más de lo que podía esperar. La fantasía se hacía de nuevo realidad. Ante mí tenía el acta de Bautismo de aquel personaje in cierto con el que me había encontrado, de quien había escrito la profecía, de quien había cambiado el rumbo de mi vida. ¡Era verdad! El Toloño, Bagdad, Labastida... había merecido la pena.

-Espera - comencé a deducir con él-; si nace en 1523 y toma posesión como secretario en 1550, tenía en aquel momento veintisiete años. Estuvo quince como secretario y en 1570 está preso. Tenía, pues, cuando entró en prisión cuarenta y dos años.

-Déjame seguir, no te emociones. Es hijo de Joaquín de Nagore y Jaso, nacido en 1498, y de Esther de Irurita, nacida aquí en 1500. Joaquín es hijo de Isaac de Nagore y Jaso y de Estefanía de Azpilcueta Bidegain, provenientes ambos de Elizondo, Navarra. Éste es el árbol genealógico:



-Me da la impresión - añadió el cura - de que, por los nombres Isaac, Joaquín, Esther, es una familia judía.

-Sí, eso ya lo sé, y me alegra que coincidamos. Es una familia de judíos conversos. ¿Y su tío Fidel? Es de quien descendo yo.

-Fidel de Nagore, aquí lo puedes ver, nació en 1496. Era dos años mayor que Joaquín. Isaac de Nagore y Estefanía Azpilcueta figuran en el libro de defunciones y fueron enterrados en el cementerio del pueblo. Luego se pierde todo rastro de este apellido. Lo más seguro es que Fidel marchara a otro pueblo o muriera en alguna batalla. Aquí, desde luego, no murió.

-Vaya lío. Tengo que poner en orden todos estos datos. El tal Fidel no me preocupa, lo puedo investigar más tarde. Tal vez esté en los archivos de Miranda de Ebro, pero de momento lo dejaré. Tengo que atacar dos puntos: qué pasa en la abadía a partir del momento en que lo encierran y, por otro lado, quiénes eran esos antepasados que vienen a Labastida desde Navarra, desde Elizondo.

-Me parece que te va a resultar un poco difícil.

-No si esta noche lo celebramos con una cena. Corre de mi cuenta. También está invitado el secretario. Os habéis portado demasiado bien conmigo. Lo mínimo es una cena. Elige un buen vino.

-En esta tierra, hasta el vino que elabore un borracho en una noche sin luna, es de primera categoría.

Durante la cena les conté todo lo que había investigado, los documentos que había encontrado, la historia de los juicios.

-No sabía nada de eso. Sí tenía idea de que la Inquisición actuó por aquí, pero no con esos detalles... - me dijo el cura.

El secretario prefería hablar de temas de caza.

Era mi última noche en Labastida. Antes de dormir, abrí la ventana, me senté frente a ella respirando profundamente el aire fresco e inicié un ejercicio de relajación. A los pocos segundos me había aislado del mundo circundante, vagaba en el vacío y mi mente trabajaba. Fui retrocediendo en la historia hasta llegar al siglo xvi. Proyecté dentro de mí la imagen de la abadía, me acerqué a la puerta principal, la abrí y penetré en el interior. Una vela ardía en medio de un corredor y, cuando la fui a coger, no pude. La vela se movía sola, a un metro del suelo. Por segunda vez intenté cogerla, pero no pude, seguía avanzando. Fui detrás de ella andando lentamente. Las puertas se iban abriendo sin hacer ningún ruido. Finalmente se abrió una puerta principal y entré en una amplia sala. Un fraile estaba escribiendo dándome la espalda. Al notar mi presencia, se dio la vuelta, me miró unos instantes y sonrió:

-Bienvenido seas, Daniel de Nagore. Cuantas veces quieras información, recurre a mí.

-¿Quién es usted? - le pregunté con humildad.

-Soy el abad. Cuido de Pedro de Nagore y Jaso, y te prometo que no le sucederá nada malo.

-¿Podría hablar con él?

-En estos días no es posible. Está haciendo un largo viaje cumpliendo una misión que le he encargado y que sólo él es capaz de realizar. Durante el tiempo que esté fuera, otro fraile de mi confianza ocupa su lugar. Nadie notará su ausencia.

-Quisiera saber más sobre su vida.

-Tendrás que hacer un largo viaje. Vete hacia las montañas del norte, a la tierra de sus mayores.

La figura desapareció. El escritorio se quedó vacío y la vela, que había permanecido quieta a mi izquierda, comenzó a moverse hacia fuera. La seguí hasta las puertas de la abadía.

Cuando, por la mañana, me desperté, tenía resaca como si la noche anterior hubiera bebido en exceso. Todo me daba vueltas. Con fuerte pesadez de cabeza, me metí en la ducha. Poco a poco se fue disipando la nube mental y, cuando le di con fuerza al agua fría, me recuperé. Tan sólo entonces me di cuenta del desorden que había en la habitación. La mesa estaba revuelta y la ventana entreabierta. Estaba seguro de haberla cerrado. Comencé a revisar todo y fui recogiendo los documentos. Al final lo pude confirmar: las actas del juicio habían desaparecido, me las habían robado. Examiné la microfilmadora y vi que no había sido abierta. Así pues, conservaba los documentos. La prudencia de haberlos microfilmado los había salvado. ¿Quién estaría detrás de mí? ¿Por qué?

Además del cura y del secretario, no lo sabía nadie. El primero me parecía hombre de bien y el segundo, demasiado despreocupado por algo que no fuera la caza. Aunque bien era verdad que mucha gente me había visto investigando en los archivos. ¿Quién podría estar tras aquello?

Cuando se lo comenté al cura, se sorprendió:

-Ahora te vas a marchar, pero de vez en cuando telefonéame. Si logro saber algo, ya te lo diré. Aquí hay gato encerrado. Ten cuidado.

III

Por el Pirineo navarro

Provisto de lo que creí más necesario - documentos, microfilmadora, libretas de notas, libros-, me encaminé hacia Navarra. Previamente, durante unos días, estuve estudiando la historia del viejo reino. Me intrigaba remontarme a los orígenes de aquel pueblo donde se confunde la historia con la leyenda. Allí había nacido el primer reino que había sido gobernado por leyes propias... era la tierra de mis mayores, con sus costumbres, sus mitos, leyendas y, sobre todo, su lengua extraña.

Atravesé el valle de la Burunda y recordé la leyenda de Teodosio de Goñi, que parecía que me estaba mirando desde la cumbre de San Miguel de Aralar. El valle se ensanchaba entre la sierra de Aralar, a mi izquierda, y las sierras de Urbasa y Andía, a mi derecha.

A medida que iba ascendiendo, el paisaje iba cambiando. Atravesé Pamplona, la vieja Iruña y me adentré por el valle de Ulzama. Las verdes montañas me ofrecían un paisaje nuevo. Los ca seríos se desperdigaban por las laderas y llamaban la atención los colores rojizos con que estaban pintadas las puertas y las ventanas. Olía intensamente a hierba y estiércol de vaca, a campo.

La belleza de los montes, cubiertos de robles y hayas, hacía que disminuyera la velocidad del coche. Era demasiada la grandeza de sus rincones para poder pasar de largo. Estuve un rato contemplando el panorama desde la cima del puerto de Velate.

Atravesando valles y puertos con sus decenas de tonos distintos dentro de la gama verde, me acercaba finalmente al valle del Baztán. Los pueblos se salpicaban ante mi vista. El valle, en forma de cubeta, era un rincón ameno. Sus montañas se cubrían de hayas, castaños, robles, fresnos y otras variedades que yo desconocía. Por los prados y las laderas se desperdigaban bordas y caseríos, almenados por picos nevados. El panorama, oteado desde el mirador de Ciga, era de una belleza singular. La naturaleza emergía en toda su fuerza, generosa, desnuda.

A lo largo de un farallón rojizo sobrevolaban unos buitres, que, según un pastor con quien compartí charla, vino y queso, se llamaban angorraces por aquellos contornos.

En Elizondo, las casas tenían un aspecto solariego. ¡Qué escudos! Aparqué el coche junto a un pequeño hotel. Cuando le entregué el documento de identidad a la recepcionista, noté que me miraba con cierta curiosidad.

-Daniel de Nagore, Daniel de Nagore - repitió entre dientes.

Después de asearme y dejar mis cosas personales, bajé a la calle. En una librería compré un libro sobre la historia del valle. Por la noche leería un rato; ahora, prefería callejear. Cuando iba a salir, vi en una esquina del escaparate mi libro La cueva del Toloño.

-¿Se vende mucho este libro por aquí? - pregunté al librero.

-Sí, ha tenido mucho éxito. ¿Lo conoce usted?

-Sí, lo leí hace poco, pero dicen que su autor es un tipo singular, hay quien asegura que escribe los libros y luego los quema. ¿Estará loco?

-¿De verdad? - me miró con los ojos como platos.

No imaginaba que en aquel lugar hubieran leído el libro que yo había escrito hacía unos años.

-Pienso que sólo lo leerán los niños y los jóvenes - le dije.

-Pues no crea, también lo han comprado algunos mayores, y se habla de él. Me gustaría conocer a su autor.

-Tenga cuidado, según dicen, puede ser peligroso.

Comencé a caminar. Todo el pueblo era de color rosa. Resaltaba especialmente la iglesia, con dos torres gemelas y un friso de colores esmaltados, con los doce apóstoles; la rodeaba un jardín con abetos y espinos.

Me agradaba perderme por las calles, pasar bajo los soportales, intuir las conversaciones detrás de las persianas - verdes y de color avinagrado-, detrás de los miradores de madera marrón.

Fui a visitar al cura y al alcalde. El cura era un chico joven, muy pulido, con camisa veraniega y pantalones vaqueros. Me recibió sin protocolos y entramos en conversación rápidamente.

Le expuse mi plan: venía a buscar datos sobre mis antepasados, de antes de 1500.

-Ha llovido mucho desde entonces. Va a ser difícil.

-Vengo a intentarlo y, aunque sea difícil, quiero llegar hasta donde sea posible. Con frecuencia, sin pretenderlo, se encuentra una solución.

-Me alegra verte animado, pero date cuenta de que esta zona, en límite con Francia,

sufrió muchas guerras por aquella época. Es el momento de la anexión de Navarra a la corona de Castilla. Se quemaron iglesias, se derrumbaron castillos y muchos ayuntamientos fueron quemados y saqueados. El cardenal Cisneros, que tanta fama tiene de gran hombre de Estado, en Navarra fue un carroñero que destruyó cuanto pudo para que el viejo reino no renaciera.



-No lo sabía.

-Pues mira lo que dice aquí.

Abrió un libro de historia y rápidamente me señaló un capítulo: «Navarra en tiempos del cardenal Cisneros».

-Que Cisneros tenía un temperamento de hierro es verdad. Pero de ahí a emparentarlo con los hombres de bien, o a quererlo hacer santo, nada de eso. Era un político, y se regodeó con Navarra destruyendo toda fortaleza o castillo, arrasó villas saqueando y acuchillando poblaciones. Sólo dejó las murallas de Pamplona, Estella, Lumbier y Puente la Reina. Hasta las torres almenadas de las iglesias las destruyó. ¡Él, que era cardenal!

-La idea que me han dado sobre él es muy distinta.

-Claro, es lo de siempre, la idea centralista. Hay que ver la realidad en cada sitio, la historia con letra pequeña, que es la verdadera historia, no la de los grandes hechos. Pero vayamos al grano, por aquí han pasado distintas culturas y personas, hubo luchas, la guerra de la Independencia.

-Veremos qué podemos hacer. Tal vez encuentre algo - respondí para darme fuerza a mí mismo.

-¿Qué es exactamente lo que quieres buscar? Yo te ayudaré en lo que pueda.

-Quiero saber si nacieron aquí Isaac de Nagore y Jaso y Estefanía Azpilcueta Bidegain en fechas anteriores a 1498. Ando buscando mis antepasados y he llegado hasta unos que vivieron en Labastida, Álava, por el 1570, cuyos abuelos procedían de Elizondo.

-Los apellidos son de aquí, son inconfundibles. Miraré en las actas de Bautismo, aunque no sé si se conservarán tan antiguas.

-Me pregunto por qué marcharían de un rincón tan hermoso y acogedor como este.

-De aquí partió mucha gente. Estás en tierra de brujería, tierra donde las brujas brotaban tan abundantes como los robles, y había que freírlas. A mediados del siglo xvi y principios del xvii hubo una especie de fiebre brujeril. Por todos los sitios se quería ver la existencia de las brujas, y venían los censores a quemarlas. Hay muchos documentos con los distintos juicios y procesos, con nombres y datos, para intentar reprimir la supuesta brujería.

-¿Tantos hubo?

-Está registrado en los procesos de la Inquisición de Calahorra y Logroño. Te voy a

dar, nada más, algún detalle: en 1570 fueron quemadas veintinueve brujas de esta zona, acusadas de realizar prácticas de brujería, por el tribunal de Calahorra. En 1525 también se quemó un numeroso grupo de brujos. Y como había casos de brujería colectiva, la Inquisición lo quiso cortar por lo sano. En 1610, en Logroño, se procesó a cuarenta brujos, doce de los cuales fueron achicharrados vivitos en la hoguera. Vivos no, porque cinco de ellos lo fueron «en efigie», ya que habían muerto en la cárcel con las caricias de los inquisidores. Fue el famoso juicio a las brujas de la cueva de Zugarramurdi. Muchos de ellos eran simples ignorantes, gente de mente sencilla con los que se quiso ejemplarizar. Todos los libros que hablan de ello están en la biblioteca parroquial.

-Pero yo no vengo a encontrarme con brujos; eso son fabulaciones del pasado sin sentido.

-¿Sin sentido? Dedícate a investigar sobre tus antepasados, pero con los brujos no juegues.

Y vi que en su rostro se marcó una cierta seriedad dando a entender que no le gustaba seguir hablando del tema.

El alcalde era un hombre grueso, vitalista, de casi dos metros de alto, con cara de beber vino. No sabía si estaba ante el alcalde o ante un campeón de boxeo. Se dedicaba a su vaquería. Cuando le expuse el motivo de mi viaje, me dijo sorprendido, con una curiosa sintaxis:

-Papeles muy viejos son, pues. Yo de eso no entiendo. Habla con el secretario, Heliodoro. Ése sí sabe cosas. Yo, que haya orden en el pueblo. Buena gente. Dile que vas de mi parte y que te atienda bien.

Era de noche. Apagué la luz de la habitación y me asomé a la ventana. De las copas de los árboles y de la orilla del río venía un intenso olor a hierba recalentada que aromaba el ambiente. Sobre el pueblo había bajado una espesa niebla que ocultaba las montañas de los alrededores. Todo el valle estaba metido en una densa bruma tristonera. La luz de las farolas se difuminaba intentando inútilmente dispersar la espesa oscuridad. Me apoyé sobre el alféizar de la ventana durante un rato con la luz apagada. Callejeaba un perro solitario y de una taberna vecina se oían canciones. Eran jotas bravías cantadas cada vez con un tono más atrevido, como si se tratara de una competición. Luego hubo un silencio. Sólo se oía el murmullo ininterrumpido de la corriente del río Baztán y el salto cantarino del agua en una acequia que se perdía en un sumidero.

Me acomodé en la cama y comencé a leer la historia del valle para refrescar y ampliar los conocimientos que había adquirido en la Facultad. Pasé deprisa los comienzos, demasiado imprecisos. Me interesó más todo lo posterior al año 1000, sobre todo la figura de Sancho III el Mayor. Esto ya era historia de la que me gusta: con fechas

y documentos. Guerras y más guerras, devastaciones, luchas entre reinos, entre Francia y España. Por allí pasó la cuña cultural del Camino de Santiago y allí se aposentó el poderío navarro. Siguieron las guerras de religión, los albigenses, los hugonotes, el problema de los agotes, los procesos de brujería. Era una tierra de extraños misterios, sugerente y... me quedé dormido.

Muy de mañana, cuando salí a pasear por el pueblo, apenas había gente por las calles. El rocío había caído abundante y sobre el cauce del río, todavía, dormía una niebla blanquecina que no se levantaba. Callejeé un rato, sin rumbo, dando vueltas, contemplando los escudos y el porte señorial de las casas.

Después de desayunar, me acerqué al Ayuntamiento, un edificio cuadrangular de sólida apariencia, de color rosa, levantado sobre tres amplios arcos. Cinco ventanales recortados en piedra blanca se abrían en la primera planta.

Cuando entré, acababan de abrir. El secretario me atendió correctamente, pero a medida que le fui explicando lo que quería investigar, noté que su afabilidad decaía.

En el mismo despacho, en otras mesas, había dos ayudantes, un hombre de mediana edad y una joven. Sin que ellos se dieran cuenta, noté que prestaban atención a todos los detalles de mi conversación. El hombre se quedó mirándome insistentemente, tal como lo veía yo con el rabillo del ojo. Lo miré disimuladamente. Los gruesos cristales de sus gafas agrandaban sus ojos. Su cara era blanca, huesuda, con mentón largo y la frente despejada por el peinado. Su mirada taladrante no me gustó. Tenía el rostro de un fanático iluminado.

La chica era rubia, de ojos claros y con un corto vestido verde.

El secretario me hizo pasar a un despacho contiguo, lleno de estanterías muy altas. Todos los documentos estaban perfectamente ordenados por fechas y contenido.

-Aquí puede mirar todo lo que desee. Pero no puede sacar ningún documento sin permiso expreso del alcalde y firmado por mí. Copie y tome notas de lo que quiera.

-¿Hasta qué hora puedo quedarme?

-Cerramos a las dos y luego abrimos de cuatro a siete.

-Muchas gracias.

Volvió a su despacho y cerró la puerta. Me alegré, porque quería empezar a trabajar, pero algo me hizo sentirme incómodo. Miré por la cerradura y vi que los tres estaban hablando, mirando de soslayo a mi puerta.

-Es él, es él... - oí que decía el de las gafas, a la vez que hacía gestos como si estuviera dirigiendo una asamblea.

Saqué mi cuaderno de notas y comencé a indagar en documentos anteriores a 1498. Pero había tantos volúmenes que tuve que comenzar por encontrar un método.

Me centré en los libros de rentas. Lo hacía de forma rápida, mirando el encabezamiento de los renteros y todo lo que fueran nombres propios. El apellido Nagore salía con cierta frecuencia. Estuve pasando hojas hacia atrás hasta llegar a 1450. Luego cogí otros legajos con escrituras de compraventa. Lo hice deprisa, leyendo únicamente el nombre del comprador, del vendedor y del secretario firmante. Igualmente, fui retrocediendo hasta 1450.

Era la una y media. Me despedí del secretario y de sus colaboradores y me fui a comer con el cura, tal como habíamos quedado el día anterior.

-¿Has encontrado algo? - me preguntó.

-De momento, nada. Pero espero conseguir algo, don José María.

-No me llames de usted, que no me gusta. Todos me llaman Txema.

-Como quieras. Así es mejor. Txema.

-Te tengo una sorpresa.

-¿Cuál?

Desdobló un folio sobre la mesa.

-El apellido Nagore, como Jaso y todos los demás que me has dado, son muy corrientes por este valle.



Revisando actas de Bautismo, he llegado a encontrar a Isaac de Nagore y Jaso.

-¡No puedo creérmelo!

-La partida de Bautismo no es nada extraña. Lo que me ha sorprendido es que...

-¿Qué?

-Que fue bautizado a los veintinueve años.

-¿Y qué?

-Está muy claro. Nadie se bautizaba a esa edad. Pero era el año 1492.

-Sigo sin ver nada - insistí.

-En 1492 se da en Castilla y Aragón la orden de expulsión de los judíos, lo que hace que muchos se bauticen para hacerse cristianos y así no tener que marchar. En el sur, la mayoría se fue primero hacia Portugal, y luego hacia el norte de África, Oriente Medio y otras partes del mundo, pero aquí no. Casi todos se bautizaron para poder quedarse. Fíjate: Isaac, veintinueve años, 1492. Además, en el acta de fe de Bautismo lo dice expresamente: «Proveniente de anterior religión judía».

Abrí tanto los ojos, que Txema se echó a reír. Lo que buscaba, finalmente, lo había encontrado.

-Ya sabes - continuó hablando Txema mientras comíamos - que los judíos fueron expulsados de España en 1492. En Navarra había muchos, ya que los protegían los reyes. Ocupaban cargos relacionados con la cultura, como secretarios, jueces, cronistas, médicos y cambistas.

-¿Por qué?

-Porque el pueblo sencillo era analfabeto. Hablaba el vascuence y el castellano, pero no sabía leer en ninguno de los dos. Los judíos sabían leer y escribir porque desde niños tenían que leer los textos de la Toráh. Por eso eran gentes de cultura y mercaderes. En muchas ciudades navarras tenían su barrio, la aljama. Eran barrios gobernados de acuerdo con sus leyes, de calles estrechas y cerrados por la noche. Los reyes navarros los empleaban también como intérpretes con los árabes, y en Navarra se beneficiaron de leyes generosas. Desgraciadamente, algunos abusaron en el interés de los préstamos y la gente empezó a mirarlos mal, como en el resto de España. Se les toleraba su religión, como a los moros, siempre que hicieran sus prácticas religiosas dentro de la aljama.

-¿Por qué se rompió esta concordia?

-Hasta entonces habían convivido distintas religiones y razas, pero surgió entonces - con los Reyes Católicos - la idea de una nación, un ejército, una lengua, una religión. Miles y miles de judíos vinieron entonces del resto de España a Navarra, atraídos por la tolerancia que había aquí y por las leyes que los protegían. En Estella, la comunidad israelita creció de forma desmesurada. Si en el resto de España se les expulsó en 1492, en Navarra no ocurrió hasta 1498. Unos marcharon fuera y otros se convirtieron al cristianismo. Unos lo hicieron convencidos y otros simplemente para salvar el pellejo. A

estos conversos el pueblo los llamaba «marranos».

-Me falta saber la fecha en que marchó Isaac, aunque veo que ya estaba en Labastida en 1498.

-Tendrás que seguir investigando.

-Si Isaac era judío, Estefanía Azpilcueta Bidegain, ¿sería cristiana vieja?

-No lo sé, pero es casi seguro que no. Entonces se cuidaba de forma obsesiva la «limpieza de sangre». Ella no nació aquí, ya que no la he encontrado. Puede que fuera de cualquier pueblo del valle y quisiera ocultar su identidad.

-Será difícil encontrar más documentos.

-Si quieres, vente esta tarde a la parroquia. En la biblioteca parroquial hay muchos libros sobre la historia de Navarra. Debes centrarte en esas fechas y buscar datos.

Pasé toda la tarde investigando en la biblioteca parroquial.

Cuando iba a marcharme, Txema vino a verme.

-Quiero enseñarte esto - le dije, y desplegué sobre la mesa el forro de pergamino que había traído de la secretaria de Labastida-. ¿Qué puede ser?

-Amigo Daniel, para ser investigador hay que tocar todos los cables. Este texto es hebreo. Lo estudié en mis tiempos de seminarista y aún me acuerdo un poco. Es un texto de la Toráh.

-¿Por qué estaba en el Ayuntamiento?

-Esto tiene una explicación más clara. Cuando los judíos fueron expulsados, se les confiscaron los bienes y se quemaron sus libros sagrados. En muchas ocasiones, debido a la gran calidad del pergamino que empleaban para sus libros, se utilizaron sus láminas para hacer las tapas de los libros de los ayuntamientos. Este no es un caso aislado. Ya ha ocurrido en otros sitios, como en Olite, donde emplearon pergaminos de la Toráh para tapas de libro de cuentas del Ayuntamiento.

-Me parece que te voy a pagar a ti para que sigas investigando.

Una tarde fui a pasear por los alrededores. Al atravesar un puente, volví la vista y vi que dos hombres venían detrás. Tenían aire de campesinos. Continué por una senda estrecha y llegué a un pequeño prado. Me senté debajo de un árbol y me puse a leer un libro sobre temas de historia que me interesaban.

Me desperté tumbado boca abajo y con sabor a hierba y tierra en la boca. Al lado aparecía el libro completamente destrozado. Sobre una hoja habían escrito «márchate». La cabeza me daba vueltas. Sentí un chichón en la cabeza, y no era producido por una fruta que hubiera caído del árbol. Recordé que el cura me había dicho que tuviera cuidado.

Durante varios días seguí indagando más y más. Ya estaba cansado, desanimado por no encontrar datos seguros, aunque lo que había conseguido compensaba el viaje. Pregunté en las librerías sobre temas de brujería, los hugonotes, los agotes y las leyendas de la zona.

Una mañana, al salir de mi habitación, encontré un pequeño papel pegado en la puerta. Al cogerlo, vi que tenía dibujado un sapo. Lo guardé en el bolsillo sin darle importancia y, cuando salí fuera, noté que la recepcionista me miraba con mucha curiosidad. Al acercarme al coche, en el parabrisas vi que había un papel. En un principio pensé que se trataba de una multa, pero al cogerlo... dentro aparecía dibujado otro sapo, y debajo, escrito en letras mayúsculas: NAHI BADUZU GUTARIKO BAT IZAN ZAITEZKE. KONTUZ IBILI.

No supe dar ninguna explicación a aquello, y, además, no lo entendía. Sería una tomadura de pelo.

Cuando le enseñé los dibujos, Txema se puso serio.

-El sapo es la contraseña de los brujos. Te traduzco lo que pone: «Si quieres, puedes ser uno de los nuestros. Ten cuidado».

-Unos me golpean y otros me invitan. ¿Con quién me quedo? Pero no me digas que todavía siguen con esas cosas.

-Los brujos desaparecieron de Navarra, ya que eran fruto de la incultura y la superstición. Pero en el ambiente popular siguieron vivos. Hasta mi madre, que era muy religiosa, no hacía sino contarme historias de brujas cuando era niño. Y pienso que, en parte, se las creía. Desde hace unos años, gente con aires intelectualoides y con un concepto falso de la historia, quiere restaurarlos. Sé que existe aquí un grupo que se reúne en la cueva de Zugarramurdi. Allí, el 15 de agosto se celebran fiestas populares, pero sin matices de brujería, al menos hasta ahora.

Mientras paseaba por la calle, noté que alguien me seguía. Esta vez no me iba a dejar golpear. Hice como que no me había dado cuenta y lo fui confirmando, parando de vez en cuando ante los escaparates, entrando en los bares o cambiando el itinerario. Era una joven. Cuando entré en una callejuela estrecha, aceleró el paso y se puso a mi lado.

-¿Podría hablar contigo un momento? - me dijo.

-Por supuesto.

-¿Vamos a la taberna?

-Vale, de acuerdo.

Anduvimos unos metros en silencio. Era joven, alta, con la cara muy blanca y los ojos azules, que ocultaba detrás de unas gafitas pequeñas y redondas. Su barbilla sobresalía ligeramente. No era guapa, pero resultaba muy atractiva. Llevaba atada atrás con una cinta su melena rubia.

Nos sentamos en una mesa un poco retirada y pedimos dos cervezas. No había nadie más que el camarero. Antes de comenzar a hablar, se levantó, se acercó a la máquina tocadiscos y echó varias monedas. Cuando iniciamos la conversación, la música de última moda llenaba el ambiente.

-Tú dirás - le dije algo confundido.

-Sé que estás buscando datos sobre temas antiguos, sobre tus antepasados.

-¿Cómo lo sabes?

-Déjalo. Digamos que por casualidad. Perdona, me llamo Maitena.

-Daniel, encantado -y nos dimos la mano.

-Te he estado siguiendo por las calles durante un rato.

-Pues... no me había dado cuenta.

-¿Ya has encontrado algo sobre tus antepasados?

-En parte sí. He encontrado uno, el masculino, pero me falta el femenino.

-¿Qué apellidos tiene?

-De poco te va a servir. Es una tal Estefanía Azpilcueta Bidegain, del siglo xv.

-¿Bidegain? Es curioso. Te lo diré, el apellido Bidegain es de aquí al lado, del pueblo de Arizcun, a cinco kilómetros, del barrio de Bozate.

-Caramba, pues muchas gracias. Iré a investigarlo.

-No lo hagas porque no vas a encontrar absolutamente nada. Todos los Bidegain pertenecían al grupo de los agotes. Los agotes se casaban entre ellos, no se mezclaban con los de los pueblos de los alrededores. Luego se dispersaron por Hispanoamérica. ¿Sabes quiénes eran?

-He leído algo, pero no tengo una idea muy concreta.

-Terminé la licenciatura en Historia hace dos años y estoy haciendo la tesis doctoral sobre los grupos marginales en la Navarra de los siglos xii al xviii. Si te puedo ayudar en algo...

Me hubiera gustado decirle que sí. ¡Qué más quería yo! Pero en su mirada había algo extraño que me impedía ser franco. Me miraba, a través de sus gafitas con aire intelectual, de forma penetrante.

-Sería una buena ayuda - le dije.

-¿Qué plan tienes para hoy?

-Seguir leyendo, investigando.

-Te invito a cenar en mi casa. Podremos charlar un rato. Tengo libros que te pueden interesar para tu investigación.

-No quisiera molestarte, pero como estoy solo...

-No es molestia. ¿Te parece a las nueve?

-Muy bien, a las nueve.

Seguimos charlando un rato. Al final me di cuenta de que en el dedo meñique de la mano izquierda llevaba un anillo de plata con dos lauburusl y en medio de ellos... un diminuto sapo con dos puntos de diamante, uno en cada ojo, que brillaban al compás de los movimientos de su mano cuando movía el cigarrillo.

Por la tarde estuve un rato leyendo todo lo que cayó en mis manos sobre brujería en Navarra y sobre los agotes. Llegó un momento en que creí que lo sabía todo. O casi todo. Leí que en las casas colgaban ramos bendecidos para ahuyentar los malos espíritus. Salí a la calle a comprobarlo.

Me gustaba deambular de nuevo. En una casa solitaria se veía un ramo de boj atado a la balaustrada del balcón, como lo había visto en otras. Cuando lo estaba mirando, salió una anciana. Llevaba un pañuelo negro anudado en el moño. Al verme mirando al balcón -yo ponía adrede cara de despistado y sorprendido-, me saludó.

-Hola, joven. Usted no es de por aquí, ¿verdad?

-No, señora. Estaba mirando ese ramo que tiene en el balcón. Lo he visto en otras casas. ¿Para qué lo ponen?

-Hombre, para los rayos. Es un ramo bendecido el Domingo de Ramos.

-No sé, no sé, pero me parece que como venga el rayo al derecho...

-¡Esta juventud descreída! Lo tenemos todo el año para que nos preserve, ahuyente las tormentas, las desgracias y para que no vengan las brujas.

-Pero, señora, ¿aún cree usted en las brujas?

-¡Jovenzuelo ignorante!, como todos. Aquí siempre las ha habido. Usted es de fuera y joven, ya se nota. ¡Si yo le contara a usted!

-Cuenta, cuenta, señora, que de esas cosas yo no he oído hablar.

-¿Quiere que le cuente una historia, que es verdad y la conoció mi abuela?

-Cuénteme -y me puse a su altura para andar por un camino que se metía entre la vegetación.

-Pues mire usted, joven: «Aquí, en el pueblo, vivieron un hombre y una mujer. Eran jóvenes, tenían riquezas y vivían felices. Tuvieron un niño que, según me contaba mi abuela, era un pimpollete.

»Un día, se encontraba la madre bajo un roble peinando al pequeño por la mañana y en esto se le acerca una vieja y le dice:

» - ¡Qué pelo tan bonito tiene usted!, ¿me deja que se lo peine?

»-Si usted quiere... mientras, yo peinaré a mi pequeño que, con tanto trabajo, hoy no he tenido tiempo de arreglarme - le respondió la joven muy educadamente.

»Aquella mujer, vieja y fea, era una bruja. En un momento, mientras la estaba peinando, le clavó un largo alfiler de cabeza negra y al instante la joven señora se convirtió en una paloma blanca que se fue volando.

»La vieja tomó al niño y se colocó a la puerta de la casa fingiendo postura de bondad y con ademán elegante, como el de la dueña.

»Los que pasaban cerca se preguntaban quién era aquella señora fea con el niño.

Ella decía que era la madre, y las personas se alejaban preguntándose cómo era posible, si la madre de Aitor - que así se llamaba el pimplote - era joven y de una belleza llamativa. Cuando le insistían, afirmaba que era ella la madre, pero que una bruja la había transformado y afeado.

»Entró en la casa, y cuando vino el marido y la encontró tan fea, se espantó, pero se tuvo que resignar ante las explicaciones que le dio su falsa mujer. Y así pasaron tres días.

»Una tortolita aparecía revoloteando junto a la ventana y se posaba en el nogal que había en el jardín. El marido quería cogerla para darle de comer en su propia mano, pero la vieja le decía que era una paloma fea y pachucha, que no perdiera el tiempo en esas cosas.

»Al tercer día, al salir al jardín, el padre vio que Aitor tenía la paloma blanca en sus manos y le daba migajas. El señor, que era de buen corazón, la cogió para acariciarla. Al pasarle la mano por la cabeza, notó en ella un pequeño bulto. Miró con atención y vio que tenía clavado un alfiler negro. Se lo sacó con mucho cuidado y al instante la paloma se transformó en su bella esposa.

»El marido no podía creérselo. Cuando la esposa le contó lo que había ocurrido, el marido lo dijo por todo el pueblo. Y los vecinos vinieron a casa, cogieron a la bruja, que se había escondido en el desván, la llevaron al centro de la plaza y la achicharraron en una hoguera. Delante de todos, para que vieran bien que cosas como éstas no se hacen». ¿No se lo cree?

-No sé, no sé.

-Pues muchas más cosas le contaría yo, joven. Y se lo crea o no, han ocurrido aquí y son verdad.

Y se marchó hacia su huerto por un sendero junto al río, bajo dos filas de árboles, dando pasitos cortos.

Me vestí con cierta elegancia, compré una tarta en una pastelería y estuve haciendo tiempo en un bar viendo la televisión.

A las nueve, puntual como es mi costumbre, llegué a su casa. Cuando iba a abrir la gran puerta del portal, vi que en una esquina se escondía alguien. Penetré en el zaguán, dejé la puerta entreabierta y esperé un momento. A los pocos segundos vi que atravesaba la calle el ayudante del secretario, con sus gafas de culo de vaso y su mentón alargado.

Subí al primer piso y, cuando la muchacha me abrió la puerta, creí ver a otra persona. Tenía la melena suelta, no llevaba gafas y se había puesto un precioso vestido

largo, blanco, con escote y abierto por detrás.

La mesa estaba ya preparada, y con exquisito gusto. Me invitó a sentarme, encendió dos velas y apagó las luces.

Antes de que yo sacara el tema, lo hizo ella. Aparenté que no sabía absolutamente nada y de vez en cuando hacía gestos de sorpresa ante lo que me iba descubriendo. Vi que tenía ganas de hablar.

-Los agotes eran, y han sido hasta hace pocos años, un grupo étnico marginado durante siglos en Navarra y el sur de Francia. No se conoce su origen, aunque parece que pudiera ser uno de estos tres: para unos, son descendientes de los godos y, como tales, no se integraron con los navarros; para otros, son descendientes de los herejes albigenses que vinieron huyendo de Francia; finalmente, hay quien piensa que son los sucesores de los antiguos leprosos medievales, y que desde entonces la sociedad los mantuvo relegados.

-Bien por los agotes, pero esta trucha con jamón es digna de un príncipe.

-Son truchas a la navarra. Como ves, todo muy de la tierra.

-Estupendas, pero sigue con el tema. ¿Cómo ha vivido esta gente si todos la marginaban?

-Ya ves, aguantando, unos; otros, yéndose fuera. Las vejaciones eran continuas. Tenían que vivir siempre en los mismos lugares, sin mezclarse con los demás. A veces se recluían en barrios separados por un río. Se ocupaban de las labores más bajas, las que nadie quería. Hasta para entrar en la iglesia había para ellos una puerta y una pila de agua bendita de uso exclusivo, y tenían que colocarse cerca de la puerta. El matrimonio tenía que ser entre ellos, lo que ha hecho que tengan unos rasgos físicos propios. A los niños del pueblo, desde chiquitines, se les hablaba de los agotes como de un grupo malo, como de los sacamantecas o de los judíos. Se decía que les olía mal el aliento, que no tenían mucosidad, que las orejas las tenían sin lóbulo y otras barbaridades.

-¿Y hasta cuándo fue así?

-Desde la Edad Media hasta hace unos años. Hubo pleitos, sobre todo por el mal trato que recibían en las iglesias. El 27 de diciembre de 1818, las Cortes de Navarra elaboraron un decreto por el que se les reconocía como cristianos y navarros. Pero la mala fama ha perdurado. Muchos tuvieron que emigrar.

-Pobre gente.

-Con frecuencia pagaron los destrozos que hacían los brujos. Éstos sacrificaban

cabras, que dejaban muertas por los caminos; secuestraban a los niños, quemaban cosechas y cometían mil fechorías más, pero no se sabía quiénes eran. Y todas las culpas recaían en los agotes.

-¿Y por qué?

-Los pueblos siempre necesitan inventarse enemigos en los que descargar sus propias frustraciones, echar sus culpas a otros; aquí, ese elemento expiatorio fueron los agotes, quienes no podían hacer nada por defenderse.

-¿Podría hablar con algún agote?

-No les gusta que la gente vaya indagando sobre ellos. Cuando se les habla del tema, se tornan desconfiados, huidizos, no les gusta. Han ido muchos investigadores a interrogarlos y, a veces, de forma desaprensiva, mirándoles los dientes como si fueran caballerías. Bastante han tenido con el desprecio que sufrieron durante siglos, cuando se los consideraba seres apestosos, contagiados. Su barrio se sigue sintiendo maldito, aun cuando hoy ha desaparecido ese ambiente. Si quieres, puedes hablar con Gastón Mugairi; es un anciano afable, a quien le gusta charlar y tiene una preciosa historia para contar. Está en Arizcun, junto al barrio de Bozate, el barrio de los agotes. Tú vas paseando y te haces el encontradizo, le dices cualquier cosa agradable y comenzará a contarte su vida.

Estábamos en los postres. Sus ojos me miraban escrutadores. Hubo un silencio, que se hizo largo, muy largo, aunque fue corto... Un silencio que hablaba.

Maitena se levantó para traer los licores de una salita contigua. Aproveché para mirar un momento el salón, especialmente la biblioteca, que tenía delante de mí y no había tenido ocasión de ojear. Sentí una inquietud extraña al ver mi libro en una estantería.

En la penumbra del comedor resaltó su vestido blanco. Cuando se aproximó y puso la botella sobre la mesa, brillaron dos diminutos diamantes de la sortija a la luz de las velas. Tomamos el primer trago de pacharán. Me di cuenta de que estaba incómoda en silencio, que quería decir algo.

-¿De quién es el libro con las pastas marrones? - pregunté y le miré fijamente a los ojos.

Se puso roja, y me pareció aún más bella.

-Perdona. Yo sabía quién eras tú. Leí tu libro, como mucha gente de aquí. Me enteré de que estabas en el pueblo y quise conocerte. Sabíamos de ti antes de que vinieras al pueblo. Yo leí ese libro hace dos años y lo he releído varias veces. Eres conocido aquí

por lo que sabes, por los conocimientos que tienes.

-¡Pero si yo no tengo fama ninguna, no soy importante en absoluto! ¿Quién te dijo quién era yo?

-Perdona que no te lo diga... de momento.

-Así que me conocías antes de que viniera al pueblo...

-Había oído tu nombre y ayer, cuando paseabas por la calle, me dijeron que eras tú.

De repente me acordé de las actas que me habían desaparecido en Labastida, de lo que había oído en el Ayuntamiento, de ciertas miradas que había creído intuir, del golpe en la cabeza cuando estaba sentado junto al árbol. ¿Qué quería la chica que tenía delante de mí?

-¿Y qué más sabes?

-No, nada más - pero noté algo extraño en ella; estaba seguro de que me ocultaba algo-. ¿Sabes qué día es hoy? - preguntó como quien se decide a decir por fin una cosa que tenía muy pensada.

-¿Hoy? 23 de junio.

-¿Nada más?

-Sí, la noche de San Juan.

-Antes que noche de San Juan - se notaba que hablaba de un tema que le era querido - es la noche del solsticio de verano. Es la fiesta del canto a la fecundidad, a la libertad, a la vida que renace después del invierno. Así lo celebraban nuestros mayores. Era el gran aquelarre. El invierno es duro y largo en estas montañas, la vida queda entumecida, adormilada, como muerta. Por eso, nuestros antepasados, cuando llegaba el solsticio, celebraban la fiesta del renuevo: los campos, los animales, las fuentes de aguas nuevas, todo emanando vida. La noche del plenilunio era la fiesta más importante de todos los ritos. Hoy, también nosotros necesitamos un aquelarre que nos haga amar la vida.

Aunque inmediatamente me di cuenta del giro que tomaba la conversación, hice como que no lo comprendía, como si fuera un ignorante.

-¿Y qué?

Noté que estaba algo nerviosa y apuré de un trago lo que le quedaba en la copa. Se sirvió más.

-¿Qué hora es? - me preguntó con tono resuelto.

-Las diez y media.

-Falta hora y media - dijo como si la espera se le hiciera muy larga-. Tengo confianza en ti.

-Hora y media, ¿para qué?

-¿Viste el papelito pegado a tu puerta en el hotel?

-Sí, y en el coche.

-Te los puse yo.

-¿Por qué no te explicas?

-Te lo diré abiertamente. Las brujas desaparecieron de estas tierras hace muchos años. Ellas mantenían con sus ritos las viejas costumbres de nuestros mayores. Luego, otras culturas aplastaron sin piedad las creencias ancestrales de nuestro pueblo. Desde hace unos años, un grupo de gente del país queremos resucitar la tradición y una vez al año nos reunimos en la cueva de Zugarramurdi para celebrar, igual que nuestros antepasados, la llegada del solsticio de verano. Dentro de hora y media nos vamos a reunir en la cueva. ¿Quieres venir al aquelarre?

En otras circunstancias hubiera necesitado un tiempo para decidirme, pero yo había venido a estas tierras para investigar, para acumular el mayor número de vivencias y detalles. Lo tenía pensado.

-Con mucho gusto; cuando quieras.

-Vamos en mi coche - me dijo resuelta.

Se retiró a una habitación y a los pocos minutos volvió vestida de forma desenfadada. Cogió dos bolsas de deporte y bajamos a la calle.

La luna aparecía más grande que nunca. De las orillas del río llegaba el croar incesante de las ranas.

El coche se adentró en el valle por una estrecha carretera y casi no hacían falta los faros porque la luna brillaba con todo su esplendor.

-Tenemos unos veinticinco kilómetros de carretera. Iremos despacio porque hay curvas peligrosas y unos precipicios que es casi mejor ir de noche para no verlos.

Cuando lleguemos, verás coches aparcados y gente que va a la cueva. Tú observa y no hables, no digas nada. A esta reunión sólo vamos los iniciados, pero yo pediré que te dejen entrar. No habrá problemas.

Cuando nos acercamos a la muga de Francia, unos quince metros antes, giró a la izquierda. Llegamos a un pequeño rellano junto al pueblo. Aparcó bajo unos chopos, al lado de otros coches que habían llegado antes. Salimos. Sacó ropas del interior de la bolsa de deportes y las echó encima del coche para cambiarse. Su cuerpo resaltaba blanquecino recortado a la luz de la luna.

Sacó un frasco de pomada y se dio por los brazos, pechos y piernas.

-¿Me das por la espalda?

Era un ungüento espeso, con un olor ligeramente ácido, que tiñó su cuerpo de un color oscuro. Cuando se volvió, sólo se destacaba su cara blanca.

Se puso encima una piel de cabra. Como polainas, pieles de cordero; por calzado, albarcas; como ceñidor, un grueso cinto de cuero del que colgaban amuletos. Se introdujo en el coche y con un espejo se maquilló. Cuando salió, tenía cara de cabra.

-Ahora disfrázate tú - me dijo a la vez que me daba una zamarra de pastor y una careta diablesca.

Me disfracé lo mejor que pude, dispuesto a colaborar en la fiesta, era como si estuviera en Bagdad. Un nuevo reto.

Comenzamos a caminar en larga fila, todos ataviados de la misma manera.

-¿Y una chica como tú cree en esto?

-Como otras personas que son cultas creen en otras cosas.

-Pero hay diferencia.

-Yo te digo como mis amigos los gallegos: «Haberlas haylas».

Los grupitos avanzaban resueltos. Con frecuencia teníamos que pasar bajo las hayas, enormes, frondosas, con troncos blanquecinos. Entonces parecíamos fantasmas. La noche invitaba al silencio. Casi nadie hablaba, los grupos se separaban en hileras cuesta abajo. Pasamos por caminos entre prados, fincas y pastizales.

A lo lejos se divisaba el resplandor de un fuego. Era la luz de la cueva, que nos llamaba en la noche y nos hacía aligerar el paso. En esto, Maitena, a voz en grito, con los

brazos dirigidos hacia la blanca luna, comenzó a recitar en su lengua vernácula:

LAINO GUZTIEN AZPITIK ETA SASI GUZTIEN GAINETIK

Me impresionó la belleza y la armonía de aquella recitación. Luego, le pedí que me tradujera:

-«Por debajo de todas las nubes y por encima de todas las zarzas». Era el rito que hacían nuestros mayores para acceder a los aquelarres.

Comenzamos a descender hacia el resplandor. Cuando llegamos a un roble milenario, pudimos ver la entrada de la cueva. Bajo un enorme arco natural se abría un túnel horadado en la roca por las corrientes milenarias de agua. Todo estaba iluminado por las llamas de dos hogueras que lamían las bóvedas.

Yo creí que la fiesta tendría lugar allí, pero en aquella sala no había nadie y seguimos - todos en fila - por la izquierda, atravesamos un puen tecillo y ascendimos hasta otra cueva, situada encima de la anterior. Esta era más pequeña, con el techo más bajo, toda llena de oquedades en las paredes.

En medio, sobre una piedra cilíndrica situada en un promontorio verde, estaba sentado un hombre revestido con cornamenta de macho cabrío.

-Es Milabícar, el Gran Macho Cabrío, el jefe que preside la reunión - me dijo Maitena muy bajito al oído.

Todo él aparecía metido en piel de animal. Sobre la cola, en el lomo, tenía un tercer cuerno. Su rostro estaba pintado de rojo.

-Colócate en esta esquina y procura no moverte mientras no lo hagan los demás - me dijo Maitena.

Todos se fueron sentando en filas en semicírculo frente a quien presidía la reunión. Yo me puse en un extremo de la última fila, junto a la pared rocosa, al lado de Maitena.

Los cuerpos desdibujados y sus sombras corrían, subían y bajaban al resplandor de la hoguera. El entorno resultaba de ultratumba.

-Orain denok gaudenez gero...

-«Ahora que estamos todos reunidos...» - susurró Maitena traduciéndome.

Tras un breve discurso de bienvenida, el Macho Cabrío lanzó a un brasero una bola que produjo un fogonazo. Inmediatamente comenzó a oler a azufre e incienso. Después,

se acercó a una piedra en forma de mesa. Alzó una gran copa de madera imitando el gesto del sacerdote cuando levanta el cáliz en la misa.

-Bebamos el líquido de la vida, como lo hicieron nuestros mayores.

Los presentes iniciaron una procesión hacia el improvisado altar. Pasaban en fila delante de mí. Aunque estaban disfrazados, pude darme cuenta de que casi todos eran jóvenes y de que predominaban las mujeres. Sus ropas estaban hechas de piel de cabra y llevaban la cara pintada de colores chillones. Unos tenían un cuerno, otros dos. El rabo caprino era natural, disecado o de imitación. En la frente, la mayoría llevaba un dibujo: un ojo, un triángulo, tres triángulos superpuestos, una esfera...

Cuando me correspondía el turno, Maitena me dio con el codo de forma decidida.

-Vamos - me dijo.

Me fui aproximando como uno más del grupo. Al acercarme, noté que de la copa salía un olor ácido muy fuerte. Era una mezcla de alcohol con bebidas aromáticas y otras sustancias que desconocía. Acerqué los labios y bebí solamente un poco, para saber de qué se trataba. Aun cuando fue muy poco, noté que se subía a la cabeza. Me produjo calor, embotamiento eufórico. Los demás, al beber un gran trago, debían de estar a las puertas de la alucinación.

Comenzaron a danzar al son del txistu y del tamboril. Yo observaba hasta el más mínimo detalle. La danza era frenética, sin parar. Cuando pasaban junto a la copa, seguían bebiendo. Yo daba saltos como los demás para disimular y también hacía como que bebía.

Nos sentamos. El Macho Cabrío lanzó un corto discurso en el que ensalzaba las costumbres de los mayores, los valores de las raíces, el renacimiento del culto a la Luna y el sentido de prácticas brujeriles (según me iba traduciendo Maitena por lo bajo, aunque de vez en cuando se le trabucaba la lengua y le bailaba un ojo). Luego se sentó en una especie de tronco. A una señal, continuó la música. La danza se tornó bravía, salvaje. Los cuerpos parecían entrar en éxtasis bajo los efectos del bebedizo. Sudorosos, algunos se quitaron las pieles. En una roca había esculpida una luna. Pasaban ante ella y la tocaban repetidamente con las puntas de los dedos. Luego salieron en fila hacia la entrada de la cueva y se fueron inclinando ante el astro, que brillaba grande y redondo en medio de las estrellas y dominaba todo con su claridad. Parecía una invitación a la vida en el cenit de la noche.

La danza seguía sin parar; sudaban en medio de contorsiones como si estuvieran en trance. Maitena, ligeramente retirada del grupo, me observaba con atención. Los ojos le brillaban bajo los efectos de la bebida. Se aproximó hasta cogerme de las manos. Me

miró intensamente, acercó sus labios y me dio un cálido beso.

Retornó al baile. Unos se quedaron en la cueva superior, otros corrían a la inferior dando gritos y chillidos. Los cuerpos desdibujados y las sombras huidizas corrían, subían y bajaban al resplandor de las hogueras. La imagen nocturnal, a la luz de las hogueras, era dantesca, de ultratumba, cavernaria.

El txistu se oía cantarín con su sonido agudo. A un determinado toque, todos volvieron a la sala del rito y se echaron al suelo, exhaustos. Se quedaron tumbados, inmóviles, como muertos. El ejercicio, el sudor, la fatiga y el brebaje los habían dejado momentáneamente agotados. Yo era el único que estaba lúcido, que podía apreciar con detalle la escena: los cuerpos, el lugar, las paredes, las oquedades entre las sombras. Algo llamó mi atención. Detrás de la piedra del altar creí ver, grabado en la misma roca, un triángulo con una forma que me era conocida.

El Macho Cabrío cogió un tampón y fue plasmando algo en el vientre de cada uno. Yo también me dejé hacer. Sobre mi vientre, justamente encima del ombligo, quedó impresa la silueta de un sapo.

Al terminar de señalar a todos, subió de nuevo a su trono. Era justamente la una y treinta de la madrugada, el momento de dejar la reunión, según me susurró Maitena. La cueva estaba cargada de un olor muy ácido, pienso que por el azufre y el sudor. Comenzó a hablar:

-Somos descendientes de quienes tuvieron poderes ocultos y también nosotros los vamos a tener. Nosotros, y no los seguidores del Triángulo - en ese momento lo miré y noté que sus ojos estaban clavados en mí fijamente-. Sabed todos, que quede claro, de una vez para siempre, que el Triángulo de la Sabiduría nunca reinará en estas tierras -y alargó el brazo hacia mí.

Comencé a sudar, creo que de miedo. Por mi cabeza pasó una imagen alocada, ¿me irían a sacrificar ritualmente sobre la piedra? Me dominé, me relajé, me concentré y mantuve los ojos fijos en su mirada. Con toda la fuerza de la mente lo hipnoticé, como me había enseñado mi amigo y maestro Dagan Eridu, en Bagdad.

Sólo yo me di cuenta de cómo se le iban apagando los ojos alocados, su aspecto colérico se tornaba rígido y, finalmente, se quedaba alelado como si estuviera viendo visiones. Hipnotizado, parecía un espantapájaros vestido de macho cabrío. «No harás daño a nadie, no harás daño a nadie», le iba transmitiendo con mi mente. Cuando quise, lo hice volver en sí. Abrió los ojos y los cerró varias veces como si viniera de otro mundo.

Dio una señal y todos se levantaron. Dos chicas trajeron una cruz de hierro trenzado.

En el cruce de los brazos había incrustada una piedra pulida, ligeramente blanca, y dibujado en ella, en rojo, un lauburu. La tomó en sus manos y las dos ayudantes le revistieron los hombros con una banda ancha. El Gran Macho Cabrío alzó la cruz simulando una bendición y todos hicieron una inclinación muy profunda. A cada consigna que daba, respondían a coro:

-Zin egiten dugu!2

Finalmente, todas las filas se dieron las manos en forma encadenada y el Macho Cabrío dijo con voz chillona:

-Agur denoi, da torren urterartei3.

Comenzaron a salir en orden. Sus cuerpos estaban completamente empapados de sudor y sus ojos brillaban. Finalmente sólo quedábamos cinco: el Macho Cabrío, las dos ayudantes, Maitena y yo. Yo iba detrás de ella y, movido por un impulso, volví la vista hacia la cueva. Justo en ese momento el jefe se quitaba el disfraz. Lo distinguí inmediatamente por su rostro inconfundible, con sus gafas gruesas y el peinado: era el ayudante del secretario del pueblo. En la oscuridad, nadie se dio cuenta de que lo había descubierto.

-¿Quién es Milabícar, el Macho Cabrío? - pregunté a Maitena con naturalidad, como si no hubiera visto nada.

-No te lo puedo decir. Es nuestro líder, él nos mentaliza...

-Más bien os embauca - le corté yo.

-No, no. Es un hombre de sólida formación, convencido de lo que hace. Tiene el don de aglutinar a la gente con sus argumentos

-Pues su cara no me gusta. -Pues

-¡Si no se la has visto!

-Bueno... quiero decir sus palabras.

Descendimos suavemente la pendiente hasta llegar a la gran caverna. Parecía que estábamos en el interior de la Tierra. Maitena me cogió de la mano para guiarme, pero noté que me acariciaba. La hilera humana se iba aproximando al llano donde estaban los coches. Sin embargo, en lugar de subir a ellos, la gente se dirigió hacia el río.

-Haz lo mismo - me ordenó ella.

Algo cortado, pero encubierto por la noche, obedecí su orden. No me había dado cuenta de que estábamos aparcados junto al río. Nos bañamos a la luz de la luna y nuestros cuerpos embadurnados se aclararon.

Nunca hubiera imaginado que pudiera vivir una escena tan oriental en un paisaje del abrupto monte pirenaico. La magia de la noche, la brujería ancestral y la Secta del Triángulo se entremezclaban.

Me quedé unos días más en Elizondo. Me agradaban su gente sana, sus canciones y el rico folclore de sus fiestas. Por las calles ya no iba solo, sino que con frecuencia me acompañaba Maitena, quien me presentó a algunos vecinos y amigos. También solía pasear con Txema, con quien trabé una buena amistad.

Estaba una tarde con Maitena en un bar. La conversación era intrascendente, con confianza, y se reía con ganas. En un determinado momento entró Milabícar con otros dos. Su cara blanca se puso lívida y con un gesto de desagrado. Saludó a Maitena y ésta, creo que sin percatarse, me lo presentó. Nos dimos la mano, él con gesto distante.

-Creo que nos hemos visto - le dije poniendo cara de despistado.

-Sí, en el Ayuntamiento.

Su mirada me hacía daño, parecía que quería taladrarme. Si los ojos son el espejo del alma, la de Milabícar era turbia, como la de sus compañeros, los tres con gruesas gafas. Noté que miraba a Maitena con pasión y reproche.

Cuando se fue, Maitena me miró triste. Quería hablar, pero no tenía fuerza.

-¿Te domina ese individuo?

-No, ¿por qué?

-Porque cuando te ha mirado, tú has bajado la vista. Me da la impresión de que dirige tu conducta, como si ejerciera un poder espiritual sobre ti y sobre otros. ¡Y entonces sería para matarlo! Al verlo, has cambiado de expresión, has perdido la alegría que tenías cuando estabas hablando conmigo.

No quise forzarla a hablar, pero noté que Maitena tenía una relación de dependencia respecto al Macho Cabrío.

Después de cenar con ella, me dirigí al hotel. La señora me dio un paquete de pastelería que habían dejado para mí. Encima asomaba una tarjeta: Con mi afecto. Maitena. Me sorprendió que fuera ella, ya que la había dejado hacía unos minutos. En ese momento no tenía ganas de comer pasteles, pero además intuí algo raro.

Bajé a recepción para hablar por teléfono, pero me pareció mejor hacerlo desde la calle. Marqué el número de Maitena.

-¡Hola! soy Daniel.

-Si acabamos de despedirnos hace un momento. ¿Qué hay?

-Muchas -Muchas gracias por tus pasteles.

-¿Qué pasteles?

-¿No has sido tú? - no quise inquietarla-; es que he recibido unos pasteles y, como venían sin ningún nombre, pensé que tal vez me los habías mandado tú.

-Otra vez será, pero hoy ha sido otra persona. ¿Tienes por ahí algún amor oculto? Te los habrá mandado alguna bruja de Zugarramurdi.

Esas últimas palabras me dieron una pista. Volví de nuevo a la habitación y contemplé los pasteles. Los metí en una bolsa de plástico y bajé de nuevo a la calle. Era de noche y en la calle no había nadie. Comencé a pasear y me dirigí hacia las afueras, donde había un basurero en el que al atardecer solía haber algún perro. Cuando me acerqué, tres perros levantaron la cabeza. Los llamé con un tono de voz acariciador. Eran tres flacos perros callejeros. Al primero le presenté un pastel en mi mano. Lo olfateó y se lo comió de un bocado. Otro perro se acercó a mi mano. Olfateó otro pastel y no se lo comió. Se lo ofrecí al anterior y tampoco aceptó. Lo dejé en el suelo y saqué otro. El animal lo olfateó varias veces y al final se lo comió. Seguí el mismo proceso con mis tres buenos y sabios catadores. Al final quedaron cuatro pasteles en el suelo. Por más que se los volví a pasar por el hocico, ninguno los tocó.

Volví a la habitación con mis cuatro pasteles. Hacía calor. Los deje en un rincón, fuera de la bolsa. Era muy tarde y me eché a dormir.

Nada más despertarme, me levanté a contemplar mi repostería. Habían cambiado de color y parecía que se había acortado el tiempo normal de su conservación. Los pasteles eran cada uno de una clase distinta y, sin embargo, a los cuatro les había salido una mancha verdosa en el centro. Era un verde intenso, exactamente igual en los cuatro y, además, estaban ligeramente hinchados. Aquello merecía una investigación, cosa que me gustaba.

Después de desayunar, me dirigí a la pastelería que se anunciaba en el papel del envoltorio.

-Disculpe, señorita, ayer me enviaron -Disculpe, ustedes unos pasteles al hotel y, como no llevaban tarjeta, no sé a quién pueda agradecérselo. Era una docena de pasteles

pequeños. ¿Podría decirme quién los encargó?

-Nosotros no hacemos pasteles pequeños. Si eran pequeños, como usted dice, son de la otra pastelería, la que está junto a la iglesia.

«¡Qué raro! Porque el papel del envoltorio era de esta pastelería», me iba preguntando mientras me dirigía a la otra. Mi mente comenzó a dar vueltas al asunto. Le hice la misma pregunta, con mucha delicadeza:

-¿Y cómo era esa persona? - insistí.

-Era un chavalín y nos dijo que eran para el Ayuntamiento. Pero eran dos docenas de pasteles pequeños.

Mis sospechas se iban confirmando. Tenía que llegar hasta el final. Había dos elementos extraños: que se había cambiado el papel del envoltorio y que no eran dos docenas lo que me habían enviado, sino una.

Pregunté a la señora del hotel quién me había traído los pasteles el día anterior.

-Kiko, el hijo de Teresa.

-¿Podría llamarle por teléfono? Es para darle una propinilla.

Hacia las doce vino el chaval. Tenía unos doce años, pelirrojo y con pinta de niño algo descarado.

-Toma, que ayer no estaba cuando viniste -y le di una moneda-. ¿Quién te encargó que trajeras los pasteles aquí? Es para darle las gracias, porque no dice quién los ha enviado.

-No sé cómo se llama. Yo pasaba por el Ayuntamiento y un señor me dijo que trajera dos docenas de pastelillos.

-¿De qué pastelería? -¿De

-De la de la iglesia.

-¿Y tú qué hiciste?

-Pues le traje las dos docenas y cuando se las di, él me dijo que esperara un poco. Luego volvió y me dijo que los llevara al hotel para entregarlos a Daniel de Nagore.

-¿Era un señor con unas gafas con cristal muy grueso y con los ojos muy saltones?

-Sí.

-¿Peinado hacia atrás?

-Sí.

-¿Con una frente muy grande?

-Sí,

-¿Con el mentón de la barbilla muy alargado?

-Sí.

-Vale, chaval. Tendré que ir a darle las gracias.

Comprendí que había llegado el momento de marchar, pero antes quería hablar con don Gastón Mugairi. Pasé por Arizcun. Muchos hablaban el vascuence. Pregunté dónde vivía y me dirigí hacia allí. Era un caserón con aire solariego, a las afueras del pueblo. Frente a la puerta se encontraba un anciano, sentado en una silla baja. Llevaba una gran boina y sostenía un bastón.

Le saludé y comenzamos a hablar. De forma muy delicada le sonsaqué el tema de los agotes y comenzó a contarme su historia. Sin que se diera cuenta, conecté el minicasete que llevaba en el bolsillo.

-Yo era un jovenzuelo. «Un día vino un hombre a arreglar las escaleras de la casa. Era un carpintero inmejorable, con el oficio bien apren dido, como buen agote que era. Es que los agotes, como no tenían tierras, se dedicaban a oficios, sobre todo carpinteros y músicos.

»Cuando llegó la hora de comer, salió a la calle, donde le estaba esperando una niña con la cesta de la comida. Me quedé mirándola. Era una chavalilla linda. ¡Ya lo creo que era linda! La estuve mirando desde la ventana, detrás de los visillos, todo el tiempo que duró la comida. Tenía las trenzas rubias como la cerveza, le caía el flequillo en la frente y no hacía más que reír. Mientras su padre comía, ella tocaba deliciosamente una flauta de fabricación casera. Mi timidez se protegía tras la cortinilla y se refrescó viendo aquel cuadro con el padre comiendo y la hija tocando la flauta. Todavía recuerdo la melodía.

»Cuando estaba mirando, mi madre me tiró de la oreja y me dijo: "No mires a los agotes; es peligroso". Era un mandato que había oído desde niño: no hables, no juegues, no te cruces, no te hagas amigo de un agote porque te podrás contagiar. Me habían metido miedo sin que yo entendiera nada de nada. Pero desde siempre era así.

»No volví a ver a la muchacha en algún tiempo. Un día, durante las fiestas del pueblo, los jóvenes hacíamos un correcales, el korrika dantza que decimos por aquí, por la plaza del pueblo. Al pasar delante de un banco, se nos unieron unas chicas. Inmediatamente el baile se paró y las obligaron a salir del grupo. Las chicas se marcharon llorando. Yo iba entre los últimos. Reanudamos el baile y, al pasar delante de ellas, la vi. Era ella. Había crecido, estaba más hecha. Me dio mucha pena verla llorar.

»No me separé del grupo y seguí bailando, pero al pasar delante de ella, no hacía sino mirarla. Era la más guapa... y tenía que estar sentada. Llegó la noche y estuve bailando con las mozas. Unas eran normales, otras bonitas, otras bastante tontas. Hasta tuve que bailar con una que, encima de fea, era lela. Y ella sentada en el banco, humilde, arrinconada, y más resplandeciente que nadie.

»Al terminar, cuando íbamos cada uno para nuestra casa, me hice el encontradizo, le hablé y la acompañé unos metros calle abajo hasta cerca del puente que separa el barrio de Bozate. Aquella noche soñé con ella.

»Me enteré dónde vivía y muchos días, un poco antes de las doce, me ocultaba en un árbol que había tras una tapia para verla pasar el puente cuando iba con la cesta a llevar la comida para su padre.

»Era la más guapa y garbosa. Andaba como una princesa, con su cesta en la cadera. Se había hecho moza. Su cuello era largo, ancha de hombros y los pechicos tiesos. Sus ojos echaban chispas y la cabellera era rubia como el cereal.

»Tenía la costumbre de coger una brizna de hierba al salir de casa y la llevaba jugueteando en la boca. No había otra como ella. Así que, con frecuencia, me hacía el encontradizo y nos saludábamos. Pero no la volví a ver en la plaza cuando había baile.

»Marché a la mili a África y, de tanto tenerla en el pensamiento, me enamoré de ella. Cuando volví, le dije a mi padre que había que hacer algunos arreglos y que tenía que llamar al carpintero. En casa me consideraban ya un hombre y yo mismo fui a avisar a Indalecio Aragüés, el carpintero.

»Al día siguiente estuve ansioso toda la mañana. Cuando sonaron las doce, corrí a la ventana. Allí estaba ella, mi Berta, con la cesta de la comida para su padre. La estuve contemplando un largo rato. Era toda una mujer. Cuando alzó la vista, yo descorrí la cortina y le sonreí. Abrí la ventana y estuve hablando con ella.

»Llegaron de nuevo las fiestas. Cuando tocaron una soka dantza, comenzamos a correr por la plaza. De nuevo estaba ella, con otras chicas, sentada en el mismo banco. Al pasar delante, la cogí de la mano y la metí en la cadena. El mozo que iba detrás de mí se negó a darle la mano y todos se pararon. Yo les solté cuatro disparates y me marché.

Cuando iba calle abajo, ella me alcanzó y paseamos un rato. Yo estaba triste, y ella llena de satisfacción por haber encontrado en mí un defensor.

»Comenzamos a vernos. Mis padres se opusieron, pero cuanto más intentaban separarnos, más cabezón me ponía. Hubieran preferido verme pidiendo limosna antes que salir con una chica agote, aquella raza despreciada, contagiosa, con la que no había que mezclarse, aquella raza odiada y ridiculizada.

»En el pueblo se decían barbaridades de ellos, y todo sin confirmar, por una tradición imbécil. Decían que les olía el aliento, y a mi Berta le olía a rosas; que tenían las orejas sin lóbulo, y mi Berta lucía dos colgantes agitanados como una cingara; que eran descendientes de leprosos, y ella tenía la piel suave como un niño; que tenían pie de oca, y ella pisaba como una corza. Además de ser guapa, era una bendita.

»Para mí no existía más que ella. Seguimos saliendo, con la oposición de mis padres, familiares y conocidos. Pero lo que decían no tenía ningún sentido, era una tradición inhumana y yo era el hombre más feliz del mundo cuando estaba con ella. Y como era tan feliz con ella, me puse el mundo por montera y me casé. No asistió a la boda nadie de mi familia, pero me casé con ella.

»Mi madre, pasados unos meses, me dijo que para ser feliz lo mejor que podía hacer era marcharme del pueblo para no crear situaciones difíciles. "Si tú la has elegido, quiero que seas feliz. Mejor que te vayas lejos", me dijo.

»Y así lo hice. Estuve en América muchos años, hice fortuna, me dio dos hijos y fui feliz con ella olvidándonos de lo que aquí había ocurrido.

»Allí, en la lejanía, nos tocaba canciones de la tierra. Una Navidad, cuando ella recordaba nuestros zorchicos, sentí nostalgia de este valle, me acordé de mi gente, llegué a oler la hierba, a sentir la fina lluvia del sirimiri, los valles, me hirvió la sangre con las danzas. Los años de juventud tomaron fuerza y se me metió en la cabeza que tenía que volver. Después de veinte años, le dije adiós a América y me volví al valle.

»Cuando me vine, la gente no me miraba ni bien ni mal. Los tiempos habían cambiado y mi posición de rico indiano suavizó los roces. Un día, un hombre, en medio de la plaza y en voz muy alta, le llamó mandoa, es decir, mulo, a uno de mis hijos, que es como llamaban aquí al hijo de agote y paisano. Le di un bastonazo delante de todos y nadie dijo nada. Jamás me molestaron. No se atrevían a negarme el saludo y cuando íbamos juntos, hasta la saludaban. En la iglesia entró por la puerta principal desde el primer día y ¡ay de quien se atreviera a insinuar algo! Aunque, la verdad, era una mujer que imponía respeto.

»Pero ya soy viejo. De esto hace muchos años. Ahora ya no hay diferencias. Ella me

dejó hace diez años. Se me fue sosteniéndola entre mis brazos, como se va el agua cuando la quieres aguantar en el cuenco de tus manos. Y con una sonrisa que aún recuerdo.

»Sabes, joven, no me arrepiento de nada. Si otra vez ocurriera, volvería a hacer lo mismo.» ¿Tú estás casado?

-De momento, no.

-Pues recuérdalo, cástate con la que te guste, con la que tú quieras... y no hagas caso a nadie. ¡Como hice yo!

Ya había investigado todo lo que necesitaba. Mi estancia en Elizondo había terminado.

Fui a despedirme de Txema, a quien invité a pasar unos días en mi casa.

Por la noche cené con Maitena.

-¿Sabes que Milabícar ha querido envenenarme? - le dije al terminar.

-¿Qué dices? Nunca pensé que fuera capaz de algo así - su cara se tornó acongojada, como si se sintiera culpable-. Hace unos días estuve hablando con él y me preguntó mucho sobre ti. Yo le dije quién eras y qué estabas haciendo. No te vayas mañana todavía.

-¿Esta tarjeta firmada con tu nombre es tuya? - pregunté enseñándole la tarjeta que había recibido con los pasteles.

-No, no lo es. Han falsificado mi firma. ¡Será canalla ese...!

Al día siguiente, Maitena vino al hotel cuando ya estaba haciendo el equipaje.

-He roto toda relación con Milabícar. Me he dado cuenta de que es realmente malo. Yo no me había percatado antes... Lo creía digno del papel que desempeñaba, pero veo que lo que pretende es dominar, que hagamos lo que él quiere. Es un embaucador con modales finos. No vuelvas a la cueva... ¿Cuándo nos volveremos a ver?

-Pronto, espero.

-¿Te hemos tratado bien en esta tierra?

-De maravilla, especialmente... -De

Ya iba a marcharse cuando se puso nerviosa.

-Toma esto, para ti.

-¿Qué es este paquete?

-No me lo preguntes, y ahora vete.

-Como tú quieras - no quise ni contradecirla ni darle más conversación porque la notaba nerviosa.

-Aunque no tengas que volver con motivo de tus investigaciones, ¿me prometes una cosa?

-Tú dirás.

-Prométeme que volverás el año que viene a celebrar la llegada del solsticio de verano - me decía colgada a mi cuello, negándose a llegar al último beso.

-Prometido. No me costará hacerlo para venir a verte, pero alegre esa cara. Eso sí, no iré a la cueva, prefiero celebrarlo paseando junto al río... contigo.

Marché por la misma carretera que había recorrido con Maitena, con la idea de pasar a Francia por el puerto de Izpegui. Al llegar al cruce, vi el indicador hacia el norte: «Zugarramurdi 20 km». Una intuición, una corazonada irracional, pudo más. ¿Por qué Maitena me había dicho «no vuelvas a la cueva»? Paré el coche en seco, di un volantazo y me dirigí hacia el norte. Quería verla por última vez, poder admirarla en pleno día.

El panorama de la cueva de Zugarramurdi, a la luz del sol, era completamente distinto y pude contemplar con más detalle aquel escenario natural, un milagro de la naturaleza.

Bajé, atravesé el riachuelo, ascendí a la parte superior y me dirigí directamente al promontorio central. Sobre la pared, ligeramente rebajado, contemplé de nuevo el triángulo. Había sido cincelado hacía muchos años. La hendidura de las líneas era muy poco pronunciada y por eso la señalaron con unas líneas rojizas, para que se notara más. Quise raspar el contorno con el índice, pero estaba duro. Con la punta de la llave del coche fui levantando una especie de pintura. Vi, con horror, que era sangre ennegrecida. Todo el contorno del triángulo había sido pintado con sangre no hacía mucho tiempo. Seguramente durante el último aquelarre. ¿Qué significaba aquello?

Noté que a mis espaldas alguien obstruía la luz que entraba por la boca de la cueva. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al ver la figura de una persona. Estaba en silencio y al contraluz no podía distinguir quién era, no le veía la cara.

-¿Qué haces aquí? - me dijo con tono imperativo.

-He venido a ver la cueva, ¿es que no puedo? - ahora ya le veía la cara.

-Sé quién eres y a qué has venido a estas tierras.

-¿Por qué me has seguido?

-Sabía que vendrías a la cueva antes de marcharte; este lugar ejercerá para siempre un influjo sobre ti.

-Lo sabes porque me has estado vigilando en el pueblo. No son las cuevas, ni los aquelarres, ni sus maestros de ceremonias lo que más me interesa en esta vida. Prefiero la luz de la inteligencia.

-Sé quién eres y a qué has venido - me gritó.

-Ya lo has dicho antes. No has descubierto nada nuevo, ya que yo no lo he ocultado.

Continuaba quieto, en ademán de cerrarme el paso. Su actitud me daba miedo, parecía que venía con una decisión tomada.

-Tú estás relacionado con el Triángulo de la Sabiduría, descienes de ellos y yo también. Pertencí al Triángulo durante años, a la escala Triángulo Tres, hasta que fui expulsado. Mis conocimientos no eran suficientes para que pudiera acceder a Triángulo Dos e hice prácticas de brujería con las que pensaba engañar a los superiores. Lo descubrieron y... Pero yo os demostraré que mi poder es más fuerte, mis hechizos más valerosos que vuestra inteligencia... aunque - vi que cambiaba de actitud, de tono de voz - tal vez podamos llegar a un acuerdo.

-No nos parecemos en nada. Yo investigo la vida de mis antepasados, provenientes de estas tierras, no hago daño a nadie - ahora me sentía envalentonado, le había perdido el miedo-. Tú te dedicas a otras actividades.

El día anterior había tenido una larga conversación con Txema. Aunque en un principio no quería hablar, cuando le dije que habían intentado envenenarme, me descubrió quién era Milabícar. Ahora ya lo conocía bien.

-Creo que podríamos llegar a ciertos puntos de aproximación -y dio unos pasos al frente.

-¿Cuáles?, por ejemplo.

-Buscar nuestros orígenes, descubrir documentos antiguos, llegar a conocer los

secretos de las sectas antiguas, recopilar viejos tesoros y saberes ocultos, dominar la mente humana. Tú sabes, por lo que yo he investigado, tú sabes mucho de eso.

Le había perdido el miedo, pero su actitud falsamente dialogante comenzó a darme asco.

-No pretendo nada de eso que dices, por lo que mal podremos entendernos. Yo quiero profundizar en el poder de la sabiduría humana, pero no para dominar a los demás. Quiero llegar a conocer el poder de la mente, llegar al conocimiento más profundo de los fenómenos, pero no quiero dedicarme a saquear, a robar documentos para luego venderlos, a embaucar, a buscar intereses económicos. El poder no me interesa, no quiero dominar a los demás, ser un cacique, no quiero llegar a tener que emplear el veneno -y le miré con fuerza a los ojos.

Estas últimas palabras resonaron como una acusación, y lo eran. Su cara, en actitud falsamente conciliadora, se le tornó blanca, llamativamente huesuda. Apretó los dientes, los ojos se le agrandaron como si quisieran taladrarme y empezó a caminar hacia atrás, sin darme la espalda, en actitud de cerrarme la estrecha salida.

-¡Estate quieto! - me gritó a la vez que se colocaba sobre la cabeza una cornamenta de ma cho cabríó-. ¡El aquelarre baje sobre ti y transforme tu mente al servicio de la causa! -y hacía gestos raros con las manos.

Me eché a reír:

-Quítate de ahí, deja la puerta libre, espantajo.

Entonces, al ver que yo me tomaba todo a risa y que le había perdido el miedo, tiró la cornamenta al suelo, los ojos parecía que se le iban a desorbitar y de su boca comenzaron a fluir babas asquerosas.

-¡De aquí no saldrás! - gritó, y acto seguido alzó la mano, rebuscó en un entrante de la roca y sacó un cuchillo de enormes proporciones.

Yo no estaba para luchar con nadie, ni para hacer concentraciones mentales. Cuando se enfrentan la inteligencia y la fuerza bruta, gana esta última. Mis armas eran la juventud y la mente más sosegada. Retrocedí hacia el interior de la cueva, ya que la única escapatoria estaba en descender a la galería inferior. Junto a mi cabeza, pasó el cuchillo lanzado desde arriba, que fue a dar a una piedra. Lo cogí rápidamente, me quedé quieto y comencé a remolinearlo en mi mano derecha.

-Iré a por ti hasta los infiernos - resonó como un aullido bronco entre las bóvedas de aquel teatro natural. Él permanecía en la galería de arriba, pero yo pude salir por la de abajo.

Llegué a mi coche. Milabícar no me seguía, su coche estaba aparcado detrás del mío. Cogí una hoja de papel y le dejé escrito en el parabrisas:

La sabiduría y la bondad son el mejor antiveneno contra la cerrazón mental. Besitos, «cabrito». Te dejo el cuchillo, que es tu única herramienta.

Por Sain-Étienne de Baygorri pasé a Francia. San Juan de Pied-de-Port me pareció bellissimo. Desde allí retorné a Navarra del sur. El paso de Valcarlos hizo que recordara lo que había leído de los tiempos medievales: Ibañeta, Carlomagno, Roldán, los peregrinos y las leyendas... Las horas se pasaron sin que me diera cuenta visitando la colegiata, la tumba de Sancho VII (el de las Navas de Tolosa), la hospedería, el hospital y todos los alrededores. Casi pude tocar con mis manos la campana medieval que con su tañido ininterrumpido guiaba por el desfiladero a los peregrinos en la noche o cuando las grandes ventiscas hacían imposible orientarse hacia Ibañeta. Charlé con un grupo de peregrinos que iniciaban el Camino de Santiago.

Fui a pasear por los alrededores. Unos campesinos cortaban hierba cerca de un caserío. Se notaba que era una familia. Cuando me estaba acercando, sonaron las campanas desde la abadía dando las doce. Inmediatamente se pararon todos. El hijo mayor, en lo alto del carro, se [quitó la boina, y lo mismo hizo el padre. La amama4](#) rezó las tres avemarías en vascuence.

Yo, desde el camino, oía aquella lengua extraña y musical y contemplaba la escena. El cuadro era de tal belleza que lo fotografié desde distintos ángulos: los bueyes, el carro cargado de hierba, que la olía desde lejos, la familia toda quieta, los dos hombres con la boina entre las manos, el prado recortado en medio de los bosques...

Cuando ascendía unos kilómetros para llegar a Otxagabía, una imagen me hizo detener el coche. Por medio del río bajaban gruesos troncos alineados atados entre sí. Sobre el primero y el último iban dos hombres de pie. Ambos llevaban una larga pica en la mano para dirigirlos. Eran nueve troncos de haya, entrelazados de tres en tres, de un grosor tan desmesurado que un camión difícilmente podría cargar con más de dos. Al llegar y pasar bajo un puente, el hombre que iba detrás pasó un gancho sobre una argolla que había en un pilar. Los dos saltaron a tierra y al mismo tiempo los troncos dieron una sacudida al quedar amarrados.

Me acerqué a ellos.

-Disculpen, es que no soy de aquí, aunque desciendo de Elizondo. ¿Qué sistema es ese que emplean ustedes para llevar los troncos? No lo he visto en ningún otro sitio.

Eran dos hombres grandones, fuertes, con boina y albarcas. Se veían rudos y sus caras traslucían sencillez.

-Señorito, pues limpiadientes llamamos a esto aquí. Y no hay otra manera de arrastrar - me dijo con cara sorprendida el más grueso.

En un castellano salpicado de términos en vascuence, con una construcción de las oraciones que rompía las reglas de la gramática, y con un acento inconfundible, me dieron la explicación en la taberna mientras bebíamos cerveza con queso roncalés.

A los camiones les cuesta subir a lo alto de las montañas. Por eso tiran los troncos rodando y por cables hasta llegar al río. Allí los unen con silgas de acero y los llevan unos kilómetros río abajo hasta el almacenamiento para transportarlos en camiones.

-Pero esto no es ningún peligro - insistía uno de ellos-. Para nuestros abuelos sí eran un peligro grande las almadías?

-¿Y qué es eso? - pregunté, ya que nunca había oído antes esa palabra.

Me señaló una foto grande que había en la pared del bar. Era una almadía, me explicaron, de principios de siglo.

Durante años fue el único medio de transporte. En el monte se preparaban los troncos, que los mulos arrastraban hasta el atadero del río Salazar o del Irati. Allí construían planchas con varios troncos que ataban con travesaños de madera de avellano. Las planchas se unían unas a otras con una silga de hilos de acero. Delante de la primera iba un hombre para dirigir y detrás otro haciendo de timón. Las almadías debían sortear con sumo cuidado los salientes al pasar por las foces (que es como aquí llaman a los desfiladeros estrechos y alargados de los ríos). Cualquier roca les podía impedir continuar. Durante días bajaban hasta coger el río Aragón, en Sangüesa, para continuar por el Ebro, durante semanas, hasta terminar en Zaragoza o Tortosa.

-Por eso se dice: «Tienes el cogote más duro que un almadiero» - dijo uno.

-Pero con los embalses y los camiones sansejoró el invento - sentenció el otro.

En Otxagabía, después de una cena típica de la tierra, paseé largamente por el pueblo apreciando sus calles, sus casas, tan coquetas en su austeridad, su ambiente. Me recreé escuchando el fluir del agua, donde nadaban las truchas.

Durante dos días, recorrí sin prisas los distintos valles navarros, cuna de mis mayores.

Segunda Parte

I

El pergamino

Cuando llegué a casa, mis padres me dijeron que había llamado el bibliotecario municipal y había dejado su número de teléfono.

-¿Don Fortún? Soy Daniel. He estado unos días por Navarra, y me dicen que ha llamado usted.

-Verás, amigo, el bibliotecario de la Diputación de Navarra me ha enviado un escrito en el que habla de la técnica para leer los palimpsestos.

-¿Cuándo nos podemos ver?

-Mañana, a las nueve, en la biblioteca.

De nuevo en mi estudio, tomé en las manos los pergaminos de la profecía. Nunca los había mirado detenidamente por detrás. Al mirar con la lupa, se notaba alguna raya, pequeñas manchas oscuras.

A las nueve estaba en la biblioteca. La carta decía:

[...] por el sistema de borrado se puede saber la intención con que lo hizo el que escribió encima. Puede que quisiera borrar totalmente el escrito anterior, para lo que raspaba el pergamino con cuchilla o con piedra pómez, ablandando previamente la piel con leche y harina. Otras veces lo que hacía era lavar la escritura anterior con una esponja. Si era tinta de poca adherencia, se desprendía con facilidad. Cuando lo que pretendía era sólo ocultar por un tiempo un escrito, utilizaba almidón, que luego se iba cuarteando y se podía quitar fácilmente con agua.

Para leer la escritura oculta de un palimpsesto se han empleado distintos reactivos, pero hay que tener sumo cuidado porque pueden llegar a destruir ambas escrituras. No son recomendables el ácido gálico ni la tintura de Gioberti, porque, además, esta última colorea de azul. En cambio, el sulfhidrato de amoníaco es bueno, ya que es temporal y no daña el escrito.

En caso de que se trate de varios pergaminos, lo mejor es que vaya a un banco importante para que los pasen por la lámpara de cadmio (que emplean para detectar los billetes falsos). También en la Biblioteca Nacional le podrán hacer este servicio con la lámpara. Pero, ojo, por si acaso, que no se olvide de copiar primero la escritura que está visible, no sea que se deteriore por cualquier

circunstancia...

El bibliotecario, don Fortún, llamó a un teléfono de Madrid. Después de que la llamada pasara por varios despachos, finalmente habló con la persona indicada, que le dijo que era un servicio que se usaba muy poco y que podía ir cuando quisiera.

-Dígale que pasado mañana - respondí sin pensarlo, aun cuando acababa de llegar y me hubiera gustado estar más tiempo con mis padres.

Al día siguiente por la mañana cogí el tren. Mientras atravesaba Castilla, fui comparando el paisaje que tenía ante mis ojos con el que había contemplado sólo dos días antes. Tan distintos. Castilla llana, donde la vista parece que quiere ir más lejos de sí misma, donde lo más diminuto se realza en la línea que recorta el horizonte. Tierras pardas, secas, austeras.

Me presenté en la Biblioteca Nacional y un bedel me acompañó al departamento correspondiente. El encargado me saludó muy amable cuando le recordé que venía de parte de don Fortún Gambarte, bibliotecario de Miranda de Ebro. Examinó los pergaminos...

-Son de un material muy fuerte y no creo que haya problemas. De todas formas, la lámpara no los va a perjudicar.

Aplicó la lámpara a un pergamino. Apareció con toda claridad el texto visible. A medida que iba graduando la distancia entre la lámpara y el pergamino, el texto comenzaba a desvanecerse. Fue apareciendo la segunda escritura, en negro sobre un fondo fosforescente blanco azulado.

-Es un pergamino grueso, muy fuerte, de muy buena calidad. La primera escritura fue borrada raspando con piedra pómez. Pero quedan restos claros de esa escritura.

Sacó un libro de gran tamaño. En cada página había una lámina con una escritura distinta.

-Es un catálogo con escritos de distintas -Es épocas, por orden cronológico y, a su vez, dentro de cada época, los distintos modelos. Este texto oculto se ha escrito de derecha a izquierda y es escritura cuadrada. De derecha a izquierda por la precisión del margen derecho respecto al izquierdo, que es discontinuo. Cuadrada también, no hay inclinación alguna. Es un texto hebreo.

-¿Está seguro?

-Sí. Además es un caso muy normal, lo he visto muchas veces. Cuando escaseaba el pergamino, se cogían otros más antiguos que tuvieran buena calidad y se volvía a

escribir sobre ellos. Muchísimas biblias judías se utilizaron para esto, o para encuadernar. Las que no fueron quemadas, claro.

El primer pergamino no ocultaba nada. Solamente nos fijamos en la última línea. El hebreo no había sido totalmente raspado, sino que había sido tapado. Se podía leer de forma borrosa.

El encargado hizo una diapositiva de lo proyectado en la pantalla.

-Es de una nitidez extraordinaria. Pasemos al tercer pergamino.

De nuevo apareció otra página entera. El texto hebreo se veía muy difuminado, pero con precisión. Todo era uniforme y no apreciamos nada especial.

-Vayamos con la última hoja.

Nada más proyectarse en la pantalla, se vieron dos escrituras superpuestas. Apagó la lámpara para ver la escritura superficial y volvió a conectar la luz.

-Hay que graduar con suma precisión en este caso.

Al aproximar la lámpara, apareció otro texto castellano. Graduó por segunda vez. Debajo había un texto hebreo.

-Esto es algo raro. El original primero es hebreo, que ha sido raspado. Luego viene una escritura en castellano, pero que está tapada, y encima, la tercera escritura, la que vemos a simple vista. Vamos a fotografiar cada una de ellas.

Sacó una diapositiva de la profecía. Graduó más y sacó otra de la escritura tapada. Finalmente, una tercera del texto hebreo.

-Hasta ahora va bien el proceso. Lo primero que me intriga es la línea final del segundo pergamino. Haremos lo siguiente: dentro de una hora viene un investigador al departamento de lenguas semíticas. Lo llamaremos para que nos ayude.

Durante un rato me quedé solo en el departamento. De nuevo fui colocando las láminas y graduando la lámpara de cadmio. En aquel momento hubiera dado cualquier cosa por conocer aquel idioma. Puse los pergaminos del derecho, del revés, de medio lado. En un margen leí: «Todo es una calumnia». Apagué la luz; no se veía nada. El último me resultaba un rompecabezas. ¿Cómo era posible superponer tres escritos?

Volvió el encargado con otra persona.

-Os presento: el profesor Llorente, Daniel de Nagore.

-Veamos en qué os puedo ayudar -y echó una ojeada con suma atención al primer pergamino-. Está escrito sobre un texto raspado de la Toráh. Como este he visto muchos. Son de una calidad extraordinaria. Veamos el siguiente... igual.

-Fíjese abajo, en la última línea - le señaló el operario.

-Veamos, veamos. Es un texto muy nítido. ¡Vaya tomadura de pelo!

-¿Qué dice? - me salió espontáneamente.

-Tomadura o no, aquí dice «lavar último pergamino», pero en escritura aljamiada.

-¿Y eso qué es?

-Algo muy sencillo: poner los fonemas castellanos con grafemas hebreos.

-... Perdona, pero no alcanzo, no entiendo nada - era la primera vez que oía aquellos conceptos tan raros.

-Te lo explicaré. Imagínate que vas por Rusia y escuchas a una muchacha cantar una canción que te encandila, la canción, se entiende, no la muchacha. Tú te acercas, la escuchas y la copias. Tú copias la canción del ruso, pero, ¿cómo?

-Pues con letras latinas.

-Ya empiezas a entender algo. Tú has visto escritura japonesa y no entiendes nada. Cuando decimos H-i-r-o-s-i-m-a lo que hacemos es adaptar los sonidos japoneses a la escritura nuestra, a las letras latinas.

-Lo entiendo - le dije para darle confianza en lo que estaba haciendo.

-Pues, yendo a lo nuestro, el autor ha escrito con letras hebreas y sonidos castellanos. ¿Sabes griego?

-Sí, un poco.

-Ahora vamos a hacer una práctica. Escribe: «María, me gustas un montón». Ahora ponlo en caracteres griegos.

Yo escribí: «Mapla, ~tE UuoTaó vv μovrov».

-Esto es lo que ha hecho el autor de estas líneas, con letras hebreas y de derecha a izquier da, pero en castellano, han escrito: «ONIMAGREP OMITLU RAVAL».

El señor Llorente se marchó después de charlar un rato sobre el origen de aquellos

documentos. Le agradecí su valiosa colaboración, tan rápida y con tanta seguridad.

El operario me fotocopió de nuevo los pergaminos con mucha atención.

-Por lo menos tendrás el texto original. Veamos en qué queda el cuarto.

Me condujo al laboratorio de fotografía y revelado. Cogió una cubeta, la limpió con sumo cuidado y la llenó de agua. Introdujo el cuarto pergamino. Cuando llevaba dentro unos dos minutos, lo frotó suavemente con una esponja, limpiando suavemente. La tinta se desprendía con facilidad. Siguió frotando y frotando, y el agua se fue poniendo blanca. Cuando levantó el pergamino, apareció una escritura en rojo. Un color rojo tirando a rosa, bastante pardo.

-Ha salido como esperaba. Lo que no acierto a comprender es la sustancia que emplearon para cubrir. Si hubiera sido almidón, se habría cuarteado pronto. Cuando se evapore el agua de la cubeta, sabremos exactamente qué materia era.

-Podría ser almidón con alguna sustancia adhesiva - sugerí.

Cuando el pergamino estaba completamente lavado, lo sacó fuera y lo colgó con dos pinzas. No tuve paciencia para esperar a que se secara y me acerqué. El texto que yo había leído, el exterior, había desaparecido por completo. La tinta roja estaba perfecta, no se había desvirtuado absolutamente nada.

-Espera un poco, no lo leas todavía. Te daría el secador eléctrico, pero prefiero que se seque por proceso natural con la ventana abierta. Luego tendremos que plancharlo. Lo mejor es que te vayas a dar una vuelta y vuelvas después de comer, a las cuatro.

Me costó marcharme. Estaba muy impaciente, pero era mejor esperar.

Estuve un rato paseando por las calles, dejando pasar el tiempo, impaciente, contemplando las cosas que llamaban mi atención de provinciano. A las cuatro, estaba de nuevo en la biblioteca.

Tomamos el pergamino, todavía un poco húmedo, en las manos. Con una plancha, y poniendo en medio un folio en blanco, lo dejamos completamente liso. Me acerqué a la ventana. Era un escrito completo, con letra muy pequeña, regular y en líneas muy apretadas. Comencé a leer el texto que transcribo modernizando el lenguaje:

Saben que estoy escribiendo, y hasta ahora me permiten hacerlo porque también ellos lo leen de vez en cuando. Pero no he dicho toda la verdad. Con esta escritura oculta quiero contar las cosas tal como sucedieron.

¡De nada sirvieron las protestas de los miembros del Concejo ni las cartas

que en mi defensa envió el abad del monasterio del Toloño, fray Juan de Navarrete! Durante los últimos años hubo muchos procesos por brujería, que se convirtió en el mejor argumento para acusar a todo aquel que resultaba molesto o sospechoso.

A mí me persiguen celosos de la admiración y reconocimiento con que el pueblo ha premiado mis saberes.

Todo empezó cuando, gracias a largos meses dedicados a las observaciones y mediciones de los cuerpos celestes, pude predecir con exactitud un eclipse.

Cuando el eclipse se produjo, la gente se puso a rezar temiendo que presagiara terribles catástrofes. Se reunieron en la iglesia y oraron. Yo cometí la imprudencia de reírme de ellos y de su ignorancia: sabía que sólo era un fenómeno natural y no tendría ninguna consecuencia. El párroco se sintió ofendido por mi actitud, que consideró como una burla hacia la religión.

A partir de entonces tuve enemigos cuyo odio hacia mí crecía con cada nuevo logro que obtenía gracias a mi sabiduría.

Hasta algo tan trivial como la cría de las vacas, sirvió para levantar los ánimos contra mí. ¡Qué grande es el poder de la envidia!



Mientras estuve viviendo y estudiando en el zigurat, me fijé en los cuidados tan curiosos y tan especiales que dispensaban allí a las vacas.

Durante toda la mañana las dejaban comer, luego en el establo encendían fuego en un caldero al que echaban diversas sustancias que producían un humo con desagradable olor ácido. Con él se espantaban las moscas. Después cerraban las puertas y ventanas para que el lugar quedara en penumbra. Dos muchachas se

sentaban en un rincón del establo y tocaban música monótona y tranquila. Con este acompañamiento, las vacas rumiaban disfrutando de la quietud. El resultado era asombroso: daban el doble de leche de lo normal.

Una vez le pregunté al sabio Tiglafanipal qué sentido tenía la música en los establos y me respondió:

-Todos los seres vivos conjugan una parte espiritual y otra material. La armonía entre ambas es imprescindible para el buen desarrollo. Un ánimo sosegado genera un cuerpo que funciona a la perfección y la música ayuda a alcanzar el equilibrio entre lo físico y lo psíquico.

Cuando regresé de Bagdad, quise aplicar el mismo sistema con las vacas de mi padre. Trabajé mucho tiempo para perfeccionarlo. Hace poco lo conseguí: construí un mecanismo que produce música. Consiste en poner unas pequeñas aspas como de molino en el tejado. Al dar vueltas, hacen girar un eje conectado a una caja de música, de manera que funciona sola sin precisar que nadie la toque. Y así durante horas, con lo que el monocorde sonido da armonía al cuerpo de las vacas. Su aplicación fue todo un éxito y mejoré los resultados de Tiglafanipal. En lugar de hacer dos ordeños diarios, uno por la mañana y otro por la noche, ordeñábamos tres veces al día. Esto despertó la envidia de los vecinos, que decían que nuestras vacas estaban endemoniadas.

Claro que esto no es todo. Aunque yo no quería que se conocieran mis poderes y procuraba no usarlos delante de los extraños, las circunstancias me forzaron a hacerlo.

Un día trajeron a mi casa a un hombre paralítico. Me suplicaron que lo curara y lo hice: sólo con la fuerza que emanaba de mis manos devolví la movilidad a sus miembros. Le pedí a él y a su familia que no divulgaran que yo lo había sanado, pero no guardaron el secreto.

Esta curación fue muy comentada y se convirtió en una prueba en contra mía. ¡Estaba endemoniado!

Otra cosa que solía hacer, y que me trajo problemas, fue mi costumbre de predecir el tiempo examinando la fuerza y la dirección del viento, así como la situación de los astros. Mis predicciones sirvieron de ayuda a muchos orientándolos en organizar las labores de campo. Los jóvenes me preguntaban por el tiempo que haría durante las fiestas y me agradecían la información regalándome vino.

El párroco veía muy mal mi amistad con los jóvenes del pueblo y me acusó

de buscar prosélitos.

Las acusaciones contra mí iban creciendo y todo se aceleró con el asunto de los neveros que hay en el Toloño. Los ermitaños que lo habían habitado construyeron dos neveros cuya nieve servía para abastecer de hielo a los pueblos de los alrededores. Con esta misma tradición siguieron los jerónimos hasta hace cinco años.

Pero últimamente, los pescaderos de Bilbao y Bermeo, deseosos de llevar el pescado fresco hasta Logroño, se fijaron en la nieve del Toloño. Es el único punto en su ruta donde se pueden abastecer de hielo. Como es lógico, los ayuntamientos de los pueblos de la zona, beneficiarios de los neveros desde tiempos inmemoriales, protestaron contra el proyecto, y el monasterio los apoyó.

Mi padre, rico e influyente comerciante, defendió con gran valentía los derechos de los pueblos al hielo. Esto molestó mucho a los pescaderos y a sus valedores locales, que decidieron vengarse y me eligieron a mí como víctima para hacerle daño. Como ya había sido denunciado ante la Inquisición en varias ocasiones, lo han tenido fácil.

Sin embargo, detrás de todo ello está mi pertenencia al Triángulo de la Sabiduría. Se dice que sus miembros conocemos los secretos de la alquimia y sabemos fabricar el oro, y de mí creen que guardo el libro sagrado donde están anotadas todas las fórmulas. ¡Qué poco saben de los verdaderos fines de nuestros estudios!

Me consuela pensar que un descendiente de mi familia continuará el camino que yo marqué. Él purificará el Triángulo y lo liberará de quienes pretenden manipular y utilizar los saberes en su propio beneficio. Él vencerá a los seguidores del sapo y utilizará los secretos de la mente para ayudar a los demás.

Quien lea esto y desee saber más, que busque en el convento de La Estrella, en San Asensio, y en otros. Allí tuvieron lugar los juicios.

Aquello era mucho más de lo que había imaginado. Las pocas horas que me quedaban hasta la salida del tren las empleé en deambular por Madrid. El atardecer comenzaba a refrescarse con los aires de la sierra. Me hubiera gustado quedarme algún día más, pero el texto oculto de la profecía me rondaba por la cabeza. Tenía prisa.

Cogí el tren, ya de noche. Madrid me pareció un fantasma de luces que se alejaba al fondo del traqueteo de la vía. Tardé un largo rato en dormirme. Con sueños interrumpidos, con constantes cambios de postura y mirando de vez en cuando el reloj, llegué a Miranda cuando amanecía. Anduve solitario por la larga calle de la estación

hasta el Ebro oyendo mis propios pasos. Me gustaba caminar por lugares familiares, y más aún tan de mañana, con las calles recién regadas por los camiones cisterna.



Tras las huellas cercanas

Durante algunos días recorrí la zona en busca de documentos que arrojaran más luz a los hechos que había descrito Pedro de Nagore.

Quise conocer los conventos de los alrededores. Me dijeron que a cinco kilómetros, en la carretera que conduce a Santo Domingo de la Calzada, había un antiguo convento de los jerónimos. Madrugué y anduve los cinco kilómetros, ya que el camino era agradable para dar un paseo mañanero, hasta llegar a San Miguel del Monte, antiguamente llamado «de la Morcuera».

Al acercarme, divisé desde lejos dos altas espadañas de agujas caladas muy bien conservadas. Su visión me hizo albergar la esperanza de encontrarme con algún monasterio medieval, ya que estaba cercado por una alta tapia que ascendía hasta la mitad de la ladera de los montes que lo rodeaban. El convento se acurrucaba en una cuenca para protegerse del viento.

Me acerqué a la puerta. Toqué el campanil y esperé un momento. Vino a abrirme un hermano lego. Cuando le expliqué el objeto de mi visita, me acompañó hasta un despacho y me dijo que esperara unos minutos.

Era una sala moderna, pero con techos abovedados sostenidos por arcos medievales. Estaba contemplando la unión de estilos de dos épocas tan diferentes, cuando apareció el padre superior, el Padre Claudio. Antes que nada me llamó la atención su hábito, completamente blanco, ceñido por un grueso cinto de cuero y una tira por delante y otra por detrás, el escapulario. Tenía unos cincuenta años, serio, de mediana estatura, entrecano, con gruesas ojeras y unas profundas arrugas en la cara, aunque con mirada extraordinariamente serena.

-Siento desanimarle - me respondió cuando le expliqué el sentido de mi visita-. Aquí hubo un convento de los jerónimos, que se benefició de las donaciones del ilustre don Pedro López de Ayala. Fue anterior al del Toloño y al de San Asensio. En principio, estos dos conventos dependían de éste, de San Miguel. Nosotros, los religiosos de los Sagrados Corazones, somos frailes modernos. Pero, mientras hablamos, mejor será que paseemos y puedas visitar lo poco que queda.

Comenzamos a pasear por los jardines, minuciosamente cuidados por los seminaristas del colegio. Éstos habitaban una zona moderna, un edificio que se había levantado hacía pocos años.

Nos fuimos acercando a la iglesia del antiguo monasterio. Era grande, esbelta, con la

techumbre hundida. Conservaba las paredes y las dos agujas sobre la fachada principal. El techo hacía muchísimos años que no existía. Quedaba el nacimiento de los nervios de los arcos. Debió de ser, por lo que quedaba, una extraordinaria iglesia gótica.

-El convento fue abandonado - continuaba hablando el padre superior - cuando la desamortización de Mendizábal. Lo compró un noble que, igual que ocurrió en otros sitios, no entendía nada de cultura.

-¿Y qué sucedió?

-Según he leído, parte de la biblioteca fue al convento de San Asensio, pero otra quedó aquí. El hijo del dueño que compró el convento se entretenía rasgando hojas de los libros y tirándolas al viento para contemplar cómo volaban.

-¿Cómo pudieron hacer tal cosa, tan sin sentido?

-La ignorancia. La Iglesia mantenía la cultura en los conventos. Desde el aspecto económico no entro a juzgar la desamortización que se hizo en 1836. La Iglesia tenía acumulada demasiada riqueza y el pueblo era demasiado pobre, es verdad. Pero en el aspecto cultural no hay paliativos. Fue una de las grandes torpezas históricas que se han cometido. En los pueblos de los alrededores alimentaban las estufas con los libros antiguos que sacaban de aquí. Testigos presenciales me han contado que vieron sacar carretas de libros antiquísimos para encender el fuego de las casas.

-¿Por qué? - pregunté con interés a aquel hombre que me parecía de juicio acertado.

-En los conventos y monasterios había todo un pasado histórico y cultural y unas personas que lo cuidaban. Por lo menos lo conservaban. Pero vino la desamortización, se expropió y fue a manos de ignorantes. Se quemaron bibliotecas, se desgajaron retablos para hacer leña, se robaron los objetos artísticos, muchos monasterios se transformaron en corrales para rebaños, se hundieron edificios valiosísimos que se subastaron por precios ridículos, lo que no solucionó para nada la economía nacional. El legado de siglos pasó a manos de acaudalados desaprensivos e ignorantes por medio de turbios intereses materiales. Los amigos de los políticos se beneficiaron de aquel robo. Muchos grandes latifundios de hoy día no son más que la expropiación de las abadías medievales. Cambiaron de mano, pero para peor. La ignorancia, los abusos y el tiempo dejaron en ruinas lo que eran verdaderos tesoros culturales, un patrimonio de toda la humanidad. El mal que se hizo es irreparable.

-Padre Claudio, ¿hay en el convento documentos sobre su historia?

-No hay casi nada. Cuando vinimos aquí, todo eran ruinas. Sobre esto podrás recoger información en los conventos de Nuestra Señora de Herrera y en La Estrella, de

San Asensio.

-¿Había hornos o algún tipo de laboratorio antiguo? - era interesante seguir interrogando a aquel hombre estudioso.

-Sí, aunque ahora no queda nada. En una pequeña habitación, junto a la nave de la iglesia, se encontró un horno antiquísimo, un laboratorio medieval. Es seguro que en este convento, en sus orígenes, hubo sabios alquimistas de laboratorio, hombres que buscaban no sólo hallar oro, sino que eran magos, religiosos, sabios que trabajaban en la transformación de la materia por medio del fuego. Con frecuencia, sin querer, hicieron grandes descubrimientos. Para trabajar en sus hornos tenían que ser hombres de estudios, prudentes, silenciosos, de recto actuar.

-¿Se sabe algo más, Padre?

-He oído que hubo luchas entre sectas del Toloño y gente de aquí para ver quién dominaba más secretos, que se robaban fórmulas de nuevos descubrimientos.

Se dice, vaya usted a saber, que lograron un material que aparentaba oro. Lo que sí parece cierto es que descubrieron una fórmula secreta para conservar el vino durante largo tiempo. Cuando limpiamos esa especie de taller, al levantar la escoria del horno, se encontraron materiales curiosos, cristales raros y de gran belleza.

-Estos hombres, ¿eran brujos o científicos?

-Los más eran científicos, hombres que mediante el fuego purificaban la materia para transformarla, por una especie de milagro, en metal. Se requería preparación científica para poder trabajar en la fragua, con el crisol y el horno.

-¿Piensa que buscaban enriquecerse con el oro?

-No, no, en absoluto, aunque siempre puede haber charlatanes, como en todas las profesiones. El verdadero alquimista buscaba, investigaba. Lógicamente surgieron imitadores, que lo único que pretendían era enriquecerse y tratar de buscar la fórmula de hacer surgir el oro en la fragua. Siempre ha habido en la vida buscadores de quimeras.

Paseamos junto a la huerta, bordeamos el antiguo pozo de riego y volvimos al lugar de partida.

-¿Ha oído hablar de los neveros del Toloño? - le pregunté.

-No, no he oído hablar nada sobre ello.

-¿Y tiene algún conocimiento de una secta que existió, la secta del Triángulo de la

Sabiduría?

-He leído algo, pero muy impreciso. Parece ser que esa secta estaba relacionada con técnicas del conocimiento mental, lo que, en principio, me parece digno de elogio. Puede que tenga relación, por la época, con los juicios de la Inquisición, pero no te puedo aportar datos. Parece ser que esta secta la trajeron los templarios desde Oriente y se asentó por esta comarca.

Cuando nos despedimos, me pidió que le hiciera llegar los resultados de mis investigaciones porque tenía gran interés en los temas que yo estaba tratando.

Salí fuera y subí a una pequeña loma para poder contemplar desde lejos el convento. Observé que el religioso comenzaba a regar unas flores. Se divisaba toda la tapia, la iglesia antigua y la nueva. Me dio pena de que lo que se había construido durante siglos se hubiese esfumado en unos torpes años.

No había progresado demasiado en mi investigación, pero había merecido la pena, los datos cada vez se iban juntando más, andaba sobre hechos ciertos que tenía que ir hilando con cuidado hasta tejer una tela que se alargaba demasiado en la historia: Bagdad, Labastida, Navarra y, ahora, los antiguos conventos.

Pasados dos días, salí de Miranda para hacer camino hasta el monasterio de Nuestra Señora de Herrera. Muchos lugares me resultaban familiares por las excursiones que había hecho cuando era niño. Dejé San Juan del Monte, metido en un vallejo estrecho y, guiándome de unos folletos turísticos, remonté un altozano. Los folletos decían que las cuevas que había excavadas en la roca arenisca eran de antiguos ermitaños medievales.

Andando unos seis kilómetros por un ancho camino descendente, llegué a un convento solitario. El rincón en el que se encuentra el monasterio de Nuestra Señora de Herrera está aislado de toda civilización, rodeado de murallas. Recorrí un pequeño paseo con cipreses a ambos lados. La puerta estaba cerrada y encima había un letrero que decía: Clausura papal.

Toqué la campana de la portería. A los pocos minutos se abrió un ventanuco y un anciano asomó la cabeza:

-¿Qué desea?

-Quisiera hablar con el padre prior.

-¿Le importaría decirme sobre qué? -¿Le

-Sobre unos temas históricos relacionados con la historia del convento.

-Pase, pase - me dijo cerrando la ventanilla y abriendo la puerta-. Voy a llamar al padre prior.

Era un monje anciano, con la cabeza completamente rapada, larga barba blanca limpiísima y un hábito albo de tela burda. Se marchó andando con rapidez, dando pasitos muy cortos.

Me quedé contemplando el jardín. Me impresionó que allí pudieran vivir personas, en la más absoluta soledad. El silencio se agrandaba recortado por el zumbido de los insectos y el piar de los pájaros.



Vino a saludarme el padre prior. Era el más joven de los siete que vivían en el convento... y tenía setenta y cinco años. Los demás, según me contó, tenían ochenta y cinco, ochenta y siete, noventa, noventa y dos, noventa y nueve y ciento un años.

-¿Y cómo es posible llegar a una edad tan avanzada?

-¡Y con buena salud! Se llega a esta edad porque el cuerpo se acostumbra a un ritmo

diario inmutable. Nos levantamos a las cuatro de la madrugada todos los días; las comidas son mínimas, pero suficientes; el ayuno y el trabajo manual e intelectual hacen que el cuerpo se acostumbre. Y sobre todo, la paz consigo mismo de quien ha encontrado y elegido el camino que da sentido a su vida. Trabajo, oración y paz. Pero sí, no dejamos de ser un poco raros.

El jardín era pequeño y estaba primorosamente cuidado. Los setos se encontraban perfectamente recortados protegiendo las flores, plantadas buscando un armonioso contraste de colores. Cuando paseábamos, subía un suave aire perfumado.

El monasterio era de una sencillez total, con las paredes desnudas, sin adornos ni construcción costosa. Las celdas de los monjes eran pequeñas e impresionaba su austeridad carcelaria. En cada una había un camastro con un jergón, una mesa y una silla de madera, una estantería con libros, un crucifijo, una jofaina y un barreño de porcelana, un pequeño armario y nada más. Al fondo de cada celda había una puerta que comunicaba con un diminuto huerto en el que cada uno cultivaba alguna hortaliza.

El prior me habló de los orígenes de aquel monasterio, las distintas órdenes religiosas que lo habían habitado hasta que llegaron ellos, los camaldulenses. Finalmente le pregunté sobre los neveros del Toloño. Me contó lo que él había oído hacía cincuenta años a un monje muy anciano.

Unos ermitaños, según me dijo, construyeron unos neveros en el Toloño. La nieve se utilizaba para conservar los alimentos, para aplicarla en casos de enfermedades y, sobre todo, para refrescar las bebidas.

Para construir los neveros se elegía una zona con una hendidura natural o que tuviera un desnivel. A veces se excavaba expresamente un pozo de unos diez metros de profundidad por ocho de diámetro. En el fondo se le hacía un pequeño túnel, que servía de acequia de desagüe del agua que se producía con el deshielo.

Una vez terminado el pozo, se le hacía una pared interior circular con piedra arenisca y unos peldaños de losas salientes a distinto nivel en la pared servían de escalera. Sobre la superficie, se levantaba una caseta, con su tejado y su puerta.

Se acarreaba nieve al pozo y se apelmazaba. Ya convertida en hielo azul, se sacaba con un torno que se colocaba en las vigas del tejado, lo que permitía bajar un recipiente, cargarlo y subirlo con una polea. En el sobretecho de la caseta se almacenaba hierba, helechos sobre todo, y hojas secas para aislar del calor. En el fondo del pozo se echaba hierba seca, helechos, que hacían de esponja con el agua derretida y permitían la filtración.

Caía nieve durante muchos meses y había que traerla hasta la boca del pozo. Para

ello se hacían confluír bolas de nieve que descendían desde las laderas próximas, se traían en andas cuando era desde más lejos o por medio del arrastre con animales.

Durante días se hacía el acarreo de la nieve. Según se iba echando, se pisaba y se aplastaba con mazos. Cada dos metros se ponía una capa de helechos y se continuaba. Al terminar, se cubría con una gruesa capa de hierba. Y así durante todo el invierno, hasta formar un hielo azul.

El hielo se repartía entre los pueblos de los alrededores. Se cargaba en burros y mulos en odres prensados. Para que el frío no dañara a los animales, se recubría la montura con pieles, que hacían de aislante.

Se viajaba por la noche, para evitar el calor, cualquier día, según las necesidades, pero especialmente los sábados, para la limonada de los pueblos. La época del transporte solía ser desde el Domingo de Ramos hasta el mes de septiembre. No había fiesta de los alrededores que no enfriara las bebidas con el hielo de estos neveros.

En el Toloño se llegaron a almacenar, en los dos neveros, hasta veinticuatro mil kilos. Los ermitaños se dedicaban con afán a este trabajo, ya que era la única fuente de ingresos en medio de aquella cumbre inhóspita y sin otros recursos.

Esta tradición se prolongó durante muchos años, siendo el precedente de nuestras modernas neveras. Todos los pueblos recibían cada año su lote, según el número de habitantes. Igualmente, a lo largo de todo el País Vasco había neveros que permitían trasladar el pescado. La pesca se cargaba en cajas que se cubrían con helechos, apilándolas unas sobre otras. Los pescadores tenían contratado el hielo de determinados sitios, lo que hacía que el pescado llegara en buen estado hasta Vitoria y Miranda. Había neveros en Villaro, Ceberio, Ochandiano, Urkiola, Gorbea, Orduña y otros muchos lugares dentro de las rutas, para mantener la mercancía y suministrar a los pueblos.

El problema surgió con la pugna entre los pescadores de Bilbao y de Bermeo por hacer llegar el pescado fresco hasta Logroño, que era un buen comercio. El único punto para hacer posible este salto de Vitoria y Miranda a Logroño era la abundante nieve del Toloño.

-¿Y sabe usted lo que ocurrió?

-No. He oído algo, pero no sé qué pasó en concreto. Aunque parece ser que ocurrió alguna tragedia.

Continuamos paseando. Eran aproximadamente las doce y el padre prior me invitó a comer con ellos. No me quise perder esa experiencia.

Sonó cálidamente la campana escurriéndose su sonido entre los cipreses. Los frailes

dejaron sus labores y se encaminaron a la capilla. Fueron cantando salmos y caminando en dos filas hacia el refectorio.

El padre prior les explicó el motivo de mi presencia y, como excepción, permitió que hablaran durante la comida, ya que normalmente se comía en riguroso silencio escuchando una lectura piadosa. La comida consistió en ensalada, patatas cocidas con zanahoria y alubias verdes y una manzana de postre.

Igualmente, al salir, fueron entonando salmos hasta la capilla.

Salí de allí con el espíritu cambiado. Me costaba entender el sentido de aquella vida solitaria, aislados del mundo, dedicados al cultivo interior, a una intensa vida espiritual. Allí no había nada de nuestro mundo consumista, ni coches, ni vídeos, ni ordenadores, ni vacaciones en la costa, ni bolsa de valores, ni casita de verano, ni modas, ni envidias del vecino. No tenían cosas... ni las necesitaban.

Mientras caminaba, ya de vuelta para casa, entre romeros y espliegos, recordé el dicho: «No es más rico quien más tiene, sino quien menos desea».

Iba cerrando caminos, aunando los distintos puntos de mi investigación. ¿Cómo había terminado aquello? Pedro de Nagore y el prior de Nuestra Señora de Herrera me decían que algo trágico había ocurrido. No sabía si llegaría a conocer lo que había sucedido realmente, pero tenía que intentarlo.



Los últimos enigmas

Aunque había desentrañado el enigma del origen de Pedro de Nagore, me faltaba saber qué le había ocurrido cuando estuvo en prisión y si había muerto allí.

Cogí los apuntes y me dirigí al convento de La Estrella, en San Asensio, que también había sido monasterio de los jerónimos, como San Miguel del Monte y Santa María del Toloño.

En medio de una huerta muy cuidada, bordeado de una amplia muralla, casi igual a la de San Miguel, se alza un edificio de nueva construcción. Lo primero que llamó mi atención, y me llenó de sospechas, fue no ver una edificación antigua ni una espadaña, ni una torre medieval.

Entré y solicité hablar con alguien. Me llevaron donde se encontraba el director, un joven con cara despistada y pelo ensortijado.

El convento es ahora propiedad de los hermanos de La Salle.

Originalmente, según me contó el director, fue una ermita cuidada por ermitaños. Luego vi nieron los jerónimos de San Miguel del Monte, de quien dependían. Cuando La Estrella se hizo importante, los de San Miguel se establecieron allí, dejando su convento para granja.

En la primera mitad del siglo xv se construyó un monasterio. Creció su importancia, fue la casa central y de ella salieron hombres de ciencia muy importantes y varios inquisidores del Santo Oficio. Cuando la desamortización de 1835 y 1836, se abandonó todo. Poco a poco se fue expoliando, se arrancó aquello que tuviera valor y las bóvedas se fueron hundiendo hasta quedar todo completamente destruido. Quienes lo compraron, y los sucesivos propietarios por los que fue pasando, no hicieron nada por impedirlo. Un huracán y un incendio, treinta años más tarde, terminaron con todo, quedando como únicos testigos unas arcadas, parte de la bodega y algunos pasadizos subterráneos. Los hermanos de La Salle sólo encontraron la finca, una muralla con trozos caídos y la casa que había construido uno de los últimos propietarios. El nuevo edificio tiene traza monástica y fue levantado por los hermanos, con sus propias manos, en los años cincuenta.

-¿Y no hay algún documento escrito? - le pregunté con una cara que le debió de dar pena, descompuesta por mi desesperanza.

-Sí, sí que hay, aunque yo no lo he leído. Es que yo no me inclino por la historia. Yo

soy físico y me dedico a la investigación de cristales. Luego te enseñé mi colección.

-¿Cómo se han conservado? - seguí insistiendo machaconamente.

-Muy bien, muy bien. Los cristales no requieren ningún cuidado especial. Son material noble porque los millones de años...

Me di cuenta inmediatamente de que estaba ante el típico científico despistado y un tanto chalado.

-Disculpe, yo le pregunto que cómo se han conservado los documentos.

-¡Ay!, perdona, siempre me pasa lo mismo, es que yo veo la vida a través de cristales, pienso que todo el mundo habla de mi tema. Los encontró el hermano Juan Carlos, con quien puedes hablar. Está, como siempre, en la biblioteca. Algún día se le va a poner cara de pergamino.

Fui donde estaba el hermano Juan Carlos. Era un joven alto, moreno, atlético y montañero empedernido, según pude deducir después de hablar toda una mañana con él.

-Cuénteme cómo descubrió los documentos - le pedí.

-Fue cuando era estudiante. Estábamos reparando el claustro gótico y se hundió una losa del suelo. Me descolgué y descubrí un pasadizo. Comencé a andar y llegué a una cueva horadada en la roca. Casi se me cayó la linterna ante la sorpresa de contemplar cientos de libros apilados. Allí había libros antiguos, incunables, libros impresos en latín, griego, árabe, hebreo y con letra gótica. También encontré pergaminos sueltos. La cueva era la continuación de la bodega, pero la habían tapiado desde fuera y nadie se fijó en ella, ni siquiera cuando se reconstruyó la bodega.

-¿Y qué hizo con ellos?

-Me liberaron de los demás trabajos y estuve durante dos años colocando y catalogando todo ello. Ven, te va a interesar y, por lo que veo, te lo vas a pasar en grande investigando cosas raras.

En una sala contigua, en gruesas estanterías de madera ennegrecida, cientos de libros antiguos estaban cuidadosamente catalogados.

-Yo no he leído todo, ni mucho menos, pero sí he tenido que hojearlo todo para hacer los catálogos. He hecho la catalogación por títulos, autores, materias y documentación por épocas.

-¿Habrás aquí algo sobre los últimos años de la abadía del Toloño?

-Por supuesto, fue un convento jerónimo y dependía de éste. Las grandes decisiones se tomaban aquí. Revisando los ficheros, encontraremos datos. Al venir la desamortización, quisieron salvar la memoria del convento emparedando estos archivos.

En pocas horas había pasado de la desesperanza total al optimismo. Allí tenía que estar lo que me faltaba, Si no encontraba nada, mejor sería dejarlo.

Durante dos años estuve yendo regularmente a La Estrella. En esos dos años pasaron por mis manos decenas de libros. Acogido por los religiosos, y viviendo a veces con ellos, durante días y días retrocedí el camino de la historia al son del juego de las campanas del reloj de la torre. Muchas mañanas, cuando ya estaba cansado, venía el hermano Juan Carlos con un vasito de vino y algo para picar. Solía acompañarle Usue, la hija del hortelano de la finca. Era una niña de unos doce años, con ojos sonrientes, dientes ligeramente separados y flequillo travieso que desprendía una simpatía juguetona algo asilvestrada. Venía a divertirse mirando grabados antiguos, y todos los días traía alguna fruta, la mejor: una manzana, una pera, ciruelas o cerezas que ella misma cogía en la huerta de los frailes. También venía a veces con ella su hermano, Pablo. Era un muchachote de diecisiete años, simpático, con una imaginación calenturienta y extraordinario dibujante. Le gustaba leer libros raros para inspirarse en el dibujo de sus historias de terror. Decía que, cuando fuera mayor, sería dibujante e ilustrador de libros misteriosos. En dos ocasiones me trajeron un pez grande que habían pescado para mí en el estanque de los frailes. «Para que te lo comas en tu casa», me decían.

Poco a poco, en la quietud del paisaje, disfrutando del cálido silencio del jardín, fui ordenando los acontecimientos que se relataban en aquellos libros viejos. Dos años en los que no tuve libres ni fines de semana ni vacaciones. Todo mi tiempo lo dediqué a la investigación.

No dejé de leer nada que se relacionara con la abadía del Toloño, cuyo monte se divisaba próximo desde esta vega. Muchas veces, cuando estaba leyendo, levantaba la vista para ver el pico que cierra la sierra de Cantabria. Me resultaba tan lejano en la historia y tan próximo en la distancia... Los siglos desvelaban sus secretos en los documentos y la cumbre seguía allí, con la melancolía de las piedras centenarias de su abadía, testigo inmutable, como si quisiera avivar mi imaginación.

Como me habían dicho, por ser La Estrella el monasterio principal, aquí quedaron registrados los hechos históricos: los Capítulos Generales, los juicios de la Inquisición y los acontecimientos relevantes de la época.

Podría quedar aún algún hilo suelto, pero éstos son los hechos que he investigado y que paso a narrar.

Los pescadores vascos surtían de pescado fresco a la franja norte. Al interior de Castilla

se llevaba el pescado seco o en salazón.

Tal como me explicó el prior de Nuestra Señora de Herrera, se servían de varios neveros que estaban situados en las alturas que conducían por distintos caminos hasta Vitoria y Miranda de Ebro. Con el hielo podían servir pescado fresco durante todo el trayecto.

El problema vino cuando quisieron suministrar pescado fresco a Logroño y a los pueblos del camino. La única posibilidad de hacerlo era cogiendo hielo de los neveros del Toloño, que ya existían desde hacía muchos años. Pero tenían unos propietarios, que eran los monjes, y unos beneficiarios, los pueblos de los alrededores: Labastida, Haro, Laguardia, San Asensio, San Vicente, Cenicero, Briones, Elciego, Briñas, Peñacerrada, Salinillas...

Primeramente enviaron a dos intermediarios a la abadía para negociar. Fueron los licenciados Bernardo Salbidea de Pinedo y Martín López de Zabalondo. Éstos visitaron la abadía, los neveros y los accesos. Cuando vieron que el lugar era muy propicio, propusieron al abad que les arrendara el uso de los neveros y le ofrecieron mucho más de lo que daba la venta de hilo a los pueblos vecinos.

El abad, muy delicadamente, les dijo que ellos no podían cambiar la costumbre sin permiso del superior general, fray Diego de Alarcón, que regentaba el monasterio de La Estrella, en San Asensio.

Los emisarios bajaron a La Estrella y ofrecieron el doble de dinero de lo que se sacaba anualmente. El Superior General les dijo que tal cambio se tenía que tratar en el Capítulo General, ya que había muchas partes implicadas y que, por tanto, no podía darles una respuesta inmediata, y que se lo comunicaría por escrito.

La noticia se filtró inmediatamente por los alrededores y corrió de pueblo en pueblo, pero con una ligera variación: se decía que los monjes del Toloño querían vender la nieve a los pescaderos de la costa cantábrica.

Se hicieron reuniones en los pueblos, surgieron voces amenazadoras, fue el tema de conversación entre los vecinos en las casas y en la calle. Ya no podrían utilizar el hielo para combatir enfermedades, se les pudrirían los alimentos que guardaban en las fresqueras de las casas; cuando llegaran las fiestas del verano no habría bebida fresca, ni limonada, ni helados de garapiña, ni sangría helada en las fiestas patronales.

Los ánimos estaban enardecidos, y algunos comenzaron a levantar la vista con odio hacia la cumbre, en la que sobresalía la abadía.

Se reunieron los concejales de los pueblos para tratar el tema. Hubo opiniones

encontradas entre quienes pensaban que convenía vender la nieve y recoger dinero a cambio, además de tener pescado fresco, y quienes se cerraban a toda venta.

Una de las voces que se opusieron con más fuerza fue la de don Joaquín de Nagore y Jaso. Era un rico comerciante con poder y prestigio, y su opinión tenía un gran peso en Labastida. Era el padre de Pedro de Nagore.

En el convento de La Estrella hubo opiniones acaloradas los días anteriores a la celebración del Capítulo General. Los asuntos que se iban a tratar se comunicaron a los interesados unos días antes para que pudieran llevarlos suficientemente estudiados. Se iban a iniciar las obras de ampliación del monasterio, lo que era un fuerte argumento para que los monjes estuvieran con ideas revueltas y encontradas ante la necesidad económica.

Antes de reunirse en Capítulo General, algunos de sus miembros recibieron cartas personales de los pescaderos proponiéndoles generosas ofertas económicas. Los habitantes de los pueblos estaban nerviosos, confusos, y no sabían si eran los monjes del Toloño o los de La Estrella quienes querían vender los neveros, cuando en realidad no había nada decidido.

Llegó el día del Capítulo General de los jerónimos. Por la mañana, hubo misa de petición de gracias. Cuando se inició la reunión, a las once de la mañana, los consejeros se callaron: estaban sonando las campanas de todos los pueblos de los alrededores. Y no pararon de tocar durante quince largos, interminables, asfixiantes minutos.

Al Capítulo habían llegado cartas de altas personalidades apoyando la venta. Intercedían el arcediano y el inquisidor general de Calahorra, que también era jerónimo, el alcalde mayor de Logroño y hasta el abad de El Escorial.

Los capitulares rápidamente se dividieron en dos bandos, según fuera su postura afirmativa o negativa a la venta. Los que ocupaban altos cargos eran, en su mayoría, partidarios de vender los neveros. Los monjes que predicaban por los pueblos de los alrededores querían continuar con la tradición inmemorial del usufructo.

Cuando sonaron las campanas de las doce, todos se pusieron en pie para rezar el ángelus. Justo antes de terminar, comenzaron a sonar las campanas de los pueblos. Eran cuarenta campanadas desgranándose al unísono, lentas, macabramente lentas, tocando a muerto a ambos lados del Ebro. Este gesto crispó más a los monjes que se negaban a vender. Los ánimos se enardecieron a lo largo de la jornada, el Superior General, fray Diego de Alarcón, intentó apaciguar los ánimos y dejó el tema sin decidir, alegando que había que estudiar más el asunto, que había que madurar la propuesta y que era mejor posponerlo para otra ocasión.

Las discusiones del Capítulo General eran secretas, pero un asunto de tanta trascendencia y tan candente era imposible que se quedara encerrado. Al atardecer, cuando aún no había terminado la reunión, el campanario de la iglesia de San Asensio cantó repicando a gloria. El repiqueteo cantarino de las campanas fue contestado de aldea en aldea, y la serenidad y la alegría volvieron a las gentes de los pueblos. La decisión había quedado en suspenso.

Los pescaderos de Bermeo escogieron una brecha para llegar hasta Logroño. Como les urgía, abrieron dos neveros en el puerto de Herrera, camino obligado para llegar, desde Vitoria, por Labastida, hasta Logroño. La construcción se había hecho en secreto y rápidamente. En invierno los habían cargado suficientemente y durante el verano pusieron una guardia para su custodia. Cuando llegó el calor, los bermeanos comenzaron a vender pescado fresco en Logroño, y la gente se alegró con el nuevo sabor.

Los bilbaínos montaron en cólera al ver que los otros se les habían adelantado secretamente y les habían quitado la posible clientela. La única posibilidad, en el trayecto desde Miranda, era coger las nieves del Toloño. Había que conseguirlo. Como fuera.

Las nieves del Toloño se administraban según la Hermandad de la Divisa, que la integraban varios pueblos de los alrededores, para velar por un reparto justo y de acuerdo con la tradición.

En el Toloño, desde hacía unos años, había una cárcel donde la Junta Directiva de la Divisa encarcelaba a los revoltosos de los pueblos. Eso en un principio, porque luego la Inquisición comenzó a mandar a sus condenados.

El secretario de Labastida, Pedro de Nagore y Jaso, fue acusado de brujería, lo que no era sino una forma de vengarse de la postura adoptada por su padre y por él. Y fue hecho prisionero.

Igualmente fueron sometidos a juicio otros que también se habían opuesto en voz alta al proyecto de venta.

Los vecinos, al ver las condenas, comprendieron que algo se estaba tramando. Y muchos empezaron a tener miedo.

El Superior General, al verse acosado por los dos bandos, no se atrevió a tomar ninguna decisión. Los valedores de los bilbaínos se pusieron nerviosos al ver que la orden daba largas al tema. Mientras tanto, las cosas siguieron igual durante cinco años, si bien el número de los presos del Toloño aumentaba de una forma desacostumbrada.



La presión de altas personalidades aumentó al morir el Superior General. Cuando hubo que hacer elección del nuevo cargo, se hizo todo lo posible para que saliera alguien más manejable. Y así fue.

Era el mes de agosto. Los pueblos seguían recibiendo los lotes de barras de hielo y nieve apelmazada para sus fiestas como cada año.

En Labastida se hicieron limonadas, helado con leche garapiñada y sangría dulce en grandes cantidades. La fiesta de la Virgen de Agosto así lo requería. Pero el último día de las fiestas murieron diez personas en extrañas circunstancias: con vómitos y fuertes dolores de vientre. Decenas más enfermaron y se temía que los muertos aumentasen.

La gente de los pueblos quedó confundida, horrorizada, pensando que aquello era un castigo divino debido a los excesos cometidos durante las fiestas.

Al día siguiente, con el primer rayo del alba, ante el miedo de un castigo divino, se hizo una peregrinación a Santa María del Toloño.

Joaquín de Nagore había intuido algo raro en la repentina enfermedad y, muy en secreto, mandó recado a uña de caballo a un amigo médico de la aljama de Viana. El médico llegó cuando casi todo el pueblo estaba rezando en la cumbre. Joaquín y su amigo inspeccionaron el asunto: exa minaron los cadáveres y visitaron a los enfermos. El doctor Josef Ben Palomino ocultó en todo momento su condición de médico y de judío. Una vez terminadas las visitas, el doctor no dudó en su diagnóstico: era un envenenamiento por ingestión oral.

-Los enfermos presentan los mismos síntomas: náuseas, vómitos, diarreas, temblores, sudor frío, delirios con pérdida de razón, convulsiones. Y los muertos también tienen similares características: rigidez y manos azules - sentenció y se marchó en secreto habiendo cumplido su misión.

Cuando los vecinos volvieron del santuario, Joaquín de Nagore hizo correr el rumor del envenenamiento. De voz en voz, de ventana en ventana, de casa en casa, con la velocidad del relámpago, se propagó como noticia cierta por los barrios y pueblos de los alrededores. No había otro tema de conversación. Las miradas se tornaron serias, los rostros traslucían miedo y el odio comenzó a anidar en los espíritus de muchos.

La gente maldecía a quien había cometido el asesinato y había matado hasta a dos inocentes niños. El odio había sustituido al miedo.

En las tabernas, los hombres se juntaban a hablar más que a beber. Pero no había gritos, se hablaba en voz baja, con los amigos de confianza. Los ojos escudriñaban con mirada torva a extraños y sospechosos. Ni una canción, ni un grito, ni una invitación ruidosa como hacía cuatro días. La muerte y el odio habían segado las sonrisas.

En un rincón, Toribio, el Lobo, estaba solo y bebía sin parar. Era un hombre grande, de espaldas anchas, que ocultaba su cabezota bajo la boina. Apoyaba los codos en el mostrador, juntando las manos bajo su nariz enorme, abultada y roja.

Pagó con una moneda de valor muy superior y le dijo al tabernero que se quedara

con las vueltas. Siguió bebiendo más y más, comenzó a decir tonterías, tartamudeaba palabras inconexas. De nuevo cogió otra moneda para pagar la consumición. El tabernero hizo un comentario con los clientes y éstos miraron a Toribio. Al sentir los ojos de todos sobre sí, Toribio gritó que no le miraran, que invitaba a todos. El vino le chorreaba por el pecho, dejó el vaso para sacar más dinero y se le cayó el zacutillo, desparramándose las monedas por el suelo de la taberna. Todos vieron monedas rodando, monedas de gran valor... y Toribio, el Lobo, era un pobre empleado de pastor en las laderas del Toloño. Alguien comentó de dónde vendría tanto dinero. Varios ojos lo miraron escrutadores. Toribio no pudo aguantar sus miradas y se echó a llorar, ya borracho.

-Yo no lo quise hacer, de verdad, yo no lo quise hacer; me obligaron a que lo echara en los neveros. Pero yo no sabía lo que contenía.

Los hombres que hacían corro se quedaron mudos y se hizo un silencio áspero que duró unos instantes. Allí, ante ellos, estaba el asesino.

Corrieron a sus casas y volvieron con las cabalgaduras. El Pecas, cuya mujer había muerto en el envenenamiento, montó a Toribio delante de él poniéndolo boca abajo como si fuera un saco. Picaron a sus animales sin piedad para hacerlos correr hacia la montaña. Las bestias chorreaban sudor, pero sus dueños seguían martirizándolas, sin dejar de mirar a la cumbre.

Cuando llegaron a las puertas del monasterio, anochecía. El Ebro mostraba sus meandros zigzagueantes entre viñedos con sus mostos ya próximos. El arrebol del crepúsculo agonizante iba granando las nubes recortando las montañas. El cielo, completamente rojo en el horizonte, se iba tiñendo de color de sangre.

Descabalaron a Toribio, quien durante el viaje había echado los excesos de vino y ya tenía la mente más lúcida. Lo arrastraron hasta el nevero. Ante la amenaza de las navajas señaló el primer nevero. Uno de los hombres entró en la abadía y volvió con un cubo y un cazo de agua caliente. Llenó el cubo con la nieve endurecida y fue echando el agua caliente a la vez que le daba vueltas con rabia. Cuando intentaron hacerle beber, Toribio gritó desesperado como una fiera acorralada. Lo sujetaron entre varios y los otros le apretaron la garganta obligándole a beber la nieve derretida. No lo dejaron hasta que comprobaron que había bebido abundantemente.

Continuaron el interrogatorio hasta que confesó que, cuando estaba pastoreando las ovejas en el monte, se le acercó un desconocido y le dio una bolsa para que la echara en un nevero a cambio de dinero. Por más que juró que él no sabía lo que había dentro de la bolsa, no le sirvió de nada.

Se hizo de nuevo silencio y la noche entró en sus almas clamando venganza.

Siguieron los insultos y los golpes. Al oír los gritos enloquecidos, salió un monje, que intentó salvar a Toribio, el Lobo. Tanto ardor puso en la defensa del envenenador, que despertó las sospechas. Lo vieron también como culpable y alguien, loco de ira, le dio un golpe en la cabeza. El monje cayó al suelo sin sentido.

Cuando arrastraban al infeliz pastor monte abajo, oyeron unos gritos que salían de una cueva enrejada. Eran los presos de la cárcel. Varios hombres ataron cuerdas a los barrotes, que fueron arrancados de cuajo al tirón de las bestias.

Los presos comenzaron a gritar de alegría. Unos marcharon con los demás hacia el pueblo, pero otros se quedaron rezagados al ver abierta la puerta de la abadía y un monje tirado en el suelo. Uno de ellos gritó: «¡Fuego a la abadía!».

En cuestión de minutos, las ventanas de la abadía vomitaban fuego y se convertía todo el templo en una gigantesca antorcha en medio de la noche. Los presos echaron a correr ladera abajo tratando de alcanzar al grupo.

Desde los pueblos de los alrededores vieron el pico del monte hecho una tea en medio de la noche, y las campanas comenzaron a tocar a rebato. Durante horas, los vecinos estuvieron oyendo el repiqueteo mientras contemplaban sobrecogidos cómo ardía la venerable abadía de Santa María de las Nieves en la cumbre del Toloño. ¿Sería una maldición?

Los que bajaban a Toribio se volvieron a contemplar aquel volcán que, en medio de la noche, iluminaba el cielo, y más de uno se alegró intentando buscar una víctima a su desdicha. Con nerviosismo, azuzaron las bestias para llegar pronto. Las campanas habían congregado a los vecinos en la plaza. Se hizo un silencio grueso cuando vieron aparecer a los jinetes saliendo por una negra bocacalle.

Toribio, el Lobo, fue declarado culpable y obligado, ya con la cara abultada, a consumir el resto de la nieve disuelta que guardaban en el cubo. Y después, cuando ya empezaba a perder el sentido, fue ahorcado en el balcón del Ayuntamiento.

A partir de entonces, nadie se atrevió a mencionar jamás el tema de la venta de los neveros.

Mis investigaciones estaban terminando. Me encontraba en Labastida tomando algunas anotaciones y, como no podía dormir, decidí poner en práctica las técnicas de relajación mental. Cuando mi cerebro estaba hundido en lo más profundo de los sueños, penetró en mi habitación Pedro de Nagore. Se quedó mirándome, me sonrió y me tendió la mano. Era de estatura media, con una ligera barba, tiesa gorguera al cuello, enormes mangas anchas, peto y pantalón ajustados, medias de seda y zapatos de tacón alto.

Con un gesto, me invitó a seguirle fuera. Caminaba con paso rápido, parecía que no tocaba el suelo, y yo lo seguía a unos metros. Subíamos al Toloño. El camino ascendía suavemente, mucho más que por la otra parte, por la vertiente de Miranda. Al llegar arriba, reconocí los lugares que tantas veces había visitado en mi adolescencia, cuando hice los trabajos de investigación con mis cuatro amigos.

En el momento en que nos situamos frente a la abadía, Pedro de Nagore se detuvo y se volvió hacia mí. Sonrió y me señaló con la mano una pequeña hondonada a su derecha. En ese momento desapareció.

Me desperté. La visión que había tenido fue tan intensa, que era como si la estuviera viviendo todavía. No pude seguir durmiendo y, cuando amaneció, una fuerza interior me decía que tenía que ir allí. Salté de la cama. Cogí la mochila, la piqueta, una linterna, dos macutos y una pequeña azada.

El rocío mañanero mojaba la punta de mis botas y una neblina blanca, densa y perezosa se recostaba sobre el cauce ocultando la vista del río. Arriba se divisaba la cumbre, resplandeciente con los primeros rayos del sol.

No paré de andar muy deprisa. La subida era, en efecto, mucho más suave que por el otro lado. Al llegar arriba, recordé la visión de hacía unas horas y me situé ante las ruinas del templo. Descendí unos pasos y me paré en el lugar que yo entendía que me había señalado Pedro. A la derecha, a lo largo del camino, partía un pequeño ribazo. Salí del camino en el sitio exacto. Había dos rocas cortadas, muy juntas, que me llamaron la atención. Era el único rincón posible. Vi una pequeña hondonada, no podía ser en otro sitio. Di unos golpes con la azada y noté que la tierra era blanda, no había piedras. Tardé poco en separar la broza. Continué cavando y a la media hora apareció, en el mismo borde del ribazo, una piedra labrada. Metí por debajo el mango de la azada y noté que daba en vacío. No había duda. Después de un buen rato de sudor, quedó al descubierto una ventana de un metro de ancho por unos cincuenta centímetros de alto. En la roca labrada había huecos simétricos que indicaban que había habido barrotes de hierro.

Me descolgué a la luz de la linterna. Estaba en una gruta natural, de grandes dimensiones, sin humedad. En distintos rincones se veían tablas en el suelo, con jergones encima. En el centro había ollas, escudillas, cazos y cucharones. Todo estaba intacto, tal como debía de encontrarse entonces, como si los presos hubieran salido a dar un paseo y fueran a volver en cualquier momento.

Comencé a buscar la puerta de entrada. Las paredes de la gruta eran lisas y estaban recubiertas de una capa similar a las de las estalactitas, lo que facilitaba mi labor. El suelo se inclinaba ligeramente. Lo mejor era seguir su dirección descendente, por donde originariamente correría el agua. Hacia el final confluían las dos paredes formando una hendidura. Me choqué con una pared de piedra labrada que taponaba la salida, y en

medio había una pequeña puerta de hierro. ¿Adónde daría aquella puerta?

Gracias a mi experiencia juvenil en los descubrimientos de la cueva, llevaba todo lo necesario metido en una mochila. Golpeé con fuerza en la cerradura y luego apalanqué con una barra de hierro. La cerradura saltó sin demasiada dificultad. Al otro lado había cascotes de un derrumbamiento. Quité algunas piedras y, cuando se hizo un agujero, enfoqué con la linterna. Inmediatamente supe dónde estaba: la puerta de la cárcel se comunicaba con la bodega de la abadía.

En las paredes había muchos nombres escritos a punta de cuchillo y, junto a ellos, fechas y rayas. Pensé que serían de los presos, que habían querido dejar constancia de su paso por la cárcel. No tenía prisa, por lo que continué curioseando. El lugar había sido abandonado apresuradamente y las cosas habían quedado desparramadas. Ropas, botellas, escudillas, nombres en los camastros y rayas y más rayas en paredes y bancos. Aparecían garabatos y dibujos hechos por los propios presos. Debajo de una almohada encontré unas cartas. Leí con curiosidad el sobre: Señor don Leocadio Salvador Martínez de Zabarte. Las guardé en la mochila. Debajo de otros jergones había más. En un rincón, sobre una tabla, había varios libros perfectamente alineados. Cogí cuatro y los acerqué a la ventana. Todos tenían en la primera página un sello con el escudo de los jerónimos y la inscripción Monasterio de Santa María del Toloño. Sobre cada lomo resaltaba el marchamo de un triángulo dorado. Dentro de ellos encontré tres cartas dirigidas a Pedro de Nagore y Jaso. Cogí los demás libros, todos con el triángulo en la cantonera, casi con veneración. Me ilusionaba tener algo suyo como legado personal. Debajo del jergón encontré una pequeña caja alargada de madera. La abrí. Dentro había una navaja barbera, una brocha y una pastilla de jabón. En la parte interior de la tapa, tres letras: P N. J En un rincón, debajo de la tabla que sustentaba la estantería, hallé una pieza de joyería: era una esfera de plata, del tamaño de una cereza, engarzada dentro de un triángulo de marfil con dibujos diminutos labrados en sus lados.

Cuando recogí las joyas, vi que debajo había una tela. La retiré con todo cuidado y apareció una caja metida en un agujero excavado en el suelo. La abrí conteniendo la respiración. Dentro apareció un libro con pastas de pergamino. Lo saqué y abrí la primera página. En letra gótica muy cuidada pude leer: HISTORIA DEL TRIÁNGULO DE LA SABIDURÍA, escrita por Pedro de Nagore y Jaso, Maestro Mayor de la misma. ¡No lo podía creer! En mis manos tenía el libro de los conocimientos ocultos, el libro que había causado muertes y persecuciones, luchas y hechos misteriosos, el libro de los enigmas. ¡Estaba en mis manos! Todo lo que había estado trabajando, todos los sinsabores y esfuerzos habían merecido la pena. Lo había conseguido.

Seguí buscando, pero no encontré nada más que mereciera la pena. Guardé mis hallazgos en la mochila y salí fuera. Coloqué unas ramas y eché tierra para taponar la ventana. Cuando quedó tal y como la había encontrado, corté hierba y la esparcí por encima. Al lado crecía un roble jovencito, de unos treinta centímetros. Con un golpe de

la azada lo saqué con suficiente tierra en las raíces y lo trasplanté a la boca de la cueva. En cuanto lloviera una sola vez, nadie imaginaría que allí había una entrada: mi entrada.

Me senté en el borde del ribazo, dando la espalda a las ruinas de la abadía, saqué el libro y comencé a leer el índice:

1. Verdadera historia de la hermandad del Triángulo de la Sabiduría.
2. Estatutos de la hermandad.
3. De las condiciones que debe tener el candidato para ingresar en la hermandad.
4. Historia de los conocimientos secretos conseguidos por los miembros de la hermandad.
5. Arte de predecir acontecimientos futuros.
6. De cómo encontrar metales.
7. De cómo se ha de actuar para encontrar aguas subterráneas.
8. De cómo curar con agujas y masajes. S.
9. De la telepatía y poderes de la mente.
10. Consejos para quien esto lea.

Yo era el depositario de tantos siglos de historia y sabiduría, yo podía tener acceso a ellos... Mi vista se perdió en el infinito sobre el valle del Ebro, intentando buscar alguna respuesta a tanto interrogante.

Pedro de Nagore y Jaso fue liberado de la acusación de incendiar la abadía porque los hombres del pueblo testificaron, todos a una, que había bajado con ellos desde el primer momento.

Había estado recluido cinco años, tiempo que aprovechó para leer y escribir tratados científicos, ampliando los conocimientos con libros que le proporcionaban secretamente ciertos monjes de la abadía.

La Inquisición dejó de importunarlo, los tiempos habían cambiado, aunque ya no volvió a ocupar el puesto de secretario. Se dedicó a viajar, a escribir, y con frecuencia recibía visitas de personas, a veces extranjeras, con aspecto de hombres sabios. En más

de una ocasión, reyes y príncipes requirieron sus consejos, y todos lo respetaron por su prestigio.

Volví a mi casa y aquella misma noche cené con Pilar. Mientras le contaba todos los detalles, ella no pronunció una palabra.

-Me das envidia, Daniel - dijo cuando terminé.

-¿Por qué?

-Porque has hecho aquello que has creído que tenías que hacer, porque has sabido elegir, porque has sido constante y lo has logrado.

-¿Y nada más, Pilarina?

-Sí, dentro de una semana tenemos visita, y vas a tener que contar de nuevo todo a Moncho, Javier e Ignacio.

Epílogo

Cuando hacía unos meses que había terminado mi investigación, recibí una carta:

Amigo Daniel:

Desde que marchaste, tu recuerdo sigue presente en mí. Nos hemos escrito en alguna ocasión, pero, ahora que vas a venir a celebrar con nosotros las fiestas del solsticio de verano - espero que así sea y no como el año pasado-, quiero contarte algo que creo que debes saber.

Acabo de leer la copia que me enviaste con los resultados de tus investigaciones. Lo he leído de un tirón y con gran interés, como podrás comprobar.

Durante tu estancia en el valle hiciste indagaciones y asististe al aquelarre de Zugarramurdi. Aunque nos mostramos cariño y confianza uno con el otro, no te he contado todo. El aquelarre no es lo más importante, como puedes suponer es algo meramente folclórico.

Me alegra que te hayan servido los documentos que te di el día que marchaste. Por ellos sabes que pertenecía, junto con otros de la comarca, a la Secta del Triángulo de los tres Saberes que, por lo que has escrito, tiene algo que ver con lo que tú has investigado. He decidido romper con ellos para poder ser libre. Ahora formamos un grupo distinto, estudiamos la mente humana, sus profundidades, sus arcanos y su poder, pero sin aquelarres. Esperamos tu visita para que nos ayudes a conocer más aspectos.

También he investigado mi pasado y, mira por dónde, tengo unos antepasados similares a los tuyos. Desciendo de una de aquellas familias que condenaron en el famoso juicio de 1610 y murieron en la hoguera. ¿Tendremos una misma fuerza oculta que hace que nos atraigamos?

Cuando vengas, te presentaré a varios de los miembros, a quienes les he hablado tanto de ti, que tienen ganas de conocerte. Además, he conseguido sacar de mi antigua secta unos documentos, y esos sí que te van a interesar. Pero tienes que venir en persona para poder leerlos y traerme el libro que acabas de publicar.

Un beso muy fuerte y hasta pronto. Te espero. Maitena.

Desde hace tiempo, después de haber visitado lugares tan distintos, de haberme encontrado en situaciones tan difíciles, sólo tengo un pensamiento, una duda: en realidad, ¿quién soy?



ENTRE VALORES

por Germán Díez Barrio

Después de leer este libro, ofrecemos al profesorado una guía didáctica para trabajar los valores en clase. Conscientes de que la sociedad actual aspira a ser solidaria, libre, y avanza hacia la igualdad de derechos de todos y hacia una mayor autonomía personal, pretendemos que el alumnado, además de estudiar los contenidos de cada materia, aprenda los valores y actitudes pertinentes, y los asuma de forma autónoma.

Como profesores, sabemos que todo ello puede conseguirse desde la docencia, desde nuestra propia convicción y experiencia, planteando una educación integral al alumnado que pasa tantas horas con nosotros.

Para ayudaros en esta tarea tan costosa y a la vez tan grata, hemos elaborado la guía ENTRE VALORES, que pretende, apoyada en propuestas concretas y motivadoras, contribuir a la formación de nuestros jóvenes.

Aspectos que se tratan en La abadía del Toloño:

- La convivencia.

- La diversidad.

Las costumbres y tradiciones de otros pueblos.

PROPUESTA 1

OTRAS CIUDADES Y OTRAS CULTURAS

El protagonista de La abadía del Toloño recorre el camino de su antepasado Pedro Nagore hasta llegar a Bagdad. El hotel en el que se aloja le pareció sacado de Las mil y una noches, que es una colección de cuentos orientales.

- a) Lee un cuento de Las mil y una noches y después se lo cuentas a tus compañeros.
- b) Sin duda sabrás los cuentos de Alí Babá y los cuarenta ladrones y Aladino y la lámpara maravillosa. Una vez leídos en esta colección, compáralos con los que tú sabes.

El narrador nos dice que «Bagdad era un laberinto de callejuelas estrechas llenas de tiendas con alfombras y de bazares con los productos más variados e insospechados. Por las calles paseaban grupos de gentes de razas diversas que, todavía, no llegaba a diferenciar».

Busca información sobre Bagdad y responde a estas cuestiones:

- ¿A qué país pertenece actualmente?
- ¿Cuántos habitantes tiene?
- ¿Qué religión practican?
- ¿En qué se basa su religión?
- ¿Por qué actualmente se habla tanto de esta ciudad? ¿Qué conflicto vive la ciudad y el país entero?
- ¿Cómo se llamaba antiguamente?
- Alejandro Magno murió en esta ciudad. Redacta unas líneas sobre su vida y conquistas.
- ¿Qué recorrido realizan los ríos Tigris y Éufrates?
- ¿Qué era Mesopotamia y qué significa el nombre?

PROPUESTA 2

LA ESCRITURA CUNEIFORME

Mister Look, director del Museo Arqueológico, muestra a Daniel Nagore la escritura cuneiforme. Redacta un pequeño trabajo sobre esta clase de escritura:

- ¿Quiénes la inventaron?
- ¿En qué consiste?
- ¿Qué textos arcaicos están redactados en esta escritura?
- ¿Qué pueblos se sirvieron de ella?
- Comenta la doble evolución de este sistema gráfico.
- ¿Qué papel desempeñan los escribas en esta escritura?
- ¿En qué época se dejó de producir?
- ¿En qué museos se encuentran los documentos cuneiformes que se conservan?
- Menciona el nombre de los investigadores más importantes que han descifrado los textos cuneiformes. Para ello, puedes servirte de estas dos citas del libro:
 - Yo ya conocía la existencia de la escritura cuneiforme, pero nunca había tenido un «libro» así en mis manos. Cogí uno. Era como una tableta fina de chocolate. Sobre la arcilla se había escrito y luego la habían cocido al fuego, con lo que el texto había perdurado intacto durante miles de años. Era una escritura muy rara, grabada con una especie de cuña de caña, con unos signos tan raros que parecía que los había hecho un pajarillo paseándose por encima. El anciano se desvivía descifrándome los mensajes y su significado.
 - Lo más difícil fue aprender los signos de la escritura para pasarlos a mi idioma. Al principio se me hacía imposible, porque no es una escritura por letras, sino por pictogramas de símbolos. Con voluntad y esfuerzo llegué, finalmente, a dominar los significados de la escritura acadia, que había que leer en columnas de arriba abajo y de izquierda a derecha.

Además puedes consultar libros, enciclopedias y estas páginas en Internet:

centros5.pntic.mec.es
sepiensa.org.mx
www.um.es/ipoa/cuneiforme

PROPUESTA 3

VALORAMOS LA HISTORIA

Es difícil que en tan pocas líneas se concentren tantos lugares, tantos nombres y tanta historia como en el siguiente texto narrado por el protagonista:

Por Sain-Étienne de Baygorri pasé a Francia. San Juan de Pied-de-Port me pareció bellissimo. Desde allí retorné a Navarra del sur. El paso de Valcarlos hizo que recordara lo que había leído de los tiempos medievales: Ibañeta, Carlomagno, Roldán, los peregrinos y las leyendas... Las horas se pasaron sin que me diera cuenta visitando la colegiata, la tumba de Sancho VII (el de las Navas de Tolosa), la hospedería, el hospital y todos los alrededores. Casi pude tocar con mis manos la campana medieval que con su tañido ininterrumpido guiaba por el desfiladero a los peregrinos en la noche o cuando las grandes ventiscas hacían imposible orientarse hacia Ibañeta. Charlé con un grupo de peregrinos que iniciaban el Camino de Santiago.

Entresaca los nombres en negrita y comenta cada uno de ellos. Por ejemplo: Roldán.

-¿Quién fue su jefe permanente?

-¿Dónde combatió?

-¿En qué batalla murió?

-Fue el protagonista de un famoso cantar: escribe su nombre y redacta unas líneas sobre su contenido.

-También fue protagonista de otros muchos poemas caballerescos. Cita algunos.

Índice

Primera Parte

[I.Tras las huellas de mi antepasado](#)

[II. Buscando los orígenes](#)

[III. Por el Pirineo navarro](#)

Segunda Parte

[I.El pergamino](#)

[II. Tras las huellas cercanas](#)

[III. Los últimos enigmas](#)

[Epilogo](#)

[Entre valores](#)

Colección TALLERES

Colección de manuales para desarrollar TALLERES en el ámbito de la escuela o en el tiempo libre.

1. ¡A jugar con los poemas! Carmen Gil
2. Taller de cuentacuentos. Alicia Casado
3. Danzas y dramatizaciones. Marisa Fernández
4. Leer, contar y jugar. Carmen Gil
5. Maquillaje. Ma Ángeles Martínez
6. Diviértete reciclando. Maripi Gadet / Andrés Prieto
7. Decorados y vestuario. Marisa Fernández
8. Manos libres. Ana I. González / Francisco J. Iglesias
9. Taller de interpretación teatral. Miguel Ángel Ontanaya
10. Taller de equipo técnico teatral. Miguel Ángel Ontanaya
11. Compartir los sabores. Teresa Gail
12. El viaje de las palabras. Mar Cantero
13. Taller de danzas de animación. Mariano Fuertes
14. Talleres de buen humor. Antonio González
15. Juan Ramón Jiménez en la escuela. María Domínguez
16. Cómo escribir cuentos. Germán Díez
17. Las palabras viajeras. Mar Cantero
18. Taller de creación de pasatiempos. Rosa Mac-Mahon
19. Cómo escribir relatos y novelas. Arancha Apellániz

1 Lauburu: símbolo antiguo del pueblo vasco en forma de cruz lobulada.

2 ¡Juramos!

3 Hasta el año que viene, adiós a todos.

4 Abuela, en lengua vasca.

Índice

Seguimos charlando un rato. Al final me di cuenta de que en el dedo meñique de la mano izquierda lle	119
-Zin egiten dugu!2	119
-Agur denoi, da torren urterartei3.	119
quitó la boina, y lo mismo hizo el padre. La amama4	119
I.Tras las huellas de mi antepasado	7
II. Buscando los orígenes	26
III. Por el Pirineo navarro	38
I.El pergamino	76
II. Tras las huellas cercanas	86
III. Los últimos enigmas	95
Epilogo	109
Entre valores	111